CUENTOS

Tulio Febres Cordero

42

EDICIONES SOLAR

Colección Clásicos Merideños

V863.42
F289c

Tulio Febres Cordero

CUENTOS

Prólogo de Griselda Navas

INSTITUTO AUTÓNOMO
BIBLIOTECA NACIONAL
Y DE SERVICIOS
DE BIBLIOTECAS
DEPOSITO
LEGAL

Solar de Clásicos Merideños
Dirección de Cultura del Estado Mérida
Consejo Nacional de la Cultura CONAC
1994

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

DON TULIO:
CUENTOS PARA NIÑOS SIN DUENDES NI BRUJAS

Griselda Navas

Entre la población infantil y/o juvenil es bien poco lo que se conoce de toda la prolífera obra de Tulio Febres Cordero. «Las cinco águilas blancas» y la «Leyenda del díctamo», o «La mata de centavos» y «¿Me compra el gallo?» han sido los textos más frecuentemente seleccionados, bien para ser incorporados en los libros de texto como «lecturas» de los escolares, o bien para integrar antologías latinoamericanas o hispanoamericanas destinadas a este público en particular o a los estudiosos de la literatura infantil, como ya convencionalmente ha sido llamada esta área de estudios.[1]

Al releer hoy la colección de **Cuentos** escritos por Don Tulio, en el intento de determinar la posible actualidad de su producción para un público infantojuvenil, es curioso encontrar entre sus escritos algunos textos que merecen atención especial y que parecieran haber sido opacados por los que ya hemos señalado como los tradicionalmente difundidos.

La realidad más cotidiana vivida por Tulio Febres Cordero y su particular disposición a apropiársela de una manera imaginativa, libre, humorística y plena de sencillez, se hace patente en un estilo que bien podría convocar a un tipo de receptor ya iniciado en el ejercicio lector, e incluso a aquel que sin disponer de los conocimientos que le permita decodificar el código grafemático pueda contar con la fortuna de «escucharlos» de boca de un «mediador».

Un receptor capaz de reír con «La Mata de Centavos» o con «¿Me compra el gallo?»», por ejemplo, encontrará en muchos de los otros cuentos menos conocidos de Don Tulio, además del humor, la sorprendente aventura de enfrentar «mundos posibles» poblados de personajes insólitos, objetos comunes o trozos de ellos, para comunicarnos contenidos referentes al mundo social y terreno, concreto; flores, gotas de rocío, pequeñas aves que nos refieren un mundo trascendente, abstracto, el de los sentimientos y las ideas; incluso, personajes alegóricos como el Entendimiento conversando con la Memoria, o el Pensamiento contando sus desdichas a los ángeles, o hasta una estrella misteriosa... pueden insurgir en estos breves cuentos en el intento de conducir al lector hacia la *apropiación* afectiva de nociones como la libertad, la fortuna, la paz, la guerra, la felicidad, e incluso «el arte de leer».

Un clavo mohoso, el mango de un sartén, un pedazo de cerrojo o una herradura —chatarras útiles para el buen y manso herrero Antón—, en «Un Cántaro Ilustre» (1896), por ejemplo, adquieren propiedades humanas, hablan y reviven sus glorias y miserias; así nos presentan una visión del mundo, de su mundo, que aparece *relativizada* frente a la realidad humana.

Más allá de lo anecdótico —siempre refrescante, simpático y caracterizado por una profundísima observación de los detalles más humildes de la realidad cotidiana— se propone al lector una reflexión en torno a nociones tan abstractas como pueden serlo *la gloria y la transitoriedad de la vida* en este mundo.

En este cuento, el primer componedor de la imprenta que vino a Venezuela, orgulloso de haber llegado con Miranda, de haber sido protagonista en la formación de las primeras proclamas de la Independencia y de haber «atizado la llama de la revolución suramericana de 1810», personaje principal en los acontecimientos, va a convertirse en remiendo de un cántaro de cocina:

> **La lanza-herradura lanzó un profundo suspiro y dijo a media voz:**

—¿Qué os decía yo, amigo badajo? Ved como paga el mundo los inmortales servicios de ese hierro de imprenta. Asomáos y veréis cómo el maestro Antón está remendando con él el fondo de un cántaro de cocina!

El excomponedor se encargó entonces de ponerle moraleja al cuento, hablando a sus compañeros desde el yunque, en donde lo estropeaba de lo lindo el maestro Antón para adaptarlo al cántaro a fuerza de martillo.

—Recordad que el gran Epaminondas, nombrado por sus enemigos para el bajo destino de limpiador de calles, aceptó el cargo, diciendo que no debe juzgarse de los hombres por los empleos, sino de los empleos por los que los sirven. No me aflige, pues, mi nuevo destino, porque de hoy en adelante este será un cántaro ilustre!

Entró luego a la herrería el dueño del cántaro, averiguando por el valor del remiendo, y el maestro Antón le dijo, frotándose las manos:

— Déme usted dos reales por mi trabajo, que lo que es el hierro invertido no vale la pena!.

Sic transit gloria mundi

Estructura similar se presenta en «La Regla del Carpintero» (1886): La regla, protagonista principal del breve relato, se encuentra en grave peligro. Los demás instrumentos del carpintero están celosos de los privilegios de los que disfruta la regla, ya que ella es considerada por su dueño como el «emblema de su oficio».

Grave era el peligro que corría la *regla*: el serrucho la amenazaba con sus agudísimos dientes, sacaba chispas el martillo, bramaba el hacha y, en fin, todo aquel pueblo de azuelas, de escoplos, cepillos, sierras, clavos, cuñas, estacas, etc., hervían en el deseo de trabajar sobre el lomo de la infeliz *regla*. Sólo el compás y la escuadra guardaban silencio y compostura. De resto, hasta el cacharro de la cola había tomado el asunto por lo serio. Viéndose la *regla* en tan grave aprieto, y queriendo a todo trance contener aquel ímpetu fiero e inusitado de la herramienta, subió de

> un salto sobre un banco del taller y habló en estos términos: —Compañeros, deponed vuestro enojo para que ya en calma entréis en razón. Mirad que soy la *regla* y que sin mi amistad andaréis *desarreglados*. Esta es la única causa de mi preeminencia...

La cita ilustra parte del divertido litigio que ocurre entre los instrumentos, el cual finaliza cuando el carpintero entra al salón del «escándalo» y «... *mostrando a la herramienta su robusto brazo, exclamó: Este es el primer instrumento del taller. Y replicádme, vive Dios!*». En efecto, la *regla* interviene para decirle «*—Yo os replico (...) pues ese tan poderoso instrumento a mí me obedece también en el trabajo*». Así finaliza el cuento con el triunfo de la *regla*. Febres Cordero, fascinado por el juego del lenguaje, hace expansiva la anécdota a una moraleja que se presenta como la formulación de un deseo, más que el de una pauta de conducta a seguir. «*Ojalá en todos los asuntos de la vida triunfara siempre la* ***regla,*** *que entonces andaría el mundo más* ***arreglado***».

Las moralejas por lo general son criticadas, precisamente, por *moralejas,* por comunicar expresamente una enseñanza moral, imponiéndose como única y correcta interpretación para el lector. En este caso, y aunque no desconocemos los argumentos que nos permiten rechazarlas, especialmente aquél que privilegia la libertad interpretativa de quien lee por sobre los propósitos moralizantes tácitos o no por parte del escritor, nos parece importante anotar que, en el cuento que nos ocupa, parece usarse la estructura de la «moraleja» para construir una suerte de desdoblamiento referencial de lo anecdótico, más allá de la función común de la moraleja convencional que se revierte como «metalenguaje» única y exclusivamente para destacar la acción ejemplarizante del mundo narrado que el texto desea imponer al lector. En nuestro cuento, si bien se encuentra expuesto un mensaje moralizante, éste ya no se carga de la tonalidad impositiva y casi sacra conque se carga la moraleja tradicional, aquí se juega con la ironía y con la *yuxtaposición* sutil de un elemento retórico, capaz de sorprender al lector y moverlo a la risa: la *regla* es, ahora, ya no su referente inmedia-

to, un instrumento de medición, ni tampoco el personaje que triunfa en su «poder» de imponerse sobre los otros instrumentos y del propio carpintero, sino la referencia a la existencia de un mecanismo previsto para el establecimiento de un orden social y cuya existencia se añora en un mundo *desarreglado.* La realidad social y la fantasía no son, dentro de la estructura del relato, más que dos mecanismos dialógicos para la construcción de una representación posible que conduzca a la *desconstrucción y reconstrucción* del texto social.

De este cuento, Domingo Miliani afirma: «Es locuaz enseñanza de civismo, para ser comprendida cabalmente por un niño de escuela: un litigio tan parecido a nuestras montoneras y sublevaciones, como repudiado personalmente por el autor (...) Guardando las distancias de la calidad artística, algo nos lleva a comparar este cuento con la *Manzanita* de Julio Garmendia, narración tan *universalmente criolla y novedosa por la técnica*».[20]

Los objetos humanizados de los cuentos de Don Tulio bien puede darnos «tela para cortar»: Pensar en adaptaciones mínimas de estos textos que permitan la actualización de su materia discursiva al lenguaje hablado del niño y del joven de hoy, con la finalidad de ser publicados con todos los favores que las técnicas gráficas del mundo contemporáneo (ilustraciones, diagramación, color, tipografía...) o, ¿por qué no pensarlo?, su transcodificación al lenguaje fílmico, televisual, con todas las posibilidades de efecto especiales y de animación que sugieren estos insólitos personajes.

Compartimos con Domingo Miliani su observación acerca de las correlaciones que pueden establecerse sobre la base de las estructuras narrativas y su manejo, entre estos relatos y el cuento de Garmendia. Pensamos que entre la obra de uno y otro venezolano sería importante insertar, además, algunos cuentos de Andersen, los menos conocidos de este autor, los «de objetos», como por ejemplo «La Aguja de Zurcir», «El Trompo y la Pelota», «La Pastora y el Deshollinador», «El Cuello Duro», «La Tetera», «Los cinco en una vaina», «El Lino», entre otros. Con seguridad

encontraríamos los posibles factores que determinan la insurgencia de estos personajes en los «cuentos nuevos» para niños (por oposición al cuento tradicional), lo que supondría, además, una redimensión de nuestra literatura venezolana.

La moraleja explícita o implícita siempre irrumpe en los **Cuentos** de Don Tulio (al igual que en los «cuentos de Objetos» de Andersen). El autor, consciente de la crítica de que fue objeto este aspecto de sus **Cuentos**, nos dice en el *Prefacio* de la segunda edición:

> «Sólo tenemos que añadir a los prólogos de las ediciones de 1902 y 1917 (...) la observación de que siendo los gustos muy diversos en materia de cuentos, a muchos les parecerán pasados de moda los que hoy nuevamente ofrecemos, entre otros motivos, porque casi todos ellos tienen moraleja, cosa poco usada en esta clase de escritos».«

No se detiene Don Tulio, por criterios de «moda», para cuestionar la presencia de las moralejas en sus **Cuentos**; su propósito escritural conlleva, simultáneamente, la noción de los efectos *formativo y recreativo,* y aunque varios de sus **Cuentos** como «El Progreso entre los dioses», «Cada cosa en su lugar», «Educación del Eco», «El Collar de Salomé»... no llevan moraleja expresa, siempre comunican unos mensajes de carácter axiológico, mediante un discurso capaz de simpatizar con el lector infantil y juvenil.

No nos sorprende, pues, la postulación de nociones como la del *trabajo* como «valor» («La Mata de Centavos», «El Cuarto del Tesoro») o la de la *humildad* frente a la *ambición* y a la *avaricia* («La lluvia de Oro»), ola del valor de lo *filial* por sobre los honores militares («El Plato Azul», «La Alhaja Maldita»)... Lo que maravilla, en esos **Cuentos,** es la forma cómo se insertan estas nociones en el tejido narrativo, sin llegar a la descarada «leccioncita» disfrazada como ocurría en mucha de la «literatura» que, en la época de este autor, circulaba como «literatura infantil» y que confundía el propósito de escribir para los pequeños con la deplorable actividad de escribir pequeñeces.

Mientras leemos sus **Cuentos** no nos extrañe toparnos con «Los Anteojos Maravillosos» que Doña Memoria regala a Don Entendimiento, y en que se finaliza tematizando la «Lectura» como actividad productiva; o con «Un remedio Ingenioso» en el que unos anteojos con vidrios verdes solucionan el problema de la inapetencia de un caballo ante la única alimentación de que se dispone: paja seca; o con la historia de los inventos de Mercurio en la que se nos explica cómo «El progreso de los dioses», determinado por los avances tecnológicos incorporados en el Olimpo, es la causa de que, desde tiempo atrás, se venga observando «el peliagudo aumento que han tomado las manifestaciones espiritistas en este pícaro mundo»: Una resolución esta última que se aproxima más a la estructura de la leyenda o del mito, intencionalmente utilizada como recurso estético en un cuento de «creación autónoma», que a la tradicional moraleja del cuento tradicional.

Tulio Febres-Cordero dejó manifiesta preocupación por la infancia: su «Cancionero Infantil» y su «Medio Real de Premio, Cuento para los Niños» —este último escrito en verso y sí con una carga más didáctica y moralizante— constituyen un buen ejemplo de esta preocupación. Pero esto, además, ya supone un reconocimiento, por parte del autor, de la necesidad de la relación entre el niño y la literatura, y de la importancia, en un sentido amplio, de la función de ambos en el desarrollo de la cultura.

Por ello, aunque sus **Cuentos** no parecen haber sido escritos intencionalmente para niños, podemos afirmar, sin lugar a dudas, que es verdad que su escritura se aproxima, inconfesablemente, a un lector como el que nos ocupa. El *estilo discursivo oral* con el que construye su discurso literario es el primer rasgo de construcción y estilo que posibilita la convocatoria a un lector competente en el uso de su lengua, competente en la práctica de los *«estilos discursivos orales* que permanentemente *usa*, no de los escritos. Y este es el caso del lector que, aparentemente sin proponérselo, queda postulado en estos **Cuentos** —*un hablante*— y que puede coincidir no sólo con nuestra actual población infantil y juvenil, sino que, además, no

deja de lado a cualquier otro lector adulto —ni al ingenuo ni al culto.

Don Tulio, casi con certidumbre lo afirmamos, no se propuso a conciencia, escribir para los niños, y sin embargo, logró calar hondamente en lo que podría ser una temática criolla de la tradición literaria inaugurada, universalmente, por los hermanos Grimm, Andersen, etc. La diferencia está en que todos los escritos de nuestro bondadoso merideño entrañan una ejemplaridad cívica, una norma vital que recrea saludablemente, sin que se oscurezca el valor literario, con elementos saturados de odio, soberbia o miedo. No hay brujas ni duendes, ni motivos irreales y enfermizos; hay sustancia telúrica moldeada a veces con un poco de recargo efectista, pero en la mayor parte de los casos con acertada sencillez, una de las cualidades más apreciable de su estilo.[8]

Y el mismo Don Tulio, en el *Prefacio* de la segunda edición de sus **Cuentos** dice:

> «Sólo aspiramos a cualquiera sea la inclinación literaria o psicológica de quien lea estos cuentos, tenga siempre en cuenta que han sido escritos con la mira de procurarle *un rato de honesto pasatiempo.* Así es que, realizar, aunque en parte, este vivo deseo, es la más preciada recompensa que puede tener nuestra labor ocasional de cuentista, por más que vengan y sobrevengan observaciones y reparos sobre la forma literaria, que es por extremo sencilla y falta de lustre. *En tosco envase puede, sin embargo, hallarse vino de muy buena calidad*». [9]

No apuntaremos las circunstancias en las que la crítica fue severa con los cuentos de Don Tulio, ni con cuáles criterios podría determinarse la presencia o ausencia de «lustre literario», en los escritos de su tiempo. Esto es materia para otro trabajo. Otras consideraciones orientadas más hacia la comprensión de su producción literaria en ese momento, y a la de su posible vigencia en el nuestro, nos motivan a la relectura de los cuentos que a continuación ocupan nuestra atención.

En la cita transcrita más arriba ya podemos observar que Tulio Febres Cordero practicaba la humildad, la sencillez como una forma de acercamiento a la realidad —es lo que Domingo Miliani expresa en su excelente artículo «**El orgullo de la humildad**»— y a las circunstancias de su tiempo, de ese propio momento en que le tocó vivir... Así parece que, como afirmó alguna vez Ernesto Sábato, es precisamente en ese compromiso del escritor con su tiempo y con su entorno en el que se gesta la eternidad y universalidad de una obra.

En 1884, Tulio Febres Cordero escribe «La historia de una A contada por ella misma». No es la historia de una «A» cualquiera, es la historia particular de un tipo de imprenta, de una «A» que dice de ella misma ser «yankee de nacimiento porque me fundieron en Nueva York» (...) «idólatra de la libertad» y feliz de haber sido destinada a una imprenta en Caracas «porque odiaba el inglés, lengua para mí muy árida e inhospitalaria». Con su profunda vivencia como cajista de imprenta, Tulio Febres Cordero tiene la habilidad de narrar esta breve historia desde la perspectiva de este insólito personaje:

> Me llamo A y pertenezco a la sonora estirpe de las vocales. Desciendo en línea recta de un jeroglífico egipcio que representaba el Ibis, ave sagrada parecida a una cigüeña, que devoraba las serpientes, las langostas y otros reptiles. Por eso la A mayúscula tiene esta figura casi triangular que imita a un ave cuando remonta el vuelo por el espacio.
>
> .....
>
> Pertenecía a una caja de english, y un día extendió el cajista ante mis ojos un escrito patriótico, en que aparecía el nombre de Bolívar repetido muchas veces. Empezó la composición, y es indecible la ansiedad con que sentía pasar sobre mí la mano vertiginosa del operario.
>
> ¡Momentos amargos! A cada palabra temblaba por el temor de ser cogida. Vino el primer Bolívar, y la mano del cajista, después de recorrer rápidamente las casillas de

> las demás letras, cayó como un rayo sobre las aes. Allí estaba yo, virgen y sin mancha todavía, acaso temblorosa por la primera impresión de amor. ¡Bolívar!

Tulio Febres Cordero, en adelante, se dedica a «jugar» con las palabras, pero no es «juego» abstracto desvinculado de su modesta realidad —el oficio de cajista en una imprenta quien literalmente compone y descompone palabras con los «tipos»—, ni de su entorno social, ni menos aún, de las angustias universales del hombre, que también quedan referidas en el relato como veremos.

> Después llegué a ocupar puesto único en *paz, libertad, independencia, república, justicia* y otras muchas palabras de distinguida alcurnia. Y, cosa extraña, aunque metida en *politica y partidos,* nunca figuré en *elecciones* ni hubo puesto para mí en *gobierno* ni en *ejército.* Tampoco corrí el riesgo de verme en *revolución,* pero no sucedía lo mismo con *guerra* ni *tiranía.* Un día, el día de mi muerte, los dedos del cajista oprimieron mi débil cuerpo, temblé de miedo, perdí el sentido... pero no hubo remedio: estaba en la palabra *guerra!* Desde entonces cambióse mi estrella: estuve en *conspiraciones y revueltas,* luego en *cárceles,* en *bóveda* y hasta en *capilla.*
>
> Y como a fuer de letra era letrada, comprendí perfectamente que ya en *capilla,* el verdugo del cajista me pondría también en *horca* o en *guillotina.* Pero no se tomó ese trabajo el operario, pareciéndole mejor enterrarme viva. Toda resistencia fue vana: caí, al fin, en *sepultura!...*
>
> Entonces, gastada por el uso de mis perfiles y llena el alma de tristeza por los desengaños del mundo, tomé de nuevo la forma de Ibis, el ave misteriosa del Nilo, y en raudo vuelo me separé de la tierra, remontándome hasta el cielo que es la verdadera patria de las letras.

La coherencia lógica de las acciones narradas, así como el cuidado en la estructuración del relato puesto de manifiesto en los párrafos seleccionados para iniciar y finalizar el cuento, dan cuenta de un meticuloso escritor que es capaz además de jugar

con las palabras, con los «tipos» de imprenta, de semantizar la presencia de la «A» en un repertorio léxico que refiere a una visión y reflexión de la realidad social, representada en la ficción de la breve biografía de este novedoso personaje. Es obligación citar nuevamente aquí al maestro:

> Enseñanza doliente, sin acíbar; abigarrada de expresiones relativas a la política de entonces, de donde se extrae la ficción creadora del lenguaje sin caer en sátiras de mal gusto ni en exaltaciones mitinescas. (7)

Este especial disfrute de jugar con las palabras —destreza desarrollada en la actividad artesanal del cajista que asume su oficio, pero lúdicamente— se reitera como estilo de creación. En «Las Vocales en Congreso», por ejemplo, el término «vocales» remite a su primera denotación como 'vocales' —las cinco vocales—, refiere, además, las modalidades de conductas propias de los seres humanos en tanto que éstas los personifican —los oradores— y refiere, además, la significación de 'vocales', como *función* dentro de una asamblea: toman la palabra. Cada una de ellas, por orden y en turno, pronuncian un discurso elaborado con palabras en las que no concurren ninguna de las otras vocales, palabras en las que sólo aparece la vocal propia de la que habla, en múltiples combinaciones con diferentes consonantes («camaradas: ¿hablar tan amarrada?... ¡Cáscaras! Mal parada anda la chanza..., es un ejemplo del discurso de la «A»). «Página escrita sin la letra O» constituye otro ejemplo de este tipo de «juego» en un material no seleccionable para el público infantojuvenil: el texto tiende a reducirse a la mera exaltación de la Virgen mediante un discurso en el que, en efecto, no aparece la «o». Así, el título no refiere ningún aspecto tratado en el contenido del texto, sino que indica una «jugada formal».

Es evidente la riqueza y las posibilidades de difusión, entre el público infantojuvenil, de estos **Cuentos** de Tulio Febres Cordero, inexplicablemente desconocidos. «La maleta del recluta», «Lo que son las preocupaciones» y «Las paredes hablan» –este último diseñado a partir del *grafitti* amoroso en las paredes– por ejemplo, pueden resultar de verdadero interés

para jóvenes, ya que en ellos se tematizan circunstancias que estos lectores están destinados, de alguna manera, a vivir.

Otros resultan verdaderos materiales literarios capaces de convocar al lector infantil, entre los que destaca una estética más cercana al modernismo que al costumbrismo, así como la construcción de un mundo narrativo que por su plasticidad y por la naturaleza de los personajes se prestan para ediciones ricamente ilustradas o, incluso, para ser transcodificados al lenguaje fílmico. «La leyenda del Papel», «El Turpial y la Golondrina», «Las tres Lágrimas», y «El Laurel y la Violeta»... constituyen, entre otros, buenos ejemplos de lo apuntado.

«Las tres lágrimas», por ejemplo, escrito por Don Tulio en el álbum de su hija María Teresa en 1906, es un reto para cualquier joven cineasta capaz de aceptar el proyecto de una «animación» que explote el gran potencial poético de este cuento, la magia de sus personajes y el profundo contenido fraterno que se deriva de un acercamiento a lo filial, en el que la naturaleza –humanizada– metaforiza uno de los más nobles sentimientos humanos: el amor y la entrega a los hijos. ¡Bello proyecto para el Año Internacional de la Familia!.

Curiosamente «El Laurel y la Violeta» encuentra una perfecta actualización durante este año, cuando precisamente se celebra el Bicentenario del nacimiento de Antonio José de Sucre. En esta brevísima *Miniatura*, el altivo laurel y la humilde violeta recuerdan haberse entrelazado en la frente del Mariscal de Ayacucho. Buena escena para un micro televisivo que acerque afectivamente al espectador –en especial a los niños y jóvenes– a la imagen del héroe.

Difundir los **Cuentos** de Don Tulio, sea valiéndonos de la tecnología gráfica o audivisual, cumple en nuestra actual sociedad una función insoslayable, impostergable, ya apuntada como esperanza por Miliani en 1960, cuando se refería al tema que nos ocupa en estas notas. Que sus palabras, ahora, se ratifiquen como un *conjuro solar* y que desde aquí irradie su luz benéfica hacia una sociedad que la demanda:

Tal vez, un niño criollo, al hojear las páginas de un cuento de Don Tulio, comprenda cómo vale más la siembra de una mata de centavos, que se llama trabajo, que mil aventuras interplanetarias, desde donde amenazan monstruos innominados, o personajes grises, hechos para el insomnio o para las pesadillas de la infancia del mundo. Tal vez recuerde cómo, desde una ciudad montañesca, partió el reflejo gozoso de la modestia como enseñanza nunca mentida.[8]

NOTAS

(1) Blasi Brambilla, Alberto. **Cuentos para niños de esta América.** Edic. Orión, Buenos Aires, 1977, 150 p.
Bravo Villasante, Carmen. **Historia y Antología de la Literatura Infantil Iberoamericana**. Edic. Doncel, 1966, 2 Vol. En: II, v. «El costumbrista Tulio Febres Cordero».

(2) Efraín Subero documenta haber conocido al autor que nos ocupa mediante las lecturas escolares de los libros de Alejandro Fuenmayor: «... reímos con «El hombre del gallo» de Tulio Febres Cordero» (p. 128). Menciona, además, «Las cinco Aguilas Blancas» y «El Perro Nevado» como las lecturas conocidas dentro y fuera del ámbito escolar bien entrado el siglo XIX (v. p. 146) En: **Literatura Infantil Venezolana, Estudio y Bibliografía**, Vol. 1, Ministerio de Educación, Turmero, Estado Aragua, Venezuela, 1977, 2 vol.

(3) Miliani, Domingo «El orgullo de la humildad. Tulio Febres Cordero», **Revista Nacional de Cultura** (Caracas), XXII (140-141): 109-118, may'-ag' 1960.

(4) Febres Cordero, Tulio. «Prefacio a la Segunda Edición». **Colección de Cuentos.** Editorial Sur América, Caracas, 1930. 290 p.

(5) Miliani, **loc. cit.** p. 116.

(6) Febres Cordero, **ob. cit.** p. 4

(7) Miliani, **loc. cit.** p.117

(8) Miliani, **loc. cit.** p. 118.

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICIÓN

Tres series de cuentos contiene esta segunda edición, a saber: los publicados en 1902, los que aparecieron en 1917 con el título de **En Broma y en Serio,** y los que ahora agregamos, algunos inéditos. Entre estos últimos figuran «*Educación del Eco*», que publicó en 1920 la revista zuliana Alma Latina y «*El Collar de Salomé*» escrito en 1921 para un certamen argentino, que en el presente año ha publicado como folletín el diario merideño **Patria**.

Sólo tenemos que añadir a los prólogos de las ediciones de 1902 y 1917, que se reproducen, la observación de que siendo los gustos muy diversos en materia de cuento a muchos les parecerán pasados de moda los que hoy nuevamente ofrecemos, entre otros motivos, porque casi todos ellos tienen moraleja, cosa poco usada ya en esta clase de escritos.

Sólo aspiramos a que cualquiera que sea la inclinación literaria o psicológica del que lea estos cuentos, tenga siempre en cuenta que han sido escritos con la mira de procurarle un rato de honesto pasatiempo. Así es que, realizar, aunque en parte, este vivo deseo, es la más preciada recompensa que puede tener nuestra labor ocasional de cuentista, por más que vengan y sobrevengan observaciones y reparos sobre la forma literaria, que es por extremo sencilla y falta de lustre. En tosco envase, puede, sin embargo, hallarse vino de muy buena calidad.

El Autor

Mérida, *1930.*

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Por dos motivos no hemos solicitado la pluma de algún ilustrado amigo para que nos escriba el prólogo de este libro: primero, por no ponerlo en el compromiso de faltar a las reglas de la buena crítica, ora callando los defectos de la obra para no desagradar al autor, ora recomendando por mera bondad lo que acaso no creyere en justicia digno de recomendación; y segundo, por no exponer al lector, en vista de un hermoso preámbulo, a que padezca una desilusión semejante a la del viajero que visita un edificio atraído por la belleza artística de su portada, y se encuentra con un recinto desmantelado y lóbrego.

En esta colección de cuentos hay algunos que no son propiamente cuentos en el sentido de que sean invenciones, sino hechos verdaderos, como los que describen escenas originadas de nuestras guerras civiles, los que pintan algún cuadro de costumbres y aquellos en que relatamos alguna especie meramente personal. Todos podrán pecar por incorrectos y faltos de gracia, pero de lo que sí podemos responder al lector es que ninguno contiene en la forma ni en el fondo cosa contraria a la honestidad y buenas costumbres, de suerte que pueden servir de inocente pasatiempo en el seno del hogar doméstico, si tal favor merecieren, lo que importa declarar tratándose de cuentos, sobre todo en los tiempos literarios que corren, tan calamitosos para la moral cristiana.

No se ha guardado en la colección un orden rigurosamente cronológico, pero sí lleva anotado cada cuento el año en que se ha escrito o publicado, siguiendo en esto el parecer de nuestro notable escritor de costumbres Sales Pérez, que ha dicho con mucha razón, en caso semejante, que cada época debe cargar con las censuras que le pertenecen.

NACIONAL VENEZUELA

Sólo el titulado «La viuda de Pedro» ve la luz por primera vez. Los demás se han publicado en **El Lápiz** y, después de la suspensión de éste, en otros periódicos que nos han exigido colaboración, excepto «Un cántaro ilustre», el cual fue escrito para el certamen literario promovido en la ciudad de Coro por la interesante revista **Miniaturas**, y obtuvo el premio, según lo anunció **El Cojo Ilustrado** de Caracas.

La circunstancia de que la mayor parte de estos cuentos han sido reimpresos en periódicos de dentro y fuera del país, nos estimula ciertamente a reproducirlos en forma de libro, pero de ninguna manera creemos que tan manifiesto favor del público disimule en lo más mínimo los defectos que tengan, ya sean incorrecciones gramaticales ya fallas contra el buen estilo, en lo cual nos sometemos dócilmente a la crítica sensata, con la agravante de que no podríamos incurrir en la temeridad de achacarlos al editor ni al cajista, como suele acontecer, porque en el presente caso no hay esa escapatoria, desde luego que autor, editor y cajista son una misma persona responsable.

Es claro que se han limado algo al pasar nuevamente por las manos del autor en la caja de imprenta, y si otra vez pasasen, con toda seguridad serían limados de nuevo, y de ello es una prueba la fe de erratas puesta al fin del libro; pues, aunque sea mala la comparación, sucede con las correcciones literarias lo que con el barrido de las casas, que por más frecuente que sea, siempre la escoba arrastra alguna basura; y si de esto, que es achaque de la humana flaqueza, no están libres las obras de los maestros de la lengua, empezando por el mismísimo Cervantes, pondérese cuánto ripio no arrastrará la escoba de la crítica cada vez que pase por los escritos de un simple aficionado.

Figuran aquí, como es natural, algunos americanismos o voces del lenguaje criollo, unas de procedencia indígena o formadas por los conquistadores, y otras castellanas, pero que usamos en acepciones desconocidas para España. Sirvan de muestra las siguientes: *comedido*, por oficioso, solícito;

allanerado, por franco, abierto, despejado en el trato; *ardita*, por ardilla; *atillo*, por atado, atadijo; *camisón*, por traje de mujer; *chimó*, especie de jalea o conserva de tabaco; *guarapo*, por aguamiel; *jalón*, por tirón; *joropo*, por jaleo, baile popular; *papelón*, por azúcar sin purgar o mascabada; *parar*, por poner en pie; *pena*, por vergüenza, encogimiento, y en la misma acepción usamos a *apenar y penoso*; *pesebre*, por la representación del Nacimiento del Salvador; *solar*, por huerto corral; *pisco*, por pavo; *troja*, por barbacoa, cañizo o zarzo. También figuran varios modismos y dichos proverbiales de igual naturaleza que aliñan el lenguaje hispanoamericano.

El uso general y constante de una voz en todo un país, aún prescindiendo de su buena formación y limpia procedencia, que en este caso concurren, es título bastante para incorporarla oficialmente en el habla. No nos parece, pues, racional ni patriótico que se tenga como advenedizas e impropias tantas voces y locuciones que son parte interesantísima del castellano en América, y lógicamente las debemos usar los que en ella hemos nacido y en ella hablamos y escribimos, por más que arruguen el entrecejo los puristas españoles.

El autor no es exigente. Así es que bastará para quedar satisfecho y pago de su obra, que uno solo de estos cuentos le caiga en gracia al lector o mueva en su ánimo algún sentimiento de aprobación y simpatía.

Mérida, 1902.

LA REGLA DEL CARPINTERO

Es el caso que la *regla*, envalentonada por el hecho de ser el único instrumento que el carpintero sacaba a lucir como emblema del oficio, y llena de orgullo a este respecto, miraba siempre de reojo a los demás instrumentos. Estos, movidos por los celos, y envidiosos de la privanza de la *regla*, conferenciaron secretamente sobre la manera de vengar su agravio; y un día, domingo por más señas, en que la favorita no salió a la calle como de costumbre, agrupóse toda la herramienta en son de *meeting*, y dando mueras a la *regla* y víctores a la igualdad, pusieron en confusión la carpintería.

Grave era el peligro que corría la *regla*: el serrucho la amenazaba con sus agudísimos dientes, sacaba chispas el martillo, bramaba el hacha y, en fin, todo aquel pueblo de azuelas, escoplos, cepillos, sierras, clavos, cuñas, estacas, etc. hervían en deseos de trabajar sobre el lomo de la infeliz *regla*. Sólo el compás y la escuadra guardaban silencio y compostura. De resto, hasta el cacharro de la cola había tomado el asunto por lo serio.

Viéndose la *regla* en tan grave aprieto, y queriendo a todo trance contener aquel ímpetu fiero e inusitado de la herramienta, subió de un salto sobre el banco del taller y habló en estos términos:

—Compañeros, deponed vuestro enojo para que ya en calma entréis en razón. Mirad que soy la *regla* y que sin mi amistad andaréis *desarreglados*. Esta es la única causa de mi preeminencia...

—¡Alto ahí! gritó el martillo, montado en cólera, que en cuanto a preeminencia a nadie cedo la palma. Soy un instrumento de origen mitológico: yo abrí el cerebro de Júpiter y nació Minerva. Yo trabajo en todos los talleres: herreros, zapateros, albañiles, impresores, plateros, escultores, todos los artesanos, en fin, me emplean a cada paso. En las obras más difíciles yo doy siempre en el clavo (*prolongados aplausos*). Tengo el poder de atar y desatar, porque en ocasiones si por un lado clavo por el oro desclavo. ¿Quién me sobrepuja?... Nadie. Asumo, pues, el primer puesto en la carpintería, honor que en vano tratará de disputarme ese listón de madera raquítico e infautado que acaba de hablar.

—¡Viva el martillo! Pido la palabra para alegar mis títulos como su inmediato pariente, gritaba el mazo, lleno de orgullo y de contento.

—¡Abajo el martillo! ¡Fuera el usurpador! Yo soy el instrumento decano, gruñía entre dientes el descomunal serrucho.

El grupo de sierras armó los dientes y cerró filas. El conflicto iba, creciendo por momentos. La tenaza entreabrió las desnudas quijadas con raro estrépito y puso el grito en el cielo.

—¡El martillo es un fariseo! Clavó en una cruz al adorable hijo del más célebre de los carpinteros (*profunda sensación: la carpintería recuerda su página bíblica*). La tenaza continuó enternecida: yo, yo fui quien en hora feliz desclavó al divino hijo de José del madero de la cruz. Reverenciadme, pues, en acatamiento a este timbre glorioso.

—¡Loor a las tenazas! ¡Vivan las tenazas! ¡Atrás el judío! vociferaba toda aquella turba erizada de filos y dientes.

El deseo de vengarse de la *regla* había traído pleito sobre merecimientos, y, por lo visto, ningún instrumento quería ceder la palma en la empeñada lid. La cristiana alusión de la tenaza

había aplacado un poco los exasperados ánimos, coyuntura que aprovechó el talentoso compás para subir sobre el banco-tribuna y arengar al férreo auditorio.

—Así tan débil y pequeño como soy he de meteros a todos dentro de un zapato. Aquí, mal que os pese, mandamos y mandaremos en jefe la *regla*, la escuadra y yo, que aunque tres personas distintas representamos una sola y verdadera medida. Diariamente, antes de clavar, aserrar o hacer cualquiera otra operación, nosotros dirigimos vuestros pasos, señalándonos la línea de conducta sobre el palo.

—En ese caso, yo soy el verdadero jefe, gritó el lápiz con vocecita de tiple.

—Todos sois súbditos del trazo y la medida; y, entendedlo bien, eso lo representamos nosotros. Con que silencio, y a su puesto cada uno, viles instrumentos de la fuerza bruta!...

Ruido siniestro, extraordinaria conmoción se apodera repentinamente del espacioso local; se vuelca el banco, echando por tierra cepillos, barrenos, escoplos y cuanto encima tenía, inclusive el triunvirato que trataba de implantar el último orador; derrámase la cola, y se generaliza un terror pánico aún entre los tiesos y juiciosos maderos que poblaban los rincones del taller. El hacha se había manifestado con toda la fiereza de su carácter altivo e indómito, blandiendo en el aire la espantable cuchilla y gritando con voz de trueno:

—¡Rayos y centellas! ¿He de soportar impasible tamaña insolencia? ... No, aquí estoy, con toda mi bravura, para haceros entender que por ministerio de la fuerza os gobierno a todos. Qué trazos ni medidas ni qué pan caliente: soy el instrumento primitivo. Yo talo los montes y os doy material para el trabajo. Nadie me resiste. Soy bárbara pero omnipotente: en manos de Atila hice temblar la tierra, y ya antes, desde los tiempos de Hércules, simbolizaba el imperio del mundo.

A este crítico punto llegaba la gresca, cuando se presentó bruscamente el carpintero, quien del lado fuera de la puerta había estado oyendo el rarísimo altercado.

—Acabados sean cuentos, que donde manda capitán no manda marinero. Esto dijo al entrar, y luego, mostrando a la herramienta su robusto brazo, exclamó: Este es el primer instrumento del taller. ¡Y replicadme, vive Dios!

Oyóse entonces una voz clara y simpática, que partía del suelo.

—Yo os replico, señor dijo la *regla*, pues ese tan poderoso instrumento a mí me obedece también en el trabajo.

Abrió las entendederas el carpintero, y como comprendiese que la *regla* tenía mucha razón, recogióla del suelo con muestras de gran cariño, y paseándola en alto por todo el taller, hizo que la herramienta la reconociese en lo sucesivo como reina y señora de la carpintería.

La *regla* había triunfado.

Moraleja.- Ojalá en todos los asuntos de la vida triunfara siempre la *regla*, que entonces andaría el mundo más *arreglado*.

(1886)

EPISODIO CASERO

Un tribuno de corral. Su trágica muerte.
Causa célebre. Horroroso suplicio.

Era un parlanchín famoso. Cuando hablaba, encaramado en la estaca y con una ala extendida sobre el auditorio, parecía verdaderamente un orador en la tribuna.

Trozos de letanías, coplas, refranes y otra retahila de cosas echaba por el pico en buen romance el ilustrado animalito. Era un prodigio de palabra: la gente se admiraba de oírlo, y sus dueños estaban orgullosos. Cierto día circuló rápidamente por toda la casa una noticia terrible: el loro había aparecido muerto al pie de la estaca. ¡La voz del alado tribuno no resonaría ya más por los ámbitos del corral!

Aquello fue un día de juicio: el sentimiento subió de punto; hubo lágrimas, sollozos y otras muestras de gran pesadumbre. Al ser recogido el cadáver, una circunstancia, hasta entonces inadvertida, hizo por extremo viva la dolorosa exaltación de los habitantes de la casa. ¡El loro había muerto asesinado!

La justicia doméstica no se para en fórmulas; todo procedimiento es sumarísimo y singularmente eficaz.

Un tribunal constituido de súbito en el teatro del suceso abrió la averiguación correspondiente. Se pregonó comparecencia universal de puertas para adentro: no faltó ni el gato.

Los quehaceres domésticos quedaron en suspenso.

Del sumario resultó: 1º Que el loro tenía en la mitad del pecho un terrible picotazo. 2º Que mediaba disgusto anterior entre el difunto y un pavo. 3º Que el loro maltrataba de palabra al pavo, lanzándole epítetos mal sonantes y penetrantes silbidos; y 4º Que más de una vez los testigos habían visto al pavo montado en ira y rojo como una amapola, embestir al loro; pero que éste, riéndose a todo pico, trepaba a lo más alto de un árbol, dejando con un palmo de narices a su formidable enemigo.

Se decretó inmediatamente la detención del indiciado, la cual se efectuó sobre la marcha en medio de gritos, carreras y grande aparato. Las demás aves del corral estaban atónitas.

El reo fue encerrado en un saco y llevado a la presencia del tribunal.

En los estrados, el fiscal, echando una mirada de enojo sobre el saco-cárcel, exclamó indignado:

—¡Ese animal debe matarse!

Aprobación en las barras.

El defensor quiere probar la coartada, pero cuando más empeñado estaba en la prueba hubo el pavo de asomar la cabeza ensangrentada por la boca del saco, y ¡adiós defensa! La turba gritó con la misma indignación del fiscal:

—¡Que se mate! ¡Que se le tumbe el pescuezo!

Caliente aún el cuerpo del loro, fue publicada la sentencia que condenaba al pavo al último suplicio: el saco quedó convertido en capilla.

El fallo se apoyaba en razones concluyentes: entre otros fundamentos, el tribunal hacía valer, como circunstancias agravantes, un artículo del almanaque de pared que recordaba

ser feriado el día siguiente, y el dictamen de la cocinera, declarando gordazo al animal.

Los detalles de la ejecución eran horrorosos: el pavo sería decapitado, pasado luego por agua hirviendo y, últimamente, horneado!...

Al día siguiente, a la hora de almuerzo, el ajusticiado, envuelto en un sudario de salsas y guisos, humeaba sobre la mesa entre cuatro botellas de buen vino.

¡Qué sabrosa es la pena de muerte cuando cae en cabeza de pavo!

(1887).

LAS VOCALES EN CONGRESO

Cierto día amaneció un gran cartelón pegado en la propia roca del Parnaso, el cual decía lo siguiente:

República de las Letras.- Se convoca al pueblo para un congreso extraordinario que ha de reunirse en esta altura a más tardar antes de que se generalice el volapuk.

Firmaba el presidente Apolo y refrendaba el llamamiento la musa Calíope, Secretaria del Estado en el departamento del tono épico.

En la república de las letras ¿quién es propiamente el pueblo? Claro está que las letras. Pues todo el alfabeto lió petacas y fuese cuesta arriba hasta dar con el empinado lugar de las sesiones, donde las cinco vocales, a fuer de vocales, asumieron la representación nacional y se constituyeron en junta.

¿Quien preside? fue la primera cuestión parlamentaria. Para evitar quisquillas y largos debates, sugirióles Apolo la idea de que probase primero cuál era la más rica en palabras sin el auxilio de las otras, y que desde luego sería directora del congreso la vocal triunfante.

Dicho y hecho. La A, seguida de toda la corte de consonantes, escaló la tribuna. Las otras vocales prometieron no meter su cucharada en el discurso.

—Camaradas: Hablar tan amarrada?... ¡Cáscaras! mal parada anda la chanza, *ca* faltan trazas hasta para lanzar las

más claras palabras. Harta maña va gastada para nada. Salga, salga ya a la plaza la galana E, a arrancar a la garganta charla tan tartaja. Camaradas, batan palmas: va ganada la parada!

Ruidosos aplausos partieron de las barras, en tanto que la E subía temblorosa a aquel potro de tormentos.

—Seré breve. Debe tenerse presente ke meterse en este tren es perderse, desde ke el ser ke me precede merece preferentemente ser el jefe. Ven, entremétete, endeble I, ke debe ser de verse ese destemple.

Entre las risas y exclamaciones del auditorio, subió a la tribuna la raquítica vocal aludida y, contra toda regla de urbanidad, habló sin quitarse su redondo e inapeable sombrerito, o sea, el punto.

—Nihil... nihil... Difícil, sí, difícilisim...

No cayó la I en la cuenta de que había menester de una O para completar la palabra, de suerte que fue interrumpida bruscamente por esta vocal.

—No soporto robos! O somos o no somos (rugió la O con ronco acento). Yo como no topo voz con poco lo compongo. Con los otros tonos, hombro con hombro, codo con codo, todos somos cónsonos, sonoros. ¡Oh dolor! solos, sólo somos como pozo con poco fondo.

Después de largo y atronador aplauso, que muy merecido se lo tenía la O por haber probado elocuentemente que en la unión están la fuerza y la armonía, todos los ojos buscaron con ansiedad a la U, la más obesa y cachazuda de las vocales, la cual con gran majestad se encaminaba ya a la tribuna. El auditorio era todo oídos.

La última vocal requirió el pulmón, tragó saliva, miró al soslayo y soltó la lengua:

—Runrún, runrún, runrún...

La rechifla fue estupenda. No quedó pecho sano en el Parnaso. Dicen que el último mono siempre se ahoga, y fue la pobre U la que vino a pagar el pato.

Por eso, caro lector, cuando algún orador disparata o queda mal en la tribuna, se oye en el público ese tremendo cuanto elocuente *runrún*, que no es otra cosa que el insólito discurso de la U en el nunca bien ponderado congreso de las vocales.

(1886).

LO QUE SON LAS PREOCUPACIONES

Pablo se ausenta por primera vez del lugar de su nacimiento.

Sale solo, pobre, enfermo, todo lloroso y preocupado. Va a atravesar hondos precipicios, páramos temibles y climas mal sanos; y, a mayor abundamiento, hay peste en la ciudad a donde lo lleva el destino.

Salió Pablo un día martes, lluvioso y triste, a tiempo que tocaban a difuntos en el campanario vecino. Item: era 13 del mes y corría año bisiesto.

Durante su ausencia canta tristemente y a deshoras el gallo del corral, maúllan los gatos bajo las ventanas, y el viejo mastín de la casa prorrumpe de continuo en lastimeros aullidos; apáganse algunas velas sin causa aparente; óyense a media noche voces dolientes y ruido de pasos; y una mariposa, una maldita mariposa negra aparece cierto día prendida, como lazo funerario, sobre el vacío lecho del viajero.

Llega el primer correo... Pablo no escribe. La peste aumentaba.

La familia pasa los días muda, angustiada, presa de horrible ansiedad. Un presentimiento fatal oscurece los ánimos.

¿Y qué sucedió, por último?

Que llegó Pablo bueno y sano, robusto y alegre como un día

de pascua. Volvía rico y, por añadidura, loco de amor y con anillo de esponsales.

Veamos, ahora, el contraste.

El afortunado Pablo vuelve a salir: va acompañado y en son de paseo, por caminos amplios, climas frescos y saludables, lleno de dulces impresiones y departiendo alegremente con un grupo de amigos.

Durante su ausencia llovieron felicidades: hubo bailes y cumpleaños, fiestas públicas y repique general de campanas. Derramóse el vino a torrentes, cantaron dulcemente los pájaros bajo el alero, y corrióse la nueva de que en la cocina la leña había chisporroteado con grande animación.

Fue una temporada felicísima.

Llega, por último, un día de correo. En la casa hay novedad: el piano ha cesado repentinamente. Oyense voces, gritos y otros rumores inusitados. El vecindario acude, crece el movimiento y pronto el estrecho zaguán apenas da cabida a la gente.

¿Qué pasa? Pablo, el venturoso Pablo ha llegado otra vez, sano, robusto y, por complemento, ligado a una muchacha ojinegra de singular hermosura.

¡Eso son las preocupaciones!

Resta el epílogo. Otra vez se ausentó Pablo, no hubo nada de lo dicho y... tampoco se murió.

(1886).

LOS ANTEOJOS MARAVILLOSOS

Y va de cuento.

La escena pasa en la parte más alta de un edificio tan común como admirable, en esa especie de cúpula en que remata la arquitectura del cuerpo humano: la cabeza.

El Entendimiento, dueño de la casa, es un señor de muchas campanillas, de porte señoril y mirada chispeante. Vive pared de por medio con la Memoria, señora grave y circunspecta, que lleva pintadas en el semblante la melancolía del pasado y toda la amargura de los desengaños.

Alguna empresa literaria se tenía D. Entendimiento, cuando menos la redacción de un periódico, porque cierto día entróse de rondón en los aposentos de la Memoria y, con gran sorpresa de ésta, empezó por pedirle cuenta minuciosa de cuanto allí tenía en calidad de depósito.

—¡Un inventario formal! replicó la Memoria, cada vez más asombrada de ver a su flamante compañero en tales andanzas.

—Es cabalmente lo que deseo. Quiero saber cuánta es la copia de mis recursos científicos y literarios, fruto, como sabéis, de grandísimos empeños en el campo del estudio, pues entiendo que estos aposentos deben de rebosar en letra menuda.

—Nada de eso, respondió fríamente la señora de los recuerdos, acompañando sus palabras con una sonrisa de compasión que llenó de espanto al Entendimiento.

—Qué decis!...

—Que nada, señor, tenéis en mi poder. Entra aquí de ordinario algo así como un vientecillo destructor que todo lo consume luego a luego. He tapado muy bien las rendijas, puesto vidrieras a los postigos, cerrado, en fin, el cuarto del archivo, pero todo ha sido en vano. Por lo visto, señor, la casa en que vivimos es muy ventosa.

El Entendimiento, que no daba crédito a lo que oía, precipitóse bruscamente en el archivo, pero ni con el auxilio de un velón encendido, porque era mucha la oscuridad del sitio, pudo hallar una letra siquiera en aquellos fríos y empolvados estantes.

D. Intelecto, aunque chispeante y de natural donaire, era un poco casquivano. Se sorbía, a la verdad, libros enteros, pero nunca tales lecturas fueron calentadas en el mágico hornillo de la reflexión.

—Vuesa merced me perdone, dijo la Memoria, compadecida de tan cruel desengaño, pero tengo para mí que el mal está en los ojos de mi señor Entendimiento; y yo me permito ofrecerle los anteojos que ha menester en sus lecturas.

—¡Yo, cegatón! no, mi señora. Gozan mis ojos de un alcance prodigioso; así penetran en la inmensidad del espacio y en los senos de la tierra, como descubren a maravilla los extensos campos de la filosofía y el derecho.

—Pero es lo cierto que yo, que soy vuestra tesorera, nada guardo por cuenta de tales lucubraciones.

—Mi desgracia es cierta, no lo niego, pero lo que son mis ojos no necesitan auxilio, porque ven demasiado.

—Precisamente, señor, os viene de perilla el verso de D. Miguel Agustín Príncipe:

El ciego más desgraciado
No es, amigo Bernabé,
El ciego que nada ve
Sino el que ve demasiado.

Con que aceptad el remedio que os ofrezco: leed meditando, que la meditación es un cristal maravilloso que deja grabada indeleblemente en la memoria las páginas del libro. Sin este bello prisma delante de vuestros ojos, toda concepción será fugaz, todo esfuerzo intelectual inútil; y, a pesar de vivir entre la luz, siempre lo pasaréis a oscuras.

Hizolo así D. Intelecto, y es fama que lo primero que vio al través de los anteojos fue este letrero en caracteres muy gordos: *Leer no es estudiar; quien no medita no aprende.*

(1888).

UN DISCURSO POR UN QUESO

La cosa pasó así.

Cierto día llamaron a la puerta.

—Adelante, mi amigo, dije a un hombrecito que a tiro de ballesta mostraba ser un lugareño recién llegado a la capital.

—Usted es el que escribe en **El Lápiz**? me preguntó.

—El mismo, para servir a usted.

—Vengo a ver si me puede sacar de un apuro.

—Estoy a sus órdenes.

—Pues es el caso que allá en el pueblo están de fiesta, y a mí me han nombrado para que eche un discurso el día del Santo, que ya está encima; y ya usted puede comprender que...

—Sí, comprendo perfectamente.

—Yo quisiera que usted me arreglara el discurso. Una cosa corta y bien bonita.

—¿Y sobre qué tema es el discurso?

—Yo no entiendo nada de eso. Hágalo usted a su gusto que yo le quedaré muy agradecido.

—Pero es el caso que estoy muy ocupado, mi amigo.

—Si eso es obra de nada. Yo le traeré en cambio un queso, si usted no lo lleva a mal.

—No, hombre, qué a mal lo he de llevar.

—¿Conque cuento con usted?

—Pues, francamente, amigo, debo confesar que me seduce la oferta del queso, pero como en proponer no hay agravio y mientras más amistad más claridad, bueno es que convengamos antes en el tamaño del discurso y en el tamaño del queso. ¿Cuánto queso me trae usted por cada llana de papel escrito?

El hombrecito, que por lo visto no esperaba semejante previa tasación, se rascó la cabeza, miró la hoja de papel que yo le mostraba y acabó por preguntarme a su vez.

—Y cuántas llanas serán, poco más o menos?

—¡Oh! por eso no se alarme usted, mi amigo: cuatro o cinco, nada más.

—Pues bien, le traeré una libra por cada llana.

¡Cinco libras de queso! el negocio era brillante para quien estaba acostumbrado a trabajar discursos *gratis et amore*. Aquel iba a ser un discurso del género lácteo, una verdadera novedad en el campo de las letras.

—¡Ah!, dije a mi hombre que ya se iba, dígame siquiera cuál es el santo de la fiesta?

—El santo es San Lorenzo, pero yo quisiera que me le echara unas florecitas al señor Cura y al Jefe, porque siempre es bueno estar bien con todos.

—En horabuena, mi amigo, pero cuento a mi vez con el queso.

—No tenga usted cuidado.

Recordé al instante las parrillas en que asaron al santo mártir, y me felicité por haber hallado materia para ganar mucha parte de queso, pues esto se enlazaba con el Escorial, cuya planta representa las susodichas parrillas; y de aquí fue fácil seguir con Felipe II, Carlos V, la Inquisición y las Comunidades de Castilla. Más allá hablé de los Reyes Católicos, del descubrimiento de América, del yugo español, de la independencia sur-americana y de las estrellas de la Federación: le eché unos piropos a las libérrimas instituciones y al progreso del país, e hice, para remate de la obra, un elogio cabal del señor Cura y del ciudadano Jefe de la parroquia.

Pues no lo creerán ustedes. Las fiestas se llevaron a cabo, sin duda, y nuestro orador tomaría por asalto la tribuna, pero lo más grande del caso fue que me dejó con el discurso hecho y las ansias de saborear el queso!

Después supe que, arrepentido de haber ofrecido tanto queso por un discurso, cortó el nudo aprendiéndose al dedillo la vida del santo en el Año Cristiano.

Yo guardé mi burlado discurso, poniéndole antes la siguiente inscripción para perpetua memoria:

Este, Fabio ¡ay, dolor! que ves ahora
Discurso sin igual, mustio, empolvado,
Tuvo un queso por musa inspiradora,
Un queso prometido y no pagado.

(1891)

UN CONGRESO INFANTIL

Ya es raro hallar muchachos que jueguen al escondite, como en otros tiempos, o que, montados en cañas, salgan por esas calles de Dios, luciendo en la punta superior de los carrizos aquellas vistosas cabezas de caballo, hechas de trapo y adornadas con borlas de colores y brillantes lentejuelas.

Los chicos del día miran con desdén tales bagatelas. Sus juegos no estriban ya en la tradición sino en los acontecimientos presentes, cualquiera que sea su clase e importancia, siempre que metan ruido y tengan alguna apariencia de novedad o que revista carácter de espectáculo público con música, tiros, banderas y repique de campanas.

Es el caso que en tiempo de un ruidosa asamblea legislativa, en que la crónica era puramente parlamentaria, quince o veinte chicos, constituidos de la noche a la mañana en sendos diputados por los sitios más notables de la capital en que se efectuaba aquella junta política, instalaron con gran seriedad una cámara infantil. Y como el dinero es, aún entre los chicos, uno como maravilloso ungüento que pone suaves los resortes de todo negocio humano, era condición expresa que cada diputado, había de consignar un centavo antes de abrirse la sesión, para que el congreso tuviese rentas propias y, sobre todo, base en qué cimentar sus actos.

Pero tomemos puesto en la barra, que este congreso promete ratos de gusto a los espectadores.

Detrás de un cajón, que a primera vista indica su procedencia, porque dice «Fábrica de Tabacos» en letras muy visibles,

y tiene a modo de carpeta un gran pañuelo encarnado, está muy orondo en su silla el chico elegido presidente de la cámara, después de una elección en que los candidatos llegaron a ofrecer hasta tres caramelos por un voto!

Completaba el ajuar de la presidencia la campanilla, que era un embudo de hojalata con su correspondiente piedrecita pendiente de un hilo a modo de badajo.

El presidente agita con mucha gravedad el embudo y queda abierta la sesión. Pero sucedió que el chico de la casa donde se reunía este descomunal congreso, advirtiendo que el presidente metía con disimulo la mano dentro del cajón, se levanta airado y discurre en estos términos:

—Ciudadano presidente: pido permiso para sacar del cajón una cosa que me pertenece y que está corriendo gran peligro.

—¡Negado, negado! Que se registre el cajón!, gritó toda la cámara avanzando en cuerpo hacia la presidencia.

Un diputado (con medio cuerpo dentro del cajón) —¡es una chirimoya madura!...

El presidente (casi sofocado por los diputados y agitando el embudo desesperadamente).— ¡Al orden, al orden! es necesario hacer las cosas con seriedad.

Otro diputado.— Tengo un proyecto sobre la chirimoya y pido que se vote.

El presidente, que era un famoso perillán, abrazándose a la fruta y cubriéndola con el sombrero, declaró ex-cátedra que la chirimoya se reservaba para después de la cuenta.

En este momento se oyó en la puerta una voz que preguntaba a gritos:

—¿Compran alfeñiques?...

Un toque de rebato no conmueve tanto a un pueblo como aquel grito a los honorables chicos.

Un diputado (relamiéndose los labios) —Propongo que todos los fondos existentes se gasten ahora mismo en alfeñiques.

—No apoyo, gritó un optimista, porque eso está destinado para un globo que se elevará el día de año nuevo.

—No señor, dijo desde su asiento el diputado-tesorero; de comernos las rentas, que sea en pastelitos horneados, que yo sé donde los hacen muy buenos y grandes.

—Pero antes que todo, gritó otro chico que no apartaba sus ojos de la puerta, propongo que se nombre una comisión para que le diga al muchacho de los alfeñiques que no se vaya mientras se resuelve el punto.

El Presidente (sin soltar el fardo de la chirimoya).—Que diga el diputado-tesorero lo que hay en caja y quiénes son los que han pagado.

El funcionario interpelado saca unos centavos del bolsillo, los cuenta dentro del sombrero y luego informa:

—Ciudadano presidente: hay por todo real y medio y un centavo, pero no han pagado todavía los diputados...

Aquí arde Troya: los bribonzuelos morosos meten gran ruido de voces con ánimo de interrumpir el informe rentístico y los puntuales en el pago levantan también la voz para alegar sus derechos a la caja, a tiempo que el rapaz secretario de la cámara, aprovechándose del acaloramiento del debate, pugnaba en la barra por arrebatarle al muchacho el azafate de los

alfeñiques para llevarlo a la mesa de la secretaría y poder dar cuenta de él... parlamentariamente, se entiende.

El embudo iba y venía por el aire llamando al orden, pero qué campanilla ni qué pan caliente: todos los diputados andaban por el salón discutiendo a raja tabla sobre las tres cuestiones palpitantes y de bulto: los centavos, la chirimoya y los alfeñiques.

De improviso se abre una puerta en el fondo de la cámara y aparece una figura espantable para los chicos, que apenas les da tiempo de recoger aire a boca abierta y emprender carrera hacia la calle en completo desorden. El dueño de la casa, que no pudo soportar más aquella bulla y alboroto, bien como un rey tiránico, tomó el partido de disolver el parlamento a latigazos.

....

Cuatro diputados se encuentran casualmente al voltear una esquina solitaria. Son el presidente, que pudo salvarse con la campana y la chirimoya: el tesorero, que lleva todavía en las manos gran parte del erario, y dos rapaces más.

El presidente manifestó, en vista de lo sucedido, que era necesario proceder inmediatamente al reparto de los centavos y, en seguida, suena el embudo y declara abierta de nuevo la sesión, pero el diputado-tesorero, que era un consumado táctico en materia parlamentaria y un bribonzuelo de marca mayor, salió de estampida con el sombrero en una mano y las rentas en la otra, diciendo a gritos:

—¡No hay *quorum*, no hay *quorum*!...

Sorbiéndose los vientos y cruzando calles fue a parar a la puerta de una fonda de suburbio, donde lo recibió la fondista con gran sorpresa.

—¿Qué te pasa, muchacho, que vienes ahí echando el corazón por la boca?

—Fue que... ¡escóndame, que después le digo! —pudo medio articular el ministro del tesoro, entrándose de rondón hasta la cocina.

Es fama que cuando el honorable chico salió de su escondite, se había comido en pastelitos horneados todas las rentas del famoso congreso.

(1889).

HISTORIA DE UNA A

Contada por ella misma

Me llamo A y pertenezco a la sonora estirpe de las vocales. Desciendo en línea recta de un jeroglífico egipcio que representaba a Ibis, ave sagrada parecida a una cigüeña, que devoraba las serpientes, las langostas y otros reptiles. Por eso la A mayúscula tiene esta figura casi triangular, que imita una ave cuando remonta el vuelo por el espacio.

Soy la más noble entre las letras, porque desde que el fenicio Cadmo introdujo el alfabeto en la Grecia, 1500 años antes de Cristo, ya ocupaba yo el primer puesto en la fila de los carácteres. Refiero esto como gloria de familia meramente, puesto que, por lo que toca a mi típica figura, tuve la desdicha de nacer minúscula, lo que me priva de muchos honores concernientes exclusivamente a mi clase como encabezar cartillas, índices, diccionarios, etc.

Esto en cuanto a la escritura, porque en la pronunciación desaparece toda casta de mayúsculas y minúsculas y hay para mí sola tres puestos distinguidos en el habla castellana, a saber: *a*, preposición, *ah*, interjeción y *ha*, inflección del verbo *haber*. La *h* que me acompaña en estos casos es un mero escrúpulo de los gramáticos, que en nada altera mi gracioso sonido.

Pero no voy a escribir la historia de la A en general, sino la mía exclusivamente como tipo de imprenta.

Soy yankee de nacimiento, porque me fundieron en New York, la víspera de un 4 de julio, aniversario de la independen-

cia de aquel país portentoso. Por eso fui idólatra de la libertad desde mi cuna, e hice propósito firme de dedicarle mis servicios en la prensa, mi único asilo sobre la tierra después de la caja. Un buque de vapor me llevó a playas remotas, y fue grande mi alegría al saber que estaba destinada a una imprenta de Caracas, porque odiaba el inglés, lengua para mí muy árida e inhospitalaria.

—¡Oh, me dije, entre New York y Caracas, qué diferencia! *Caracas*, ciudad hospitalaria como ninguna, me ofrece tres puestos en su solo nombre.

El habla castellana me encantaba, porque veía en ella abundancia de *aes*; pero era orgullosa y quería estrenarme en la composición de alguna palabra noble y significativa. La sola idea de perder el brillo de mis perfiles en algún *cada, hasta, para* u otro insípido vocablo por el estilo, me llenaba de angustia.

Pertenecía a una caja de *english*, y un día extendió el cajista ante mis ojos un escrito patriótico, en que aparecía el nombre de Bolívar repetido muchas veces. Empezó la composición, y es indecible la ansiedad con que sentía pasar por encima de mí la mano vertiginosa del operario.

¡Momentos amargos! a cada palabra temblaba por el temor de ser cogida. Vino el primer *Bolívar*, y la mano del cajista, después de recorrer rápidamente las casillas de las demás letras, cayó como un rayo sobre la de las *aes*. Allí estaba yo, virgen y sin mancha todavía, acaso temblorosa por la primera impresión de amor. ¡Bolívar! yo quería ser esa a afortunada, quería incrustarme en ese nombre mágico aunque se empañase para siempre el brillo de mi pureza! El plomo de mi ser se conmovió, y no sé si sería ilusión, pero hubo un momento supremo en que apreciéndome que tenía vida propia, saltó sobre la mano del cajista y... héteme ya oronda, radiante del júbilo, ocupando un puesto en el nombre del Libertador de Sur-América.

Mi ambición estaba satisfecha: había servido a la Libertad, dando forma al nombre de uno de sus más preclaros defensores. Después llegué a ocupar puesto único en *paz, libertad, independencia, república, justicia* y otras muchas palabras de distinguida alcurnia. Y, cosa extraña, aunque metida en *política y partidos*, nunca figuré en *elecciones*, ni hubo puesto para mí en *gobierno* ni en *ejército*. Tampoco corría el riesgo de verme en *revolución*, pero no sucedía lo mismo con *guerra* ni *tiranía*. Un día, el día de mi muerte, los dedos del cajista oprimieron mi débil cuerpo, temblé de miedo, perdí el sentido... pero no hubo remedio: estaba en la palabra *guerra*! Desde entonces cambióse mi estrella: estuve en *conspiraciones* y *revueltas*, luego en *cárceles*, en *bóvedas* y hasta en *capilla*.

Y como a fuer de letra era letrada, comprendí perfectamente que ya en capilla, el verdugo del cajista me pondría también en *horca* o en *guillotina*. Pero no se tomó ese trabajo el operario, pareciéndole mejor enterrarme viva. Toda resistencia fue vana: caí, al fin, en *sepultura!*...

Entonces, gastados por el uso mis perfiles y llena el alma de tristeza por los desengaños del mundo, tomé de nuevo la forma de Ibis, el ave misteriosa de las márgenes del Nilo, y en raudo vuelo me separé de la tierra, remontándome hasta el cielo que es la verdadera patria de las letras.

(1884)

LAS PAREDES HABLAN

Un día, hace de esto algunos años, tuvimos ocasión de pasar un rato en una casa de campo, distante pocas leguas de Mérida. El mayordomo nos brindó franca hospitalidad y puso a nuestra disposición la casa, que por aquel tiempo estaba deshabitada. Era un edificio antiguo, cuyos negruzcos tejados apenas se distinguían de lejos por entre los árboles que daban sombra a un extenso cafetal, única riqueza de la finca.

Mientras mi compañero trataba el negocio principal del viaje con el mayordomo, yo me entretuve paseando las desiertas habitaciones de la casa, un tanto dominado por la melancolía que se apodera del ánimo en las horas de soledad y de silencio. Había en el extremo de un corredor un cuarto que convidaba a la meditación y al recogimiento. Por entre los balaustres de una ventanilla que miraba al occidente, se veían allá, en la loma vecina, las parejas de bueyes que iban y venían lentamente rompiendo el suelo con el arado, y más cerca de la casa, ceibos enormes que, azotados por el viento, vertían sus flores color de grana como lágrimas de fuego que iban a perderse en la callada y sombría arboleda del café.

Distraídamente fijé mi atención en un letrero escrito con lápiz sobre la amarillenta pared. Estaban allí a un lado de la ventanilla, dos corazones toscamente dibujados y al pie de ellos esta leyenda, en caracteres que a primera vista revelaban haber sido hechos con especial cuidado: *3 de enero .- D. y P.*

El campo tiene el mágico poder de inspirar bellos pensamientos. Leer esto e imaginarme haber hallado la clave de un idilio, pensaba yo, ha estado alguna pareja de amantes con las

manos juntas y los corazones mucho más, jurándose amor eterno a la puesta del sol, hora en que se tiñen de rosa los collados y cantan las aves, ya ocultas entre el follaje, su melancólica despedida. Pero ¿quiénes eran ellos?...

Al punto abandoné aquel sitio y empecé a registrar las paredes por todas partes, con un interés particular, en que se mezclaban la curiosidad y un sentimiento de irresistible simpatía. Allá, detrás de una hoja de la puerta, muy arriba, como para que ningún curioso diese con él, divisé otro letrero, nuevo dato que había de ponerme en camino de descubrir toda una historia de amor, pero de amor puro e intenso como me imaginaba que debía sentirse en aquel campo, a la vista de tan encantadores paisajes. Montado sobre una silla trasladé a mi cartera dicho letrero: era la misma fecha, *3 de enero*, pero al pie decía con todas sus letras *Domingo y Paula.*

He aquí, me dije, los nombres de los amantes, y como ya tenía puestos los cinco sentidos en aquellas simpáticas inscripciones, me ocupé en el examen de todo el cuarto. Otros letreros había, pero ninguno sobre Domingo y Paula. Salí a un corredor, nada tampoco; penetré en la sala, menos; invadí un aposento y después de abrir de par en par la ventana, repasé las paredes minuciosamente. Por poco se me saltan las lágrimas al descubrir cerca del sitio donde debió estar el altarcito de la familia, este sentido cantar, de puño y letra de mujer:

Llorando cogí la pluma,
Llorando cogí el papel,
Llorando escribí tu nombre,
Llorando por ti, mi bien.

¡Pobre Paula! Cuánta amargura revelaban estos renglones, escritos allí a la indecisa claridad de la lámpara encendida ante algún santo de su devoción, en alguna noche de cruel insomnio, ahogada por el llanto y fijo el pensamiento en su inolvidable Domingo. Recorrí toda la pieza con viva ansiedad,

buscando como el anticuario en los monumentos, la luz de una historia en breves y elocuentes inscripciones.

En el corredor hallé, al cabo, en letra muy diversa y entre otros apuntes ajenos completamente al asunto, este renglon-cito escrito al parecer con mucha precipitación: *Se llevaron a Domingo, 14 de agosto.*

Estaba copiándolo cuando llegaron el mayordomo y mi compañero.

—Hágame el favor, amigo, —dije inmediatamente al primero —de informarme para donde se llevaron a Domingo?

—¿Qué Domingo, señor? —me preguntó sorprendido.

—Pues Domingo, el prometido de Paula, —le contesté con toda seguridad.

—Yo no sé nada de eso. Cuando vine, hace tres años, a encargarme de la hacienda, hallé la casa tal como usted la ve ahora.

—Dígame entonces ¿dónde habrá por ahí más letreros como éste?

—Si mal no recuerdo, hay unos cuantos en el cuarto de la herramienta.

—Pues si usted me lleva allá, se lo agradeceré muchísimo.

—No hay ningún inconveniente.

Ya me parecía que no llegaba al cuarto de la herramienta. El mayordomo cogió al paso una llave que estaba colgada de un clavo, y después de prolongar mi ansiedad, batallando un rato con la cerradura, abrió de un golpe las hojas de la puerta.

¡Cuántos letreros había allí! Las lágrimas de Paula, el paradero de Domingo, aquella historia de amor desgraciado, vislumbraba al través de una líneas tan lacónicas como expresivas, tenían cautivo mi corazón y en constante divagar mi pensamiento.

Rápidamente fui leyendo cuanto había escrito y sufriendo al propio tiempo tristes desengaños. Aquel cuarto había sido indudablemente el del dueño de la finca. Lo que existía eran apuntes de cuentas, memorandum de negocios, nombres extraños seguidos de números, fechas aisladas y multitud de notas indescifrables. De pronto dejé escapar una exclamación de dolorosa sorpresa, tan viva que mis compañeros se miraron entre sí con asombro. La última partida de una de aquellas listas decía claramente: *Misas por el alma de Domingo, 4 ps.*

En dos palabras les expliqué el porqué de mi sorpresa y todo lo que me habían dicho las paredes.

—Eso debe de ser viejo —dijo el mayordomo— y el único que puede aquí saber algo es el *taita* Matías, que es el peón más viejo de la hacienda.

El *taita* Matías, por quien yo averigüé en el acto, era efectivamente un anciano y se hallaba a la sazón desyerbando una acequia a inmediaciones de la casa. Le dije lo que quería de él, y mirando entonces el viejo hacia un gigantesco maitín que daba sombra a la corriente por aquella parte, me dijo estas o semejantes palabras:

—Allí, junto al tronco de ese árbol, solían sentarse los dos. Eran huérfanos, hijos del campo y criados con mucha estimación en esta hacienda. Estuvieron en la ciudad algún tiempo, y allí aprendieron a leer y escribir. Todos los queríamos mucho, porque eran buenos y trabajadores. ¡Pobres muchachos! Un día cogieron a Domingo en el propio patio de la casa y se lo llevaron para la guerra. La pobre Paula, cansada de esperar todas las

tardes subida en el maitín la vuelta de Domingo, con quien estaba para casarse, comprendió que la engañaba con falsas noticias, mucho más cuando se supo que las tropas habían salido de Mérida en busca del enemigo. Entonces no pudo contenerse y abandonó la hacienda; se fue al lugar de la guerra, pero la infeliz llegó tarde. Doblado sobre una trinchera, encontró el cuerpo de Domingo, acribillado por las balas. Dicen que dio gritos espantosos y que huyó por los campos, sin que nunca hasta hoy se haya sabido de su paradero.

Puede imaginarse la impresión que me causaría este sencillo relato. Las bestias estaban ya listas y nos despedimos del mayordomo. Pronto fueron desapareciendo a nuestra vista los vetustos tejados de la casa y la frondosa copa del maitín señalado por el anciano. Acaso mi compañero regresaba pensando en el negocio que lo llevó a la finca, como era natural, pero yo tornaba pensando en cosas demasiado tristes y sombrías, después de saber la desdichada suerte de Domingo y Paula.

Estas son las víctimas ignoradas de la guerra civil, éstos los dramas desgarradores a que dan origen nuestras frecuentes revueltas políticas. Allá, en la ciudad, resuenan por las calles públicas los víctores y dianas de triunfo con que termina alguna revolución, mientras que en el interior de los hogares, principalmente bajo el pajizo techo de la casa de campo, sólo se oyen los gritos desesperados de la tribulación y del infortunio.

En vista de esta historia, el lector quedará tan convencido como yo de que *las paredes hablan.*

(1889)

LA MATA DE CENTAVOS

Aficionado Dominguito a los centavos como todo muchacho (afición que dura hasta la vejez), un día en que jugaba con su hermano mayor, correteando por toda la casa, tuvo un pensamiento súbito, una gran inspiración. Detúvose de pronto e interpeló a su compañero.

—¿Juan, los centavos nacen?

Juan era un rapazuelo de ocho años que explotaba de lo lindo la candidez de Dominguito. Cuando le veía alguna golosina en las manos, se le allegaba muy grave, como hombre de negocios formales, y poniéndole las manos sobre los hombros, le decía:

—Mira, Dominguito, hagamos un negocio.

—¿Qué negocio?

—Pues que tú me des ahora la mitad de ese dulce y yo te daré uno entero cuando mi padrino me dé plata.

—Sí, pero que sea bien grande como éste.

—Está dicho.

Y Juan se comía la mitad del dulce; pero media hora después, por cualquier pellizco, por cualesquiera dimes y diretes, Juan se declaraba desligado del convenio. Así y todo vivían en la mejor armonía.

—¿Nacen los centavos?'

Ante esta inusitada pregunta del chico, Juan abrió tamaños ojos y se puso a reflexionar como un filósofo que quiere dar en la clave del enigma.

—Pues mira que sí nacen.

—Y entonces ¿dónde están las matas?

—¡Tonto! las matas están muy bien guardadas para que no se las roben.

—¿Tú las has visto?

—No, pero me han contado.

—¿Y qué será lo que se siembra?

—Pues deben de ser los centavos para que retoñen.

—¡Ah! pues yo voy a hacer la prueba.

—¿Dónde tienes los centavos?

—Aquí tengo dos no más.

—Bueno, pero no vayas a decírselo a nadie: entre los dos solitos.

Juan se hizo en el momento a un cuchillo de la casa. Se arrodillaron los chicos y emprendieron la obra.

—No muy hondo, Juan.

—Así está bueno, como para sembrar cebollas.

Hecho el hoyo, Dominguito echó con mano trémula sus dos centavos, que la tierra cubrió en el acto. Se puso una señal en el sitio y ambos chicos se entregaron luego a discurrir sobre el caso, forjándose para lo porvenir mil doradas ilusiones.

Dominguito se acostaba preocupado con aquello, y en sus sueños inocentes veía la mata de centavos grande y coposa como un mamón, cuajada de racimos por todos lados. Tan luego saltaba de la cama, corría al solar, y después de cerciorarse de que no había por allí alma viviente, se acercaba al consabido sitio a ver si ya estaba apareciendo el retoño.

Como pasase los días sin asomar nada, consultó a Juan sobre remover la tierra para ver el estado de los centavos, pero el rapazuelo puso una cara muy grave y le dijo que aquello no convenía por ningún respecto, puesto que se romperían los retoños que ya debían subir.

Un día, por último, en que vendían buñuelos a la puerta de la casa, Dominguito, creyendo que ya no se levantaba la mata, corrió al solar, metió las manecitas en la tierra con febril agitación, abrió un hoyo y otro hoyo, buscó aquí y más allá, rebuscó por todas partes y nada...

Mucho tiempo hacía que la semilla, por artes químicas del bribonzuelo Juan, había tomado la forma de dos abrillantados caramelos.

Pero el cuento sigue: viente años después, como diría en el epílogo cualquier novelista, Dominguito, hecho todo un hombre de negocios, llamó a su hermano Juan y le dijo:

—¿Te acuerdas, Juan, de aquella mata de centavos?

—Y de los sabrosos caramelos que me produjo también me acuerdo.

—Pues mira, yo he persistido en la idea: la mata de centavos existe. He cultivado este campo con tesón, lo he sellado de café, maíz y otros frutos, y ya ves que cosecho centavos todos los días.

Dominguito tenía razón.

La mata de centavos con que soñamos en la infancia existe. Se siembra en todas partes, en el campo, en las fábricas, en los talleres; se riega con el sudor de la frente y pronto crece, prospera y rinde el codiciado fruto.

La mata de centavos es el *Trabajo.*

(1894).

UN CANTARO ILUSTRE

Cuento semi-histórico

Allá por los tiempos de Colombia, vivía en Caracas el maestro Antón, viejo fornido que, a pesar de sus sesenta años, era muy capaz de derribar a un cristiano de un solo puñetazo, pero el maestro Antón era tan fuerte de cuerpo como manso de espíritu. Herrero de oficio, él figuraba a la cabeza del gremio no tanto por su habilidad artística como por la popularidad y buena fama de que gozaba.

En la herrería del maestro Antón había una caja de madera respetable por sus dimensiones y su antigüedad. Era uno de esos muebles deformísimos, que sirven a varias generaciones y resisten, sin quebrantarse, el oleaje de los acontecimientos, mostrándose siempre sólidos y flamantes en su sitio, como mudos representantes del pasado. Son, en punto a muebles, las esfinges del servicio doméstico. Se creía que la caja del maestro Antón había sido del servicio de una sacristía antes del terremoto de 1812, y que la había mandado hacer el obispo D. Juan López Agurto de la Mata, cuando en 1636 se trasladó la primera catedral venezolana de la ciudad de Coro a la de Caracas.

El maestro Antón compraba al peso y por muy bajo precio cuanto hierro inútil le iban a vender, y todo aquello lo echaba en la gran caja, de suerte que con los años vino a convertirse ésta en una arca de Noé, por la muchedumbre y variedad de cosas que contenía; y de allí sacaba todos los días el pedazo de metal apropiado para el remiendo que tenía entre manos, pues nunca pasó de herrero remendón el pobre viejo.

Clavos despuntados, piernas de tijeras, argollas, aldabones, pailas, fragmentos de barras, azadas, fusiles, cuchillos y otras armas e instrumentos, en fin, de todo había en la enorme caja; reposaban allí los restos de casi toda la herramienta gastada en Caracas durante medio siglo.

—¡Qué frío tengo! —decía de cuando en cuando el mango de una sartén. Si el maestro Antón me volviera a mis antiguos lares, qué gozo para mí oír de nuevo chisporretear la leña y calentarme entre los tizones!

—Cállate, por Dios, fierro grasiento y ahumado, que mayor pena sufro yo viéndome en este miserable estado después de haber ocupado un puesto eminente por largos años.

—¿Y quién eres tú, sino un clavo mohoso, para que así mandes callar a quien acaso llegó a freír más huevos que estrellas hay en el cielo?

—Clavo, dices bien, clavo mohoso, pero en un tiempo me mantuve tieso que tieso, sosteniendo el dosel del muy ilustre Ayuntamiento, hasta que vencido por la edad, dejé ir la carga al suelo con espanto de los cabildantes.

—Yo también serví al Gobierno, fijo en la puerta de la cárcel pública, —dijo un pedazo de cerrojo,— y cuidado que nadie entraba ni salía sin tocar previamente conmigo, incluso el señor alcalde y todos los ministros de la justicia.

—Qué me venís a mí con todas esas ínfulas, —interrumpió con gran sonoridad una especie de barretón sumamente cascado y cubierto de orín. Yo he metido más ruido en la ciudad que todos vosotros juntos. Casi cien años estuve encumbrado en la torre, pregonando las tristezas y alegrías del público. Era el badajo de la campana mayor, la lengua que se agitó en aquella gran boca para lanzar a los cuatro vientos la voz conmovedora del campanario, ora repicando alegremente en las fiestas públi-

cas, ora despidiendo a los muertos con lúgubre tañido.

—Pues prepárese usted, ruidosísimo señor, para sufrir mayores desengaños que los que de presente padece, porque el día menos pensado lo manda el maestro Antón a retostarse en alguna parrilla o lo clava como cerrojo en la puerta de alguna taberna, sin parar mientes en su antiguo encumbramiento.

—¿Y dónde habrá aprendido estas filosofías una herradura? —preguntó el badajo.

—Yo no metí tanto ruido ni viví tan alto como vos, señor, pero tengo también un pasado glorioso. En mi origen fui arma de un prócer de la Independencia, la lanza de un soldado valeroso que cayó muerto en la batalla sin abandonarme jamás. ¿Y sabéis en qué vine a parar al cabo de mil peripecias? En la vil herradura de un caballo de carga. ¡Quien merecía un puesto en los museos llegó a verse humillada en el polvo, pisoteada por un bruto!

Por allá en uno de los rincones de la monstruosa caja, se oyó entonces un altercado a media voz entre una débil lámina de hierro, que luchaba por levantarse, y una hacha desportillada que la tenía bárbaramente oprimida. Al cabo de muchos esfuerzos, el fierrito logró ponerse encima de todos sus compañeros, y con voz clara y armoniosa habló en estos términos:

—Muy beneméritos son los hierros que me acompañan en este cuartel de inválidos; y ya que habéis puesto en competencia nuestros méritos individuales, quiero contaros mi historia, la más notable e ilustre que aquí se haya referido. Miradme bien: apenas mido un palmo de largo por dos pulgadas de ancho, y soy flaca como la hoja de un cuchillo; y, sin embargo, esta pequeñísima superficie ha sido como una inmensa plaza, donde se han organizado en batalla los ejércitos de la idea. Os hablo de los renglones de libro y del periódico, de los versos del poeta, de las cuentas del matemático, de las producciones, en fin, del ingenio

en el vasto campo de las ciencias, y la literatura, que han venido aquí a recibir forma, a ser hiladas de nuevo para que la prensa las multiplique por el mundo con su maravilloso poder.

La lámina de hierro se había transformado. No hablaba ya siendo que vibraba sobre la herramienta como tocada por una corriente eléctrica. Un ¡hurra! atronador resuena por todo el ámbito de la caja.

—Yo visité las costas de Venezuela en 1806 con el ilustre Miranda; y aquí, sobre esta superficie gastada por el uso, se formaron las primeras proclamas de la Independencia patria. Vine después a Caracas, en 1808, con los empresarios Gallagher y Lamb, y aticé la llama de la gran revolución suramericana en 1810. En una palabra, yo fui el primer *componedor de imprenta* que vino a Venezuela, y estos deterioros que me veis son como la huella luminosa de las ideas que por aquí han pasado a la posteridad!

El maestro Antón, que a todas estas se ocupaba como de costumbre en pegar un remiendo, se acercó a la caja y cortó bruscamente el discurso del ex-componedor, asiéndolo con las tenazas y llevándolo a la fragua.

La lanza-herradura lanzó un profundo suspiro y dijo a media voz:

—¿Qué os decía yo, amigo badajo? Ved como paga el mundo los inmortales servicios de ese hierro de imprenta. Asomáos y veréis como el maestro Antón está remendando con él el fondo de un cántaro de cocina!

El ex-componedor se encargó entonces de ponerle la moraleja al cuento, hablando a sus compañeros desde el yunque, en donde lo estropeaba de lo lindo el maestro Antón para adaptarlo al cántaro a fuerza de martillo.

BIBLIOTECA NACIONAL
CARACAS - VENEZUELA

—Recordad que el gran Epaminondas, nombrado por sus enemigos para el bajo destino de limpiador de las calles, aceptó el cargo, diciendo que no debe juzgarse de los hombres por los empleos, sino de los empleos por los que los sirven. No me aflige, pues, mi nuevo destino, porque de hoy en adelante este será un cántaro ilustre!

Entró luego a la herrería el dueño del cántaro, averiguando por el valor del remiendo y el maestro Antón le dijo, frotándose las manos:

—Deme usted dos reales por mi trabajo, que lo que es el hierro invertido no vale la pena!

Sic transit gloria mundi.

(1896).

HISTORIA DE UN GRITO

La noche era fría como todas las de diciembre. Quejábase el viento sobre las vecinas playas, y de momento a momento el lejano y misterioso Catatumbo encendía el espacio con sus relámpagos. Sólo se percibían muy vagamente el rumor de los ríos y las perdidas notas de una flauta, que acaso en aquella hora silenciosa vertía en cadenciosos sones los pesares o alegrías de inocente amor.

En la desierta encrucijada de una calle de Mérida dos jóvenes se detienen cautelosamente, hablando en voz baja y con misterio.

—Hemos llegado, Marcos.

—¡Ah! ¿es esta la pared del fondo?

—La misma de que te he hablado. Salta y nada temas, pues conozco bien estos lugares. Mira, ¿ves por entre el follaje de aquellos árboles una pared iluminada? Es el interior de la casa. Por la mitad del huerto hay un camino que conduce allá. ¿Lo oyes?... tú sabes lo demás.

—Pero dime ¿estás cierto de haber dado con su paradero?

—Cierto y muy cierto; he comprado un espía, acaso el más temible de nuestros enemigos.

—¡A quién? —preguntó Marcos con vivo interés.

—A Felipe.

—¡Felipe!... ¡el disfrazado!

—¡Silencio!... ¿no has oído? Pronto, pronto, que podemos ser descubiertos.

Marcos escala rápidamente la tapia, que no era muy alta, y de un salto se precipita en el solar; perdiéndose a poco bajo la espesura de los árboles.

Su compañero cruza entonces la calle, acelera el paso y, con gran excitación, llega al pie de una ventana, donde alguien espera con suma ansiedad; óyese un grito ahogado y luego ruido de pasos precipitados.

Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del compañero de Marcos.

—¡Pobre amigo!... ¡qué trama tan bien combinada!... pero lo he vendido villanamente!

Esto decía para sí el desleal amigo en tanto que Marcos, con paso cauteloso y palpitante el corazón, andaba por entre los árboles del huerto, atento el oído al menor ruido.

El aspecto del cielo era en aquellos instantes bello e imponente; la luna, rodeada de nubes fantásticas, apareció sobre el filo del monte, y la alta sierra, medio oculta entre la niebla, recibió un beso de melancólica luz sobre la nieve que corona sus erguidos picachos.

Marcos sintió un leve ruido que partía del interior de la casa, y se detuvo a escuchar: el crujido de una puerta por allí cerca lo hizo retroceder algunos pasos. Huir era ya imposible, así fue que, rápido como el pensamiento, se apartó del sendero y se ocultó en una zanja profunda, cuyos bordes apenas se distinguían por entre la maleza. Con los pies hundidos en el barro y la inquietud que es de imaginarse, esperó algunos

instantes. ¡Cuán lejos estaba de pensar en que aquel su compañero y confidente había vendido su secreto y lo tenía entregado a sus enemigos!

Pero no siempre con la traición se obtiene el triunfo.

En el umbral de una puertecita medio oculta que había hacia un ángulo del solar, apareció la airosa figura de una mujer. Caminaba en puntillas, y con mirada inquieta y anhelosa dominó instantáneamente todos los sitios, creyendo, sin duda, distinguir alguna persona bajo el tupido ramaje de los árboles.

La luna bañaba de frente su hermoso rostro, que pasaba súbitamente del temor a la confianza, del sobresalto a la tranquilidad. Al fin, movida por estas impresiones tan diversas, se atreve a dar algunos pasos, pero una voz robusta, vibrante, eco de una exaltación sin límites, llena los aires y arranca un grito indefinible a la bella aparecida.

—¡Mis aguinaldos!... le había gritado Marcos con toda la fuerza de sus pulmones.

Y al silencio en que se había desenvuelto esta romanesca aventura, sucedió una algarabía extraordinaria, pues, de las copas de los árboles, del seno de las malezas, de los tejados, de todas partes salieron, como por obra de magia, voces, gritos y ruidosas carcajadas.

A los lectores que conozcan la costumbre de apostar a cuál primero pida los aguinaldos en el día u hora que se fije, no les sorprenderá ciertamente la originalidad de este episodio, y considerarán de justicia que Marcos, a pesar de todo, hubiese ganado la apuesta, y que su dulce y encantadora enemiga tuviese que pagarle los aguinaldos.

(1888).

LA LLUVIA DE ORO

Había un pueblo muy descontento de su suerte, a pesar de que Dios le había dado por asiento un valle extenso y delicioso, donde la naturaleza era pródiga en toda clase de frutos.

Pero los hombres empezaron a renegar de su pobreza desde que tuvieron noticia de que otros pueblos de lejanas tierras gozaban de grandes riquezas, tenían oro en abundancia y vivían en hermosos palacios, entre sedas y pedrería, entre músicas y perfumes.

—¿De qué nos sirve —decían— que esta tierra nos dé toda clase de frutos si no nos da el oro que necesitamos para construir palacios y salir por mar y tierra a buscar todo ese cúmulo de riquezas y comodidades?

Y los hombres del fértil valle, descontentos de los dones con que la Providencia los favorecía, andaban tristes, comidos por la envidia y maldiciendo de su suerte.

Un anciano les había contado que en época muy remota, habiendo ocurrido una gran sequía, los habitantes del valle se habían acercado a su santo padrón, que era San Antonio, y le habían quitado de los brazos la imagen del Santo Niño, diciéndole que no se lo devolverían hasta que no les enviase la lluvia de que tanto necesitaban sus campos tostados por el sol.

Que el santo, muy apesarado por la separación del Niño, lloró y suplicó en el cielo hasta alcanzarles la bendecida lluvia, que cayó a torrentes y fecundizó la tierra, porque el pueblo era bueno y Dios oyó su súplica. Y entonces le devolvieron en triunfo el Niño, entre cánticos y alabanzas.

He aquí que un día, cuando los campos estaban cubiertos de verdura y empezaban a cuajar los frutos, los moradores del valle, aguijoneados por el espíritu malo, devorados por la sed de lujo y de riquezas, se acercaron al patrón, y sin respeto alguno le quitaron otra vez de los brazos al Santo Niño, diciéndole:

—Hace mucho tiempo que nuestros antepasados, en una gran sequía, te pidieron agua para esta tierra, y tú se las diste en cambio del Niño: hoy nuestros campos están florecientes, pero tenemos necesidad de mucho oro para hacernos ricos y poderosos por mar y tierra; y no te devolveremos el Niño hasta que no nos envíes las riquezas que pedimos.

Y se llevaron al Santo Niño, quedando San Antonio muy triste, no tanto por esta nueva separación, sino por la ingratitud y temeridad de aquellos malos hombres para con Dios, quien, lleno de bondad, los mantenía siempre en buena salud para el trabajo y con las despensas provistas de frutos.

En aquel mismo instante el cielo empezó a cubrirse de nubes amarillas color de fuego y a oírse un gran ruido metálico que atronaba el espacio de oriente a occidente y del septentrión al mediodía; y, en seguida, cayó una granizada formidable, una lluvia de oro que en breve tronchó todos los plantíos, sembrando el espanto entre racionales y brutos. Los rústicos techos de las casas se hundieron con el peso del metal y, al cabo, todo el suelo del valle quedó cubierto por una capa enorme de oro, sobre la cual continuaba resonando de un modo tétrico la caída de aquellos tejos metálicos que, al hender el espacio, vibraban como si fueran espadas blandidas por la cólera del Señor.

Largo rato duró el tremendo castigo. Cuando hubo cesado la lluvia de oro y brilló de nuevo el sol en lo azul del firmamento, los habitantes del valle, salvados milagrosamente en las grutas y cuevas, salieron como espectros, con los vestidos rasgados, cubiertos de heridas y cegados por el vívido resplandor que despedían sus campos enchapados de oro por todas partes.

Fueron a apagar su sed, y no encontraron agua: el oro había cubierto las fuentes y secado los arroyos. Fueron a aplacar el hambre, y no hallaron ni una hoja verde, ni un tallo siquiera: el oro lo cubría todo. Subieron a un monte para ver si se divisaba algo verde en lontananza, y dando un grito de horror, cayeron de rodillas clamando misericordia: toda la comarca, de uno a otro confín, era un desierto de oro; y aquel suelo metálico horriblemente amarillo, calentado por los rayos del sol, les quemaba los pies y les asaba todo el cuerpo.

Entonces se les apareció San Antonio y les dijo:

—¡Desdichados!... esta es la lluvia de oro que habéis pedido y que Dios os manda. ¿Dónde está el Santo Niño?...

Pero aquellos infelices estaban tan confundidos y aterrados que no podían articular más que estas palabras:

—¡Perdón, perdón! ¡Misericordia, Señor!...

Compadecido el santo de su terrible infortunio, los consoló, diciéndoles que iba a pedir por ellos; y elevando sus ojos al cielo con angelical dulzura, empezó a recitar la oración dominical.

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nos tu reino y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

Y los pecadores arrepentidos continuaron con todo el fervor de su alma:

—El pan nuestro de cada día, dánosle hoy, y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; y no nos dejes caer en la tentación, más libranos de mal.- Amén.

Y entonces descendió en una nube resplandeciente el Santo Niño hasta los brazos de San Antonio, que lo recibió en dulcísimo éxtasis; y la tierra se alegró con su presencia y en un instante se tragó todo el oro; y brotaron de nuevo las cristalinas fuentes; y el suelo se cubrió de verdura; y volvió la paz al corazón de aquellos pecadores, que tentaron a Dios, pidiéndole oro y riquezas, cuando él mismo nos enseñó que no debemos pedirle sino *el pan nuestro de cada día.*

(1898).

LA VIUDA DE PEDRO

En las faldas de la Sierra Nevada de Mérida vivía una infeliz mujer, de treinta años de edad, poco más o menos, de continente simpático, a pesar del estrago que en ella hacían la miseria y las penas del alma. Era viuda, con cinco hijos pequeñuelos y sin más amparo que un rancho de paja desmantelado y triste, situado a la boca de un monte, en lugar recóndito y solitario.

Esta pobre campesina había gozado de más desahogo y mejor vida en tiempo de su esposo, que era hombre trabajador y sin vicios; pero el aquilón de la guerra civil sacudió de raíz su choza querida, arrebatándole en una noche al compañero de su alma y padre de sus hijos, sin que valiesen súplicas ni lágrimas.

El honrado Pedro salió de recluta para la guerra, y cuando, pasados algunos meses de cruelísima angustia, meses de hambre y de llanto para aquel ignorado hogar, regresaron los reclutas con las banderas desplegadas y al son de las cornetas y tambores, entre los víctores del partido triunfante, la esposa angustiada, la infeliz campesina salió a la ciudad a recibir a su esposo, llevando en sus manos, como es costumbre, alguna comida preparada para obsequiarlo; pero sólo halló a otro recluta amigo que le dijo sin ningún preámbulo:

—No lo busque porque no viene.

—¿Y por qué se ha quedado? ¡Virgen Santísima!...

Al recluta se le aguaron los ojos, y haciendo un gran esfuerzo, dejó caer como un plomo sobre aquella desgraciada estas cortas palabras:

—A Pedro lo mataron en la última pelea. ¡Pobrecito!...

Entonces la infeliz mujer, tambaleando de dolor y de hambre, cayó al suelo con los ojos extraviados y el rostro lívido. ¡No hubo quien le ofreciese un trago de agua siquiera en aquellos momentos!

—¿Estará ebria esta mujer? —preguntaban unos.

—Es que le ha dado un mal, —contestaron otras buenas mujeres que se le acercaron para ayudarla a parar, tomándola por una loca.

En este horrible desamparo corrió en busca de consuelo a los pies de quien sólo puede darlo, buscó a Dios en su inmensa desventura. Con la cabeza sin cubrir, fuera de sí, penetró en el templo y se dejó caer sobre las frías baldosas, lanzando de su pecho sollozos que eran gritos ahogados, en tanto que en la plaza resonaban la música y la pólvora, y centenares de pechos se enronquecían gritando.

—¡Viva el pueblo libre! ... ¡Viva la libertad!...

Ya tarde volvióse a su retiro de la montaña, donde estaban sus hijos, sola, sola como hoja que avienta el huracán en noche tempestuosa.

Era la hora triste y pesarosa del crepúsculo; los árboles no eran ya verdes sino negros; los colores del cielo eran rojos y sombríos; en el bosque y las barrancas reinaba un silencio profundo y en el oscuro y retirado rancho, los cinco muchachitos de Beatriz, que este era el nombre de la viuda, lloraban de hambre y de miedo, sin más compañía que la de una boba muda y harapienta que nada ingeniaba para consolarlos.

Cuando Beatriz llegó a la miserable vivienda, dio un grito que espantó a los pequeñuelos y cayó desplomada sobre el jergón nupcial, exclamando con voz extenuada:

—¡Pedro, Pedro de mi alma!... me has dejado sola!...

La conformidad cristiana, tan común en las gentes sencillas, vino con el tiempo a atenuar los rigores de la pena en aquella inocente víctima de nuestras pasiones políticas, y fuerte, con la fortaleza sublime que inspira el amor de madre, se concretó a velar por sus hijos.

Ya el mayorcito tenía nueve años, y era un simpático pilluelo que se sabía al dedillo todas las entradas y salidas del monte. Pedrito era una chispa, y ayudaba a su madre en los oficios de la casa, e iba a la ciudad a vender sobre un pollino, que era todo el haber de la viuda, ora una carguita de leña o algunos manojos de pasto, ora algún atillo de plátanos o yuca, con lo que se procuraban la sal y el dulce necesario para las comidas y la vela de sebo para alumbrase de noche.

Pedrito tenía otra industria que ejercía no muy ostensiblemente por los regaños maternales que le había provocado, cual era la de cazador de pájaros. Era una ardita para trepar a los árboles en busca de un nido de pichones; y el fruto de esta peligrosa cacería, que consistía en algunos centavos que le daban en la ciudad por los pájaros, iba a manos de Beatriz, que estaba encantada con el chico y apesarada, a la vez, porque no podía mandarlo a la escuela, convencida como estaba de que llegaría a doctor, tal era para ella la precocidad y talentos del industrioso muchachito.

Al clarear el día, la pobre madre saltaba del lecho sin hacer ruido para no despertar a los chicos, a quienes dejaba encerrados para preservarlos del frío intenso de la mañana, sin más abrigo que su propio pañolón, casi deshecho por el uso, pues no tenía manta ni otra tela con qué abrigarlos, ni remota esperanza de poderlas conseguir!

¡Ah, y qué miserable era el desayuno de estos infelices! Algunos plátanos cocidos desde el día anterior y una jícaras de

guarapo hervido, eso era todo. Sin embargo, con cuánta alegría despertaban los chicos sobre la troja de cañas en que dormían, metiendo ruido con las manos y los pies, como pájaros que aletean contra el suelo antes de remontar el vuelo; y con cuánto gusto iban a devorar, en seguida, tan pobrísimo alimento!

En una de esas frías y pintorescas mañanas de diciembre. Pedrito, que acompañaba a su madre en la ramada donde hacían de comer, patio de por medio con la humilde choza, notó que Beatriz tiritaba de frío y tenía las espaldas y los brazos amoratados por el viento helado de la Sierra Nevada, que se erguía límpida y brillante sobre el azul bellísimo del cielo andino.

El pobre niño no tenía sobre sí qué darle. Unos pantaloncitos y una camisa rotos en las rodillas y en los codos, respectivamente, era todo su ajuar. Dentro de la choza aún dormían calienticos los otros niños.

—¡Mamá, hace mucho frío!...

—Sí, hijo, pero tenemos que aguantarlo así, porque ¿cuándo podremos comprar más ropa? —dijo con desaliento la pobre rústica.

Silencio de honda pesadumbre siguió a estas palabras. El frío arreciaba demasiado, y Pedrito, casi oculto en el regazo de la madre, procuraba abrazarla para comunicarle el calor de su cuerpecito de nueve años!.

Aquel día promovió él mismo con vivo interés que Beatriz le enjalmase el pollino y lo despachase con la carga para la ciudad, donde ya tenía personas amigas, entre ellas una señora, a quien acostumbraba ofrecerle la leña con preferencia, pues no le regateaba mucho el precio, en gracia, sin duda, de la simpatía que la había inspirado semejante leñaterito, el cual, por su parte, le profesaba especial cariño. Fuése, pues, derecho

allá, y vendida la leña, esperó la ocasión de hablar a solas con la señora.

—Quiero decirle una cosa en secreto.

—¡Un secreto! —le dijo la señora con amabilidad.

—Sí, señora, porque me da pena que oigan los demás. Yo sé que usted es muy buena, y por eso le voy a pedir una cosa por amor de Dios.

—Vamos a ver qué será.

Mirando entonces el chico a todas partes indeciso, tembloroso, vacilante entre el temor y la esperanza, se acercó más a la señora, que lo autorizó con una sonrisa para que hablara, y le dijo, al fin, muy quedo lo que deseaba, quedándose luego como acusado que va a oír la sentencia, con las manos juntas y la cabecita caída.

—¡Pobrecito! —exclamó la señora, mirando a Pedrito con agradable sorpresa y haciéndole una señal para que esperase un momento.

La bondadosa dama trajo, en seguida, un envoltorio y lo dio a Pedrito, quien recibió aquella dádiva con tales muestras de alegría y reconocimiento, que no atinando a dar las gracias con palabras, cayó de rodillas a los pies de la señora, ahogado por la emoción.

—No seas cándido, que eso nada vale, le dijo ella, conmovida por la escena, y lo obligó a que se levantase.

Ni con el nido del ave más esquiva de la montaña, ni cuando le regalaron los pantalones y la camisa, nunca, en fin, había regresado Pedrito más contento. En cambio, el desventurado pollino recibió aquel día más palos que nunca.

En las inmediaciones de la casa, dentro de una espesa montañuela, ocultó el chico su precioso fardo, y nada, absolutamente nada dijo a Beatriz de tal adquisición, ni siquiera nombró a la señora. En la noche, sin embargo, estaba tan alegre e inquieto, que su madre le preguntó qué tenía.

—Pues, ¿qué voy a tener, mamá? sino que mañana es sábado, día de la Virgen, y ella nos va a arropar para no sentir tanto frío como hoy.

Beatriz se rió de la salida del muchacho, lo ayudó a rezar devotamente y lo hizo acostar. Pedrito, al ver la tela raída del pañolón de Beatriz que les servía a ellos de cobija, se sonrió con picardía y volvió a decir:

—¡Mañana es día de la Virgen! Mañana no hará tanto frío!

Serían las seis de la mañana, cuando Beatriz abrió, como de costumbre, la puertecita de la choza y salió a hacer fuego en la ramada que les servía de cocina. La mañana era espléndida: en las nubecillas del cielo y en lo alto de los montes fulguraban ya los destellos del son naciente; los cristalinos arroyos, casi helados, que se precipitan de la Sierra, sonaban con dulce estrépito, acordes con el viento, que pasaba silbando por entre los árboles a lo largo de las cañadas.

Pero el frío era intenso, implacable, encalambraba los miembros y hacía dar diente con diente. La triste viuda, en tanto cogía fuerza el fuego dentro de las piedras del fogón, se había acurrucado, con las manos escondidas en el regazo, trémula y amoratada por el frío, dando la espalda medio desnuda a la puerta de la choza.

De pronto sintió ruido y trató de volver la cabeza, pero no vio sino una hermosa tela, un pañolón grande y pesado que caía sobre sus yertos hombros, a tiempo que Pedrito le decía en un trasporte de júbilo:

—¿No le dije que hoy era el día de la Virgen, y que ella nos iba a arropar?

—Pero, hijo ¿qué es esto?... le preguntó Beatriz, llena de asombro.

—Pues no ve que es un pañolón ya usado, pero muy bueno, que me regaló ayer aquella señora de la ciudad.

La madre, anegada en llanto, estrechó contra su corazón al buen hijo, y mientras lo colmaba de caricias, aparecieron en la puerta de la choza los otros chicos, los cuales al ver aquel desayuno de besos y de abrazos que daban a Pedrito, corrieron celosos al regazo de la madre, quien los estrechó a todos en un solo abrazo, calentándolos bajo los pliegues de su nuevo e inesperado abrigo, como calienta el ave bajo las alas a sus tiernos polluelos.

Los primeros rayos del sol cayeron como una lluvia de oro sobre el pajizo techo, trinaron alegremente los pájaros en el follaje, y resonaron con dulzura al oído de aquellos infortunados las brisas de la montaña y el lejano estruendo de las cascadas. ¡En aquellos instantes el genio amable de la felicidad estaban con ellos!

Muy vivas y frecuentes serán las alegrías de la fortuna, pero son más puras y sublimes las alegrías de la miseria!

(1998).

UN CUARTILLO DE CULANTRO

Si yo fuera académico de la lengua, emplearía todo el tiempo de mi inmortalidad en probar con razones de mucho peso que vale tanto decir «estar de mudanza», como «estar metido en camisa de once varas», y que *gotera* y *calamidad* son vocablos rigurosamente sinónimos.

Pues bien, una gran calamidad que se abrió en el techo de mi cuarto y otros descalabros en las paredes, me pusieron en el disparadero de una mudanza dentro de la misma casa. Tuve que asilarme en la sala de recibo con todo el cargamento de libros, papeles y... el arca de Noé, por espacio de tres días, término en que, al fin, quedó el albañil después de acalorada discusión y repetidas instancias de mi parte para que despachase con prontitud el trabajo.

La mudanza fue obra de casi medio día. Yo no me cansaba de repetir al muchacho que compartía conmigo las fatigas de tal empresa:

—¡Mucho cuidado! ¡Cuidado con botar algún papel! Vaya poniéndolos allá con sumo cuidado.

Al cabo de un rato noté que el portador se tardaba más de la cuenta en cada viaje. Salto allá, y encuentro a mi hombre seriamente ocupado en hacerme un servicio, a su modo de ver las cosas, se entiende.

—¿Qué es eso, muchacho? —exclamé al verlo tirar mis papeles aquí y allá con un entusiasmo que me heló la sangre en todo el cuerpo.

—Es que estoy acomodando en un solo puesto todos los cuadernos y papeles de un mismo color. Mire usted: aquí están los azules, allí los amarillos, allá los colorados, y lo que son los blancos, no tenga cuidado, porque los estoy echando en aquel rincón para arreglarlos después por tamaños.

Figúrese el lector qué cara pondría yo en vista de este método empleado por el chico para arreglar mis papeles. ¡Yo que había sudado la gota trabajando por someterlos a un mediano orden cronológico!

Redoblé la vigilancia, multipliqué mis súplicas y recomendaciones, y continué mudándome, lleno de sobresalto a pesar de todo esto, porque ya me parecía que iba a ser víctima de nuevo atentado, y temblaba a la sola presencia de aquel mi flamante bibliotecario de doce abriles, que no sabía leer y acometía resueltamente el arreglo de mis papeles por colores y tamaños!

Pronto quedó convertida la sala en un inextricable laberinto de papeles. Sobre cada silla se levantaba una verdadera columna de libros, el suelo quedó cubierto de impresos, y por todas partes rodaban muebles, cuadros, retratos, mapas y multitud de baratijas envueltas en el torbellino de la mudanza.

La mesa del escritorio resultó que estaba próxima a sufrir una completa dislocación en toda su armadura, y me puse a componerla con alma, vida y corazón, poniéndola patas arriba en la mitad de la sala. Parecía una balsa flotante en un océano de papeles. Le dí martillo sin misericordia, y al compás de los golpes iba pensando en una verdad de a folio, esto es, que de periodista a carpintero o cualquier otro oficio no hay más que un paso, porque, dada la falta de medios, la necesidad nos obliga a hacerlo todo por propias manos. La necesidad unida a la paciencia obra prodigios.

Queriendo aprovechar la mudanza para coleccionar mu-

cho periódicos que tenía en confusión, entre los cuales había algunos de grandes dimensiones, puse en práctica un sistema del que esperaba felices resultados. A lo largo de la sala tendí tres o cuatro cuerdas por el aire, atadas fuertemente en los extremos y separadas convenientemente entre sí, para poner en ellas los periódicos, ni más ni menos que como las cuerdas de que se valen las lavanderas para secar la ropa. En un instante quedó la sala colgada de periódicos por todas partes. No se podía dar un paso sin estropear un papel o tropezar con algo. Se caminaba por allí a saltos y brincos.

En esto, tocan pausadamente en la puerta de la casa. Quedéme por un instante sin resuello. Un recuerdo cruzó por mi mente. ¡El señor obispo me había ofrecido visita, y era aquel el día señalado!...

Semejante recuerdo me hizo estremecer de pies a cabeza. ¿Dónde recibiría al ilustrísimo prelado? El cuarto, en manos del albañil, y la sala, próxima a reventar, víctima de una indigestión de papeles. Lo primero que se nos ocurre en un conflicto de este género es huir, pero en el caso esto era imposible, y no responder a los toques, todavía peor. Pronto saldría cualquiera otra persona del interior de la casa y revelaría inocentemente la verdad.

¡Suena el segundo toque!...

Ya no hay remedio. El señor obispo debía entrar, debía recibirlo; pero ¿dónde Dios eterno? Si yo mismo estaba allí casi asfixiado en medio de tal baraúnda de papeles, si no había ni una silla libre, ni un espacio para acomodar otras.

¡Suena el tercer toque!...

Con las manos, con los codos, con los pies, con todo el cuerpo reviento las cuerdas, derribo los bultos columnarios aquí y allá hasta despejar algunos asientos y medio descubrir

la entrada; y rápidamente me echo afuera, en dirección al zaguán, más muerto que vivo, articulando ya la palabra *adelante*, con los labios trémulos y la cara encendida como un tomate.

¡El señor obispo no estaba por todo eso!...

Era una pobre verdulera que andaba de puerta en puerta vendiendo ¡un cuartillo de culantro!...

Moraleja.- *Bueno es culantro, pero no tanto.*

(1889).

¡LE COMPRO LA BOMBARDA!

Había en cierto barrio en cierta ciudad, en cierta República, un cierto señor llamado don Mateo Sandoval, tenedor de libros, cincuentón, soltero, de mediana fortuna, hombre de pasta en cuanto era enemigo de contiendas, muy respetuoso del derecho ajeno y, en fin, buen ciudadano y excelente amigo, hablando al estilo de las necrologías.

Pero era don Mateo un hombre nervioso hasta la pared del frente. Si le caía encima una cucaracha o se tropezaba con un ratón, daba un salto mayor que el del Tenquendama. Cualquier ruido desapacible le destemplaba los dientes y le erizaba el cuerpo; y un mal olor o sabor bastaba para ponerle el estómago más revuelto que una República democrática en tiempo de elecciones.

Don Mateo tenía un vecino con quien llevaba siempre relaciones muy corteses y diplomáticas, en atención a que, sin ser un mal sujeto, era lo que se llama un hombre tormentoso, un bohemio a carta cabal, que en oficios profesaba el gran principio de la alternabilidad. En treinta y tres años, Pigmalión, que así se llamaba, había recorrido todos los talleres e iniciándose, en todos los oficios, siempre limpio y pelado, pero siempre lleno de ideas de gloria artística y bienes de fortuna.

En Pigmalión, como en otros muchos, el licor que solía tomar le producía el efecto que denota esta escala:

El primer trago le despertaba las ganas.

El segundo, le hacía subir la sangre a la cabeza.

El tercero, le soltaba la lengua tribunicia.

El cuarto, lo hacía desafiar a todo el mundo.

Y con Esteban V, se ponía de todo punto inaguantable.

De aquí, pues, la diplomacia con que trataba el pulcro y bonancible de don Mateo al gran Pigmalión, a quien soportaba pacientemente todo el cúmulo de incomodidades, inconveniencias y peligros que ofrecía como vecino.

Ya hemos dicho que don Mateo era por extremo nervioso, y Pigmalión por extremo mudable en sus oficios.

Un día, muy de mañanita, despertó don Mateo de un salto, como tocado por una máquina eléctrica. Sólo un delgado tabique separaba su dormitorio de la pieza en que vivía Pigmalión, quien aquel día iniciaba su carrera de músico, aprendiendo a tocar clarinete con verdadero furor.

Don Mateo, con las manos en la cabeza, recorría toda la casa, aturdido, fuera de sí, completamente trastornado todo su organismo con aquellos descomunales clarinetazos que le taladraban los oídos cual si fueran espadas toledanas o lanzas moriscas.

Cuando cesaba el clarinete, recogía aire don Mateo para dar gracias a Dios, pero en seguida resonaba con mayor fuerza, pues Pigmalión, dominado por el vértigo del entusiasmo musical, soplaba la boquilla, con ímpetus de ciclón.

Al fin, don Mateo no pudo resistir más. Se fue a la casa del vecino, resuelto a emplear toda su diplomacia y buenas maneras con el fin de ponerle pacífico término a aquel inesperado conflicto.

Pigmalión le contestó el saludo y cortesías sin soltar la

boquilla del clarinete y con los ojos fijos en las notas del pentagrama.

—¡Un negocio, Pigmalión!

—¿Cuál puede ser, don Mateo?

—¡Le compro el clarinete!

Pigmalión se quedó en suspenso, abriendo tamaños ojos con la mayor sorpresa, pero, al cabo, rendido por las súplicas de don Mateo, quien le dijo que era encargo de un sobrino y otras cosas por el estilo, cedió y ajustó la venta, con gran placer del comprador, que tornó a su casa satisfecho de verse libre de un martirio semejante.

Pero Pigmalión quedó más contento todavía, pues, dándose palmaditas en la frente, exclamó al verse solo y con el dinero en las manos:

—¡Oh, Paganini, mi genio inspirador! ya tengo como comprar tu divino instrumento, el clásico violín, regocijo de los dioses y delicia de los mortales.

Diciendo esto, se caló el sombrero y se botó a la calle tarareando la Marsellesa.

Al tercer día, don Mateo despertó de nuevo de una manera violenta, o mejor dicho, saltó de la cama como una pelota de caucho en el primer rebote.

Maullido de gatos, bramido de fieras, gritos, lloros y lamentos, toda una infernal algarabía resonaba en la pieza del vecino. Don Mateo corrió de una parte aturdido y confuso, preguntando como el poeta:

—¡Oh, Dios! ¿quién se queja? ¿quién llora? ¿quién grita?...

—Pues es Pigmalión, que se está adiestrando como violinista.

Le respondió del otro lado del tabique el borrascoso y apasionado discípulo de Paganini.

Esta vez don Mateo no reflexionó siquiera para dar el segundo golpe de diplomacia, y disparado como una bala, se fue a la pieza del terrible vecino.

—¡Otro negocio, Pigmalión!

—Diga usted, don Mateo.

—¡Le compro el violín!

—Pero, don Mateo, por lo visto usted se ha propuesto cortarme bruscamente mi carrera de músico con esos negocios a quemarropa.

—Nada, Pigmalión, le compro el violín, dándole a ganar lo que quiera.

—Pues venga el dinero, y... ¡adiós mis sueños artísticos!

Hecho el negocio, don Mateo volvióse a su casa con el violín debajo del brazo, ni más ni menos que como regresa un vencedor, llevando en sus manos el arma del vencido.

Pasaron muchos días en silencio. Pigmalión no se sentía. Sin duda estaba ausente o, por lo menos, de temporada en alguna fonda o café cantante, derrochando alegremente el valor del clásico instrumento.

Don Mateo, pasada la exaltación nerviosa, había reanudado sus pacientes, laboriosas y tranquilas tareas de escritorio.

Pero he aquí que una mañana, don Mateo deja caer la pluma de las manos, da un brinco de aeróbata y se lanza a la calle lleno de espanto. Oíase un ruido sordo y prolongado, ruido de temblor de tierra, que hacía retemblar el pavimento y paredes de la casa. De súbito el ruido se convirtió en truenos y estallidos, y en un instante llegó a tal grado el estruendo, que el infeliz don Mateo creyó hallarse al borde de un volcán en erupción.

Corre desalado a la casa del vecino, y se queda estupefacto al ver a Pigmalión aferrado con entrambas manos a una descomunal bombarda, inflados los cachetes, cerrados fuertemente los ojos y encendido como una amapola, por el esfuerzo titánico que hacía en medio de un nuevo y tempestuoso desbordamiento de musical entusiasmo.

Don Mateo lo llamó a grandes voces, y viendo que no le contestaba ni lo veía, se le acercó resueltamente, no ya como un diplomático, sino como un hombre en el último trance de la desesperación, y le gritó en las propias orejas:

—¡Pigmalión!... ¡Pigmalión! ¡Le compro la bombarda!...

Entonces Pigmalión, soltando el monstruoso instrumento, le contestó jadeante, bañado en sudor y con la voz entrecortada, pero de una manera terminante:

—Nada, don Mateo, lo que es la bombarda no se la puedo vender. Me la han prestado por tres meses, y no la suelto hasta que no sea un consumado bombardista!

En la noche se leía en todos los diarios de la ciudad este lacónico aviso:

«Don Mateo Sandoval vende su casa sin pararse en el precio».

(1899).

EL SILBIDO DE LAS BALAS

Dicen, y es verdad, que donde menos se piensa salta la liebre.

La escena pasa en una fonda de parroquia, en torno de una mesa ennegrecida por el uso y grasienta a fuerza de recibir chorrerones de caldo y chispazos de manteca derretida; en torno de esta mesa, veterana del servicio, que ha resistido en el curso de los años millares de empellones y puñetazos; en torno, repetimos, de la antigualla, centro y reliquia de la fonda del tío Blas, se agrupaban cuatro hombres de distintas cataduras.

Sobre la mesa había un botellón de color indefinible y cuatro envases, esto es: dos copas, una larga y delgada como ánima en pena, y la otra rechoncha y labrada como una ánfora de estilo babilónico; y dos vasos desiguales en edad, forma, tamaño y color y desportillados por añadidura.

Entre trago y trago se hablaba allí de una cosa bien original y miedosa, se trataba del silbido de las balas. Todos iban echando su cuarto a espadas en punto a lances de tiros y cuchilladas, en tanto que el más viejo de la partida, que tenía aspecto de viajero, se estaba en su silla callado como una tumba.

El más viejo, después de un trago, se limpió los bigotes y tomando una actitud de caballero andante, soltó esta fanfarronada:

—Pues, señores, pocos se habrán visto tan cerca de las balas como yo. Figúrense ustedes que en noches pasadas, a la salida de un baile, me asaltaron en una encrucijada tres

hombres armados de revólver y me vaciaron encima los tres tambores de cápsulas sin causarme el menor rasguño.

—¿Cómo así? —exclamó uno poco crédulo y sencillote.

—Pues es claro, cuando yo les adiviné la intención, salté como un gato por sobre la barda de la tapia de un solar vecino, y aguanté la descarga con la pared de por medio.

El viejo miró al muchacho con lástima, se sonrió y no dijo esta boca es mía.

Vino otro trago. El licor tiene el mágico poder en las palabras. He aquí, pues, que habló otro parroquiano, agricultor de oficio, quien echó un cuento miedoso de un trabucazo que le dispararon entre un maizal, tan a quema ropa, que le ahumaron la tapa de la camisa, tendiéndole patas arriba en la mitad del barbecho, pero que después se había registrado el cuerpo y no se había encontrado ninguna herida, por lo que vino en la cuenta de que el trabuco estaba cargado con pura pólvora!

Los ojos del viejo empezaron a fulgurar bajo las pestañas cenicientas que los cubrían, pero se contentó con mirar al cándido labriego, sonreírse otra vez y guardar silencio como una esfinge.

Y vino otro trago. Habló entonces con gran prosopopeya el tercer parroquiano, que tenía las trazas de un sargento retirado y la palabra de un bachiller en letras. Dijo que él había estado en la guerra y peleado a cañonazos!

Aquí los otros abrieron tamaños ojos menos el viejo, que empezaba a ponerse colorado como un pisco y tenía ya erizadas las canas del bigote como las cerdas de un cepillo.

—Cuando menos esperaba —continuó el sargento— caí en tierra aturdido por una bala de cañón, que me roncó en las

orejas con más estruendo que el volcán del Cotopaxi. No supe más de mí hasta que el cirujano del ejército me volvió el sentido en la sala del hospital militar.

Y vino otro trago, que fue el último, porque ya los ojos del viejo mudo echaban chispas, toda la sangre se le había subido a la cabeza y en vez de la sonrisa sardónica con que había contestado hasta allí, temblaban sus labios no se sabe si de cólera o de entusiasmo; y de chico que parecía, enclavado en su silla, se irguió de pronto como un gigante delante de los aterrados parroquianos, dio un terrible puñetazo sobre la mesa histórica de la fonda y reventó como un trueno con estas palabras:

—Yo estuve en la llanura de Arauca con el taita Páez, y cuando volvimos caras contra el ejército de Morillo, nos rociaron con una granizada de balas jamás vista. Mi zaino sacudió el crin y yo grité con los demás ¡viva la patria!... y ¡adentro!...

¿Qué cara pondrían los compañeros? El nuevo parroquiano del tío Blas era nada menos que uno de los ciento y cincuenta héroes de las *Queseras del Medio,* y en punto a silbido de balas, sabía mejor que nadie donde le apretaba el zapato!

(1899)

EL CATIRE ESTANISLAO

Tipo nacional

Era un mocetón de los llanos de Apure, franco, valiente y no mal parecido, que montaba un potro zaino con mero bozal, sin más jaeces que la silla vaquera forrada en cuero crudo, ni más acicate que el talón pelado. Un calzón de uña de pavo, una camisa de listado desabotonada en el cuello, que le dejaba ver hasta la cruz del rosario, y un enorme sombrero de paja echado para atrás, completaban el traje del llanero, cuyo esbozo literario vamos a escribir, por más que el lector se haga cruces de asombro ante las letras de un guapetón de los llanos.

El catire Estanislao era un pozo de ingenio, todo un poeta, chispeante, elocuentísimo, lleno de aquella inspiración que mana a chorros del talento natural, como mana el agua pura de una roca solitaria y se desborda rompiendo por todas partes. El mismo lo decía:

Si yo me hubiera aprendido
Los libros del padre cura,
Hubiera asombrado al mundo
Con cada jalón de pluma.

Era un Orfeo americano, Orfeo de a caballo, que recorría los llanos embobando el ganado con la magia de sus cantos y los sones de su guitarra. No conocía el catire Estanislao la vida de ciudad sino de nombre.

Yo que nací en la sabana
Y en la sabana me crié,
No me amaño en las ciudades,
Porque no hay donde correr.

Había en su carácter ese espíritu de rebeldía que viene del sentimiento innato de la libertad en su estado primitivo. Cuando la famosa ley del estampillamiento (y pase el término), lo nombraron en una ocasión padrino de bautizo, y con mano larga hizo los gastos y obsequios del caso, porque como buen llanero era generoso hasta la pared del frente, pero en llegando a la estampilla que le pidieron para el certificado del registro civil, cerró la bolsa y se paró en treinta y uno.

Que vengan por la estampilla,
Que venga el mismo Guzmán,
Y no le daré ni un chipe,
Aunque queme en mis narices
Todo el parque nacional!

Esto dijo frente a la Jefatura, golpeó luego con los talones los ijares del zaino, y... ¡ojos que te vieron ir, paloma turca!...Las pampas no tienen fin.

Como poeta lírico. Estanislao era una eminencia. La primera vez que se acercó a Ramona, morena pálida de ojos chispeantes y porte gentil, que desde el corral de un hato le había sogueado el corazón, el catire le echó estos piropos al son de la guitarra:

Si mis suspiros volaran
Como vuelan las abejas,
¡Cuántos enjambres irían
Dondequiera que tú fueras!

—

Solito camina el sol
Por el firmamento azul.
Y por la mitad de mi alma
Solita caminas tú.

—

Quisiera hacerte un regalo,
Pero me falta escalera
Para subirme a los cielos
Y bajarte las estrellas.

Ramona era una muchacha de mucho juicio y trabajadora, que ordeñaba diez vacas en un santiamén, y hacía una arepa y colaba un café capaces de resucitar un muerto. El catire era un buen partido, pero ella, sin embargo, no se fue de las primeras.

—Oye, Estanislao: si tú me quieres de veras, vuelve de aquí a tres meses, y entonces yo te diré si o no como Cristo nos enseña.

Estanislao no se dio por ofendido. Se fijó bien en la fecha, habló a solas con los padres de Ramona y no volvió a presentarse en el hato.

Los tres meses pasaron como un suspiro. En la tarde del último día, el catire Estanislao, montado en un nuevo potro, atravesaba la inmensa llanura con la rapidez de un jinete árabe.

El sol, convertido en un enorme globo de fuego, empezaba a hundirse en el confín remoto de los llanos; y en aquellos momentos de indecisa claridad, melancólicos y silenciosos, parecía que llegaba de muy lejos en el aire tibio que rizaba levemente la sabana, el eco de las campanas que llamaban a la oración. Estanislao era un buen cristiano: refrenó el potro, que se detuvo temblando, púsose en tierra de un salto y, sosteniendo al brioso animal por el rejo de la barbada, dejó caer la cabeza sobre el pecho y se puso a rezar en medio de aquella soledad imponente.

Se acordó entonces de su madre, de su amada y de sus amigos, a quienes no veía hacia tres meses, y se le aguaron los

ojos, pero él se limpió las lágrimas con las mangas de la camisa y continuó su marcha a galope tendido.

Pronto brilló una lucecita en el horizonte luego aparecieron como fantasmas los sauces que rodeaban la casa del hato, y por último, se dibujó perfectamente entre las sombras la figura de una mujer que levantaba en alto un candil para alumbrar la entrada al viajero.

Estanislao dio un grito de gozo al reconocer a Ramona, y arrojándole de lejos el sombrero, la saludó de este modo:

Traigo cien pesos en oro
Y un potro de novedad,
Ya sólo me faltas tú
Para completar mi ajuar.

Tal es el esbozo del catire Estanislao, uno de esos tipos legendarios de los llanos de Venezuela, que se ríen del mundo entero cuando le ponen la pierna al corcel heráldico de nuestras pampas!

(1895)

EL PLATO AZUL

Erase un veterano de la Independencia, capitán de infantería, ya setentón, que vivía pensionado por el Gobierno en época en que el procerato era todavía prenda común de toda una generación, diezmada, en verdad, pero generación robusta y venerable que llevó con dignidad sobre sus hombros el peso de las nacientes Repúblicas hispano-americanas.

El Capitán, mutilado en un brazo, se había retirado por su invalidez a vivir la vida de paisano, solo, porque no se le conocía familia, de suerte que no lo acompañaban sino los criados del servicio.

Entre la vajilla del Capitán había una joya de humilde apariencia, pero apreciable por su antigüedad y los recuerdos, reliquia consagrada por el afecto. Era un plato azul de otros tiempos, salvado por milagro de las visicitudes domésticas, por el cual manifestaba el Capitán una especie de culto inexplicable para los que con él vivían, que no podían convencerse de que se pusiera tan singular cariño a una cosa baladí y por extremo frágil como un plato de loza.

La sola idea de que aquel plato se rompiese erizaba el cabello a toda la servidumbre del Capitán, hombre muy serio, que no gastaba chanzas con nadie y vivía dominado casi siempre por cierto abatimiento nostálgico, que tanto podía atribuirse a su retiro involuntario de los campamentos como a recuerdos de mejores días en su vida íntima.

El plato tenía ya un portillo, y la fecha de este descalabro se recordaba en la casa como un día de juicio. Cuando los

criados tomaban dicha alhaja para limpiarla o conducirla de un lugar a otro se ponían a rezar el credo y a hacerse cruces.

Pero sucedió, al fin, lo que era natural que sucediese. Terrible silencio siguió por un momento al ruido peculiar que produce la caída al suelo de un objeto de loza. El Capitán se levantó de su butaca como tocado por un resorte eléctrico, y corrió al sitio del desastre, que estaba solitario. Llamó, gritó, zapateó, echó espuma de puro bravo, pero nadie acudió. Hasta el gato había huido espantado al sentir sus pasos.

En efecto, dos muchachos de servicio que tenía, ganaron prontamente la calle huyendo de la borrasca; y la cocinera, que oyó el ruido de la quiebra, pálida y sin resuello, se salió también de la casa. Todos tres se asilaron en la casa vecina, haciendo mil comentarios del caso.

—Pero, ¿quién ha sido? —se preguntaban mutuamente.

—Yo no.

—Ni yo tampoco.

—Ni yo menos, dijo la cocinera. El diablo, sin duda, ha quebrado el dichoso plato. ¡Qué cara tendrá el Capitán, Dios eterno!...

El Capitán se vio en el caso de ocurrir al alcalde para hacer que volviesen sus criados los cuales vinieron temblando a su presencia.

—¿Por qué han abandonado ustedes la casa?...

—Señor, porque sentimos caer una cosa en el comedor y... creíamos que era el plato azul...

—Pues, francamente, yo creí lo mismo, pero me desenga-

ñé al instante: era el gato que había volcado la tapa de una sopera.

A los sirvientes les volvió el alma al cuerpo.

—Ahora, para evitarme estos disgustos, agregó el Capitán arrugando el entrecejo, les prohíbo a ustedes, en absoluto, volver a tocar ese plato.

Efectivamente, desde aquel día el misterioso plato pasó del servicio activo en que había estado, a figurar como inválido al lado de la ya mohosa espada del veterano, lo que fue para la servidumbre motivo de plácemes, y aún para el mismo Capitán, a quien la prudencia aconsejó aquel buen partido.

Pero no acaba aquí la historia del plato azul.

Pasados algunos años, llegó un día en que el Capitán no pudo levantarse, porque la edad y achaques consiguientes lo tenían ya postrado. Hizo llamar a uno de sus antiguos amigos, y con lágrimas de hondo sentimiento le reveló sus temores de próxima muerte.

—¡Ah, mi amigo, yo he vivido en una soledad espantosa después de terminada la guerra! Cuando me separé de mi pueblo en 1810, tenía apenas veinte años. Mi madre quedó anegada en llanto, lo mismo que una hermanita, a quien quería entrañablemente. Los tres componíamos la familia, porque mi padre ya había muerto. ¡No supe más de ellas!... Las visicitudes de la guerra me llevaron hasta el Perú. Cuando vine, muchos años después, nadie me conocía en el lugar; de mi casa, que era alquilada, no había ni señales; otro edificio se levantaba allí. Mi pobre madre había muerto en la miseria, y mi inocente hermanita, arrebatada por el infortunio y al verse sola en el mundo, salió a buscarme por extrañas tierras. ¡Dios mío, quién sabe cuál habrá sido su suerte!... En una casa vecina donde me contaron estas tristezas, descubrí por casualidad este plato,

que era de mi madre, de mi hermanita y mío, en fin, en el que todos habíamos comido en dulce compañía. Me apoderé de esta reliquia querida, y con el alma traspasada de dolor, me alejé de mi pueblo otra vez, huí de mi suelo nativo con este plato, única prenda salvada de las ruinas de mi idolatrado hogar!...

El Capitán se detuvo para abrazarse a su amigo y deshacerse en lágrimas.

—Quiero, pues, que cuando muera no me separen del pecho este plato querido: entiérrame con él, te lo suplico, porque en él veo representada mi familia, mi suelo nativo, mi juventud, todos los recuerdos de mi vida íntima!...

Pocos días después murió el Capitán. Sobre la caja mortuoria se colocaron los distintivos del prócer y sus medallas de mérito, junto con la corona de laureles que mano patriótica tejió para su tumba; pero solamente el viejo amigo y los criados del finado vieron lo más conmovedor de las exequias. ¡Sobre el pecho del prócer iba el plato azul, sirviendo de losa funeraria a su yerto corazón!

(1891)

LOS RECADOS

En las ciudades pequeñas, donde todos somos compadres, amigos, o por lo menos, conocidos, los recados de casa a casa, de persona a persona, forman buena parte de la trama de la vida.

No acaba uno de dejar la cama cuando oye en el zaguán de la casa esta fórmula rutinaria:

—Que le manda decir doña Fulana que cómo han amanecido por acá, y que le preste el martillo para colgar un santo, y que dónde compró usted la tela del cedazo.

Y como este es un servicio recíproco, no tarda uno mismo en llamar al sirviente y decirle:

—Vaya usted a la casa de mi compadre Bruno, y le dice que yo lo mando saludar, y que si tiene desocupado el burro me haga el favor de facilitármelo para cargar un poco de pasto.

Es un continuo dar y recibir recados desde la mañana hasta la noche; pero en esto no hay nada de particular. Lo serio del caso está en las confusiones y dolores de cabeza que los muchachos del servicio ocasionan a los amos de casa. Hay veces que el chico, distraído en los juegos que halla por la calle, olvida el recado, y si lleva varios los confunde, resultando de aquí una torre de Babel.

La prueba al canto.

Doña Joaquina era una señora muy puntual y comedida. Cierto día mandó al chico que tenía de servicio, a la casa del señor Cura con un poco de chocolate, obsequio que quería

hacerle por ser el día del santo de éste; pero a fin de que el mandadero no perdiese tiempo en idas y venidas, encargóle también otra diligencia para la casa de una señora amiga que vivía en el tránsito, y todo esto con presteza, porque doña Joaquina estaba para salir. ¡Aquí ardió Troya!

El chico llegó a la casa del Cura y le dijo muy cándidamente:

—Que doña Joaquina lo manda saludar, y que le haga el favor de prestarle el sombrero que cargaba puesto el domingo.

El Cura le hizo repetir el recado varias veces, y todavía sin salir de su sorpresa ni explicarse tan rara exigencia, tomó el gran sombrero de teja, *galerus canaliculatus*, y lo envió a doña Joaquina.

El pobre Cura quedó seriamente atormentado por la curiosidad.

—Pero, señor, es bien particular, ¿qué irá a hacer doña Joaquina con mi sombrero? —se preguntaba dando grandes paseos.

—¡Ah, ya caigo en la cuenta! —le dijo de pronto el ama de llaves, que era una viejecita muy suspicaz —¿no ve su merced que hoy es día de su santo? pues, sin duda, doña Joaquina quiere darle el alegrón de cambiarle la cinta y cordones al sombrero, que en realidad están pidiendo remuda.

—Sólo que por eso sea, pero siempre es muy original el caso. En fin... esperemos.

A todas estas, ya doña Joaquina se hallaba en compañía de dos o tres familias que iban con ella a una boda en el campo. Era pasada la hora, y se había engalanado a toda prisa. Estaba, pues, renegando contra el chico por la tardanza, y en la espera del sombrero que debía mandarle la amiga para completar su tocado, cuando apareció aquél con el descomunal envoltorio.

—¡Qué es esto Dios mío!... ¡el sombrero del señor Cura!... exclamó la pobre señora.

El chico, sin caer todavía en la cuenta de aquella catástrofe, le dijo con mucha naturalidad en presencia de los sorprendidos circunstantes:

—El señor Cura le manda decir que con mucho gusto le prestaba el sombrero, pero que ojalá se lo desocupara tempranito, porque tiene que salir esta tarde para la iglesia a cantar vísperas.

Epílogo —El muchacho se llevó una buena pela; el sombrero volvió inmediatamente a poder del Cura con mil disculpas y aclaraciones, pero sin el regalo del chocolate, por la sencilla razón de que a doña Joaquina le fue muy penoso mandar por él a casa de la amiga, tanto más cuanto que ésta le había devuelto el canastillo, manifestándole que le agradecía en el alma tan sabroso obsequio y que le había llegado muy a tiempo.

Los recados tienen, pues, sus inconvenientes como todo en esta vida; pero nadie puede dudar de sus ventajas. Ahora mismo, por ejemplo, en vista de que nada valen los oficios, las cartas, los telegramas ni los constantes reclamos de la prensa para conseguir un camino, vamos a proponer que recomendemos a cuantos vayan a Caracas para que toquen en la casa del señor Ministro de Obras Públicas y le den el siguiente recado:

—Los merideños lo mandan saludar, y que les haga el favor de mandarles abrir el camino de Mérida al Lago de Maracaibo, que están pidiendo al Gobierno desde hace más de sesenta años!

Y estamos ciertos de que si el Ministro trasmite el recado al Presidente de la República, éste lo contestará con el decreto correspondiente y Mérida tendrá al fin el encantado camino.

(1896)

PLEITO DE COMPADRES

Dicese vulgarmente que cuando pelean los compadres se descubren las verdades; pero lo que no todos saben es cómo pelean los compadres por estos trigos de los Andes venezolanos.

El compadrazgo es un vínculo muy estrecho entre nosotros. El parentesco espiritual que, a virtud del sacramento del bautismo, contraen los padrinos con el bautizado y los padres de éste, llega a ser considerado por nuestros sencillos labriegos hasta de mayor fuerza que el parentesco de la sangre.

Entre primos y parientes suele haber las de San Quintín en los velorios, convites y demás ocasiones semejantes, en que el pícaro licor saca de sus casillas al más quieto; pero entre compadres son raros los encuentros, y cuando ocurren precede una ceremonia por extremo curiosa.

En cierta ocasión, regresaban de la ciudad de las nieves y las flores, después del mercado, dos robustos hijos del campo; e iban a medio palo, acompañados de parte de sus respectivas familias, platicando y cantando alegremente por efecto de las libaciones de ordenanza.

Quién sabe qué chanzoneta muy pesada le diría el uno al otro, o qué cuenta atrasada tendrían pendiente, es el caso que empezaron a insultarse de lo lindo, sin que valiese la prudente mediación de las atribuladas mujeres, llegando al punto de plantarse en la mitad del camino en actitud de pelear; pero ¡cosa sorprendente! aquellos hombres, que se habían ultrajado de palabras en grado máximo, que echaban espumarajos de cólera por la boca y llamaradas de ira por los ojos, que tenían

erizado el pelo y demudados los rostros por el furor; en el instante crítico en que se iban a precipitar simultáneamente uno contra otro, de súbito se contienen como sofrenados por una fuerza invisible y poderosa, acabando por hacer un gesto de impotencia y cruzarse de brazos. ¡Habían recordado que eran compadres!...

Como para todo hay remedio en la vida, menos para la muerte, el más ofendido se revistió de aparente calma, y acercándose al compañero le dijo:

—Compadre, deme acá su sombrero, que aquí está el mío.

—Está dicho, compadre.

Y en el acto pusieron los sombreros a un lado del camino, uno dentro del otro, declarando con solemnidad que allí dejaban el compadrazgo por un rato, considerándose entre tanto desligados del parentesco y en libertad de romperse la crisma sin sacrilegio alguno, como lo hicieron desde luego con terrible bravura.

Tocóle la peor parte al que propuso depositar el compadrazgo, y cuando iba de para atrás en la riña, atarantado a puñetazos, corrió hacia donde estaban los sombreros, aprovechándose de un respiro, se puso en el acto el que le pertenecía y le dio el otro al contendor, diciéndole:

—Compadre, póngase otra vez el sombrero, porque yo no peleo más.

Y así terminó la gresca, siguiendo su camino uno y otro tan amigos y compadres como antes.

Desde que supimos tal especie, tenemos por regla de conducta que los asuntos entre compadres deben arreglarse siempre con el sombrero puesto, y así no habrá riesgo de que la cosa pueda terminar en puños!

(1900)

EL VIOLINISTA POPULAR

La escena pasa en una simpática casita de campo de los alrededores de Mérida, situada entre gigantescos ceibos, a la falda de un cerro pintoresco lleno de plantíos, con agua, pájaros y flores por todas partes, a donde habíamos acudido como a campana tañida muchos vecinos de la ciudad a tomar parte en una Paradura del Niño, en fraternal consorcio con los sencillos y piadosos moradores de aquella Arcadia tropical.

Todo estaba listo: humeaba la cocina con los preparativos que se hacían para la suculenta merienda; hacía burbujas la chicha en el ollón de barro; e iban y venían entre los hombres, sexo fuerte para beber, los labrados vasitos de cristal llenos del afamado cocuy tocuyano. Pero la fiesta tardaba, y el sol, único reloj de nuestros campos, después de pasar la raya del mediodía, como que había apresurado su marcha por aquel cielo de diciembre, siempre azul y resplandeciente.

Una inquietud manifiesta se advertía en todos los concurrentes, que salían al patio y contornos de la casa a mirar por entre los árboles hacia el camino del cerro que subía haciendo ondas por entre las labranzas hasta perderse en el filo de la loma, distante apenas un tiro de fusil.

Faltaba un personaje principalísimo, que todos esperábamos por momentos. Hubo un instante en que la expectativa y la ansiedad, unidas al entusiasmo, llegaron a su colmo. Un árbol que había junto a la casa fue asaltado por varios mozos para mejor atisbar, a tiempo que las rústicas zagalas y toda la femenil concurrencia dejaban la sala, los aposentos y la cocina para salir al patio, y que los muchachos emprendían carrera,

en derechura del cerro, para ganar las primicias del recibimiento.

Efectivamente, blanqueaba la figura de un hombre por entre los matorrales que bordaban las orillas del camino. Más de cien ojos centellantes y anhelosos estaban fijos en aquel punto, cuando de repente resonó por las vegas y collados vecinos un grito unánime:

—¡El es!... ¡él es!... gritamos simultáneamente todos cuando el hombre salió a limpio del camino y lo reconocimos desde luego por la bolsa encarnada que traía a las espaldas. Era realmente el violinista.

Y en tanto hendía los aires el primer cohete y crecía el movimiento general, el pobre rústico, el personaje anhelado, sudando la gota gorda y atropellado por una comitiva que lo abrumaba a saludos, víctores y agasajos, llegó a ocupar en la sala el puesto de honor que le estaba destinado. Sobraron manos para servirle la primera copita. Luego pidió chimó, y más de una docena de cajetas se abrieron delante de él para que lo tomase.

Después de limpiarse el sudor con un pañuelo que tenía todos los colores del arco iris, el rústico profesor desembolsa el violín, se cerciora de que el guitarrero y el maraquero están listos, requiere el arco, domina con una mirada arrogante todo el auditorio, como pudiera hacerlo un monarca entre sus súbditos, y rompe a tocar con paganínica bravura, dando así comienzo a la fiesta y haciendo subir el entusiasmo al último grado.

Un detalle interesante. De los tres músicos nombrados, debido a escasez de sillas, solamente estaban sentados el violinista y el guitarrero, lo que motivó que el maraquero, después de haber aguantado a pie firme varias e interminables piezas, entonase de voz en cuello y al son de las maracas esta elocuentísima copla:

El oficio e maraquero
Es oficio esesperao;
Para todos hay asiento,
¡Y el maraquero parao!

Lo que le valió una caja de cerveza, vacía se entiende, para que se sentase.

La *Paradura del Niño* es una ceremonia acostumbrada en la comarca merideña, que consiste en parar o poner de pie al Niño Jesús en el mismo nacimiento o pesebre donde ha estado expuesto y reverenciado desde la Nochebuena. Al efecto, se le conduce primero en procesión con el respeto debido por los alrededores de la casa o por el contorno de las sementeras, si se trata de un conuco pequeño. Generalmente se le coloca en un paño bordado o en un pañuelo de seda, cuyas cuatro puntas toman respectivamente los padrinos y madrinas del acto, y así es llevado en medio de velas encendidas, que llevan también los padrinos, con acompañamiento de música, cantos y estrépito de pólvora. Concluida esta piadosa ceremonia, empiezan los festejos profanos, baile y festín, tomando en algunos casos la precaución de cubrir el nacimiento con una cortina o con la mejor colcha de la casa, para que estén velados los santos mientras dura al fiesta.

Pero volvamos al violinista. Hemos oído decir que entre los instrumentos más difíciles de tocar se cuenta el violín, que a la verdad, es clásico en el arte, pero lo que es en Mérida, el violín figura al lado de los instrumentos más comunes de la música popular.

No hay joropo campestre ni velorio de angelito en que no resuenen por nuestros fértiles campos las notas del violín, ora alegres y frenéticas, produciendo el vértigo en los danzantes, ora dolientes, profundamente tristes, provocando las lágrimas de los que van tras la caja mortuoria del párvulo en camino para el cementerio.

Si no hay más violinistas es porque el instrumento es caro y no está al alcance de todos. Y no se crea que tocan así, como se dice, por reventar las cuerdas, no, señor, que hay verdaderos artistas.

Todavía recordamos a uno que nos conmovió profundamente. ¿Qué se ha hecho el popular Deogracias, el inspirado violinista de los campos de Albarregas? Un día, hace muchos años, cruzábamos a caballo la extensa arboleda de ceibos que hay frente a la ciudad, más allá del cristalino Albarregas, en camino para el cerro de las Flores, cuando nos detuvo el eco armonioso de una música que salía del cafetal sombrío, como canto de misteriosas aves. Aquello nos pareció un hechizo. Los ceibos sacudidos por el viento y el rumor del río acompañaban de un modo fantástico al ignorado músico, que no era otro sino Deogracias, quien tocaba al aire libre el mágico violín, bajo el alero de una casa pajiza, con la mirada fija en el alto perfil de nuestras montañas, sin más auditorio que los árboles, los pájaros y las fuentes, bien así como tocaba la lira el fabuloso Orfeo por los dilatados campos de la Tracia.

Puede asegurarse que el violín es el instrumento rey en las faldas de la Sierra Nevada, pues no falta en los regocijos campestres, sobre todo por San Juan y los alegres días de pascua. De aquí se ha originado que en la ciudad de Rubio, donde es numerosa la colonia emeritense, nos den broma diciendo que todo merideño es consumado violinista.

Y para darles en la vena del gusto, diremos al terminar este cuadro de costumbres, no que levantamos la péñola, sino que embolsamos el violín y nos vamos con la música a otra parte.

(1901).

LOS APUROS DEL ABUELO

Estaba el anciano sentado en su poltrona, contemplando al nietecito, que corría montado en una caña de uno a otro extremo del salón. El chico era una preciosa criatura de cinco años, alegre, locuaz e inquieto como un pajarillo apresado en la jaula.

—Te voy a preguntar una cosa, papacito —dijo el niño deteniéndose de súbito frente al abuelo.

—Vamos a ver qué quiere el señor preguntón.

—Maruja, la cocinera, está haciendo un camisón para la entrada del siglo. ¿Quién es el siglo, papacito?

—¡Oh, hijo, esas son cosas que tú no puedes saber todavía!

—¿Y cómo lo sabe Maruja? Yo quiero saber también cómo es el siglo.

—Pues, hijo, el siglo son muchos años, pero ya ves que tú no sabes tampoco lo que es un año.

—¿El año no es aquel papel que está allí pegado en la pared?

—¿Qué dices, pilluelo?

—¿Qué si el año es el almanaque?

—Algo te acercas, en fin, pero lo mejor es que sigas corriendo y jugando, y me dejes tranquilo, contentándote con saber que un siglo son muchos años, uno tras otro.

—¿Es decir que un siglo son muchos almanaques?

—No, hijo, ya te he dicho que tú no puedes comprender esas cosas. El siglo no es cosa de papel sino de tiempo.

—Pero ¿qué es el tiempo?

—Vamos de mal en peor —dijo el abuelo tratando de alejar al chico —eso te lo diré yo más tarde. Por ahora, vete a jugar.

—No, papacito, yo quiero saber cómo es el siglo que va a llegar, y para qué le están haciendo tantas cosas. ¿Llegará de día o de noche?

El pobre anciano estaba en mil aprietos. ¿Cómo explicarle al nietecito lo que era un siglo? Al fin, viendo que era imposible hacerlo desistir de tal empeño, y que la contrariedad iba a terminar en llanto, optó por representarle a lo vivo lo que tanto deseaba saber.

—Oye, hijo mío, con mucha atención lo que voy a decirte, que esto sí lo comprenderás al momento. Yo que estoy ya tan viejo y enfermo, con los cabellos blancos de canas, la voz temblorosa y las piernas casi tullidas, este tu pobrecito abuelo es el siglo que pasa, el siglo viejo, el siglo que se va a morir; y tú, hijo del alma, que apenas te levantas como un pimpollo, con el color de la aurora en tus mejillas, sin penas ni desengaños en el corazón, risueño, alegre y bullicioso como la fuente que brota de suelo virgen; tú, hijo mío, eres el tiempo que viene, el siglo nuevo, la alborada de una nueva existencia. ¡Yo soy el pasado y tú el porvenir!

Y a tiempo que el anciano abrazaba a su nieto, derramando lágrimas de profunda tristeza, el candoroso niño reía iluminado por el sol naciente de las esperanzas y de la vida!

(1900)

UN REMEDIO INGENIOSO

Los que viven en lugares donde hay ferrocarriles, tranvías, o por lo menos, carreteras para todas partes, no pueden apreciar en su justo valor lo que es una bestia de silla ni el cariño que se le pone.

Es proverbial el dicho de que el buen viajero primero debe atender al acomodo de la cabalgadura que al suyo propio, aunque no todos lo hacen así, sino que, por el contrario, se olvidan del pobre animal que los carga, dándole la ración en plata, como dicen, sin duda para que conserve liviano el estómago, y pueda entregarse a profundas reflexiones filosóficas sobre el vacío cajón del establo.

Don Eustaquio, señor de alguna edad y montado a la antigua, era un hombre tan apasionado por su bestia de silla que dormía pared de por medio con la caballeriza para atenderla y acariciarla mejor. No soportaba que en su presencia se dijese que había otra bestia mejor, y esto le provocaba constantes altercados, porque casi todos los dueños de cabalgaduras cojean del mismo pie:

—Sepa usted, mi amigo, que habrá muy buenas bestias en el mundo, pero como mi macho rucio... lo dificulto. Fino, manso, voluntario, firme, buen tamaño y un verdadero tragaleguas. En fin, el rey de los machos.

—No tenga de esas, don Eustaquio, que donde se para mi caballo no se para ninguna otra bestia. No he querido por él cuarenta onzas de oro, y le aseguro a usted que si el general Bolívar viviera, ese sería su caballo de batalla.

—Me río yo de esas aleluyas —dijo un tipo medio allanerado— porque no hay bestia como mi potro: buena rienda, buenos pasos, buena figura, y sobre todo, una cascadura de hierro. Puede ir por tierra de Caracas a Bogotá sin necesidad de herradura.

—No pongo en duda todas esas grandes cualidades —añadió otro contertulio— pero si del macho, del caballo y del potro se hiciese un solo animal, no serviría ni para cargarle el pasto a mi mula parda. ¡Esa sí es mula! Tiene más enamorados que una muchacha bonita, pero no la vendo por todo el oro del mundo; y cuando se muera la hago enterrar en sagrado.

Don Eustaquio se ponía de mal humor y, acabada la disputa, se iba a la caballeriza a acariciar su macho y darle de comer en desagravio de aquellas ofensas que le irrogaban los envidiosos de su fama. No era rico, pero primero faltaba el sol que la ración diaria para el macho, que era un tragón de siete suelas. Cuando le daba a éste un cólico u otro accidente, al punto reunía en el establo toda una facultad de veterinarios, quedando de hecho en suspenso los trabajos domésticos y toda otra ocupación mientras duraba la enfermedad del macho.

Sucedió, pues, que tuvo don Eustaquio que ir en viaje de negocios a la antigua villa de Mucuchíes, la más fría de Venezuela, donde no se conocen las heladoras ni las máquinas para hacer sorbetes, por la sencilla razón de que el agua, en ciertos meses, amanece coagulada dentro de las mismas casas.

Una de las penalidades para el viajero en este lugar es la escasez de pasto fresco para las bestias, porque sólo se consigue paja seca de trigo o granzón, que los animales de otro clima se niegan rotundamente a comer, acostumbrados a la yerba verde de nuestros prados, al nutritivo malojo y la jugosa caña de azúcar. A don Eustaquio se le aguó el gusto del viaje, y empezó a sufrir torturas indecibles en vista de la desgana del macho y la imposibilidad de procurarle pasto fresco.

Todos los días ensayaba un nuevo método para ver si lograba que el macho comiera la paja seca y amarilla que se conservaba intacta en la pesebrera.

—Mójesela con agua de harina, le dijo un acomedido.

—Salpíquela con sal molida, le aconsejó otro.

—Remójesela con agua de papelón, y verá como la pasa.

Tal fue el último consejo que le dieron, pero al macho no le entraba la paja seca ni más que se la dorasen, en términos que ya don Eustaquio estaba por dejar el negocio, su utilidad y cuantos intereses pudiera tener en Mucuchíes, para volverse a Mérida, de donde era vecino, y devolver a su idolatrado macho la buena gana de comer, brindándole cuanto pasto verde y gustoso producen los fertilísimos campos del Chama y Albarregas.

Hallábase, a la sazón, en la misma casa donde vivía don Eustaquio, un estudiante de la Universidad de Mérida, que estaba allí de temporada. Aunque su nombre de pila era José Vicente, y su apellido el mismo del célebre príncipe de la Paz, ministro de Carlos IV, en el colegio se le llamaba *Carrasquilla*, y era la pata de Judas, el autor incuestionable de todas las travesuras que se hacían en la Universidad en aquella época.

Desde que se impuso de las tribulaciones y angustias de don Eustaquio, concibió la idea de hacer comer al macho por fas o por nefas, pero necesitaba para ello un objeto tan extraño y desusado que no podía averiguar por él sin provocar la curiosidad y la risa, tanto más cuanto que el único que por allí lo tenía y usaba era el mismo don Eustaquio, a quien el estudiante quería sorprender con el peregrino remedio. De aquí sus apuros para sacarle a hurtadillas el tal objeto nada menos que del bolsillo del gabán; pero un estudiante de las trazas de Carrasquilla no se paraba en pelillos.

Un día, al levantarse por la mañana don Eustaquio, notó que le faltaba algo, y se puso a buscar por todo el cuarto con mucha inquietud. Se hallaba en esto, cuando acertó a entrar el dueño de la casa ahogado por la risa, pero se contuvo al ver el rostro contrariado de su huésped.

—Es particular, mi amigo, pero creo que anoche me han robado.

—¡Que lo han robado a usted en mi casa !...

—Pues sí, porque me faltan mis anteojos de viaje.

El posadero no pudo menos que soltar la carcajada con harto asombro de don Eustaquio, que lo interpeló enojado:

—¿Y se ríe usted de esto?

—¡Cómo no he de reírme! si precisamente venía a comunicarle una novedad que tiene el macho.

—¿Mi macho rucio?...

—Sí, señor, que ha amanecido hoy de anteojos, y ahora caigo en la cuenta de que son los mismos de usted.

No había acabado de oír tal especie don Eustaquio, cuando se plantó en la caballeriza y vio que lo dicho era muy cierto. ¡El macho tenía bien puestos sus propios anteojos!

Iba a quitárselos, montado en cólera por la burla y el perjuicio, cuando apareció en la escena el pícaro estudiante, que desde la noche había hecho retirar de la pesebrera toda la paja, e interponiéndose entre el macho y el amor, le dijo a éste con aire de triunfo:

—No se los quite usted, don Eustaquio, si quiere verlo comer ahora mismo.

—Cómo así?...

—Pues póngale la ración y verá.

Efectivamente, tan luego volvieron a poner en la pesebrera la paja amarilla de trigo, el macho dio un sonoro resoplido de contento y empezó a devorarla con una hambre atrasada de más de tres días.

—¡Pero esto es un prodigio! —exclamó don Eustaquio.

—Prodigios de la óptica —le contestó el estudiante — ¿no observa usted que los anteojos son verdes y que al través de ellos el macho ve verde la paja seca? Con que, mi amigo don Eustaquio, mándese hacer unos anteojos de estira y encoge, para que le sirvan a usted en el camino y al macho en las posadas, y le respondo que comerá hasta paja de colchón, tomándola por malojo tierno.

Y, lector, si dijeres ser comento, como me lo contaron te lo cuento.

(1902)

LA CUESTION DEL POLLO

No se trata de ningún conflicto internacional ni de asunto que le interese un bledo al público, sino de una bagatela, pero capaz de sacar de quicio al mismísimo santo Job.

Cierta vez compraron en casa un pollo de a real y medio, que era ya un gallito adolescente y tenía trazas de llegar a ser gran lidiador porque a todo le embestía sin ningún respeto ni miramiento.

El tal pollo era nacido y criado a toda sabana, y por ello se manifestaba muy inquieto en su nuevo estado. El corral le parecía estrechísima cárcel, y de aquí que se pasease por toda la casa con el mayor desenfado, sin que valiese espantarlo a cada momento.

Y había que aguantarle al pollo, porque uno de los chicos, pilluelo de cuatro a cinco años, lo miró desde el principio con ojos de dueño absoluto y compañero inseparable; y era hombre que todas las mañanas ponía gran cuidado en saber si ya cantaba y en observarle las canillas para ver cuánto le habían crecido las espuelas durante la noche.

—¿Quién tronchó la matica de rosa?

—El pollo.

—¿Quién tumbó las tejas de la barda?

—El pollo.

—¿Quién rasgó la cortina?

—El pollo.

—¿Quién desportilló la jarra?

—El pollo.

Y todo era el pollo; y por dondequiera saltaba el pollo; y volaba el pollo por todas partes.

Ya no quedaba en la casa sitio que fuese inviolable para el alado invasor. Se había encaramado hasta en la peana del altar; y de continuo se le veía paseándose por sobre la mesa de comer, convertido en un explorador, a caza de las migas de pan. Y las bravatas eran cosa de cada momento, pero se espantaba el pollo y no había más nada.

Mi propio escritorio fue teatro de un asalto inusitado. El pollo se subió a la mesa, y con sus patitas embarradas dejó pintadas unas grandes y vistosas estrellas sobre un memorial que estaba escribiendo para el ilustre Ayuntamiento. Afortunadamente para el pollo no estaba yo presente, porque en tales casos la justicia debe hacerse en caliente; y de aquí que quedase sin inmediato escarmiento este acto de *póllica* barbarie.

Pero al día siguiente la cosa subió de punto. Como de costumbre, me senté a escribir de espaldas para la puerta del cuarto, y cuando más distraído estaba, entra el persistente pollo, alza vuelo y se posa en mi cabeza, como un loro sobre su estaca.

Atónito e indignado salto del asiento, pero el pollo vuela de nuevo, desbarajusta los papeles y huye para el corral. ¡No era posible soportar tamaña osadía!

—¡Hoy sí se mata el pollo! —grité en los cuatro ángulos de la casa para que la orden fuese oída de todos.

¡El animalito me había llegado ya a la coronilla!

Y la mayor desdicha fue que se mató el pollo, en efecto, pero resultó que estaba flaco!...

(1896)

EL CUARTO DEL TESORO

Hay recuerdos de la infancia que son imborrables, entre ellos los de los cuentos fantásticos que oímos de boca del aya, encabezados de ordinario con esta fórmula sacramental: «Este era un rey que tenía tres hijas, etc.»

El cuento que vamos a relatar principia del mismo modo, con la diferencia de que el rey sólo tenía una hija única, que era la niña de sus ojos y la contemplación de todos sus vasallos. Entre el rey y la joven princesa había la más dulce intimidad. Raro era el día en que mutuamente no se comunicasen entre padre e hija sus penas y alegrías, sus caprichos y propósitos, en fin, todos los pasos de su vida.

Pero en medio de esta tierna confianza y entrañable cariño, una nubecilla empañaba la felicidad de la princesa. Había un secreto en la vida del rey, que éste no le había revelado, por más que ella hubiese tentado averiguarlo en distintas ocasiones.

Cerca de la alcoba real había un cuarto misterioso, al que no entraba sino el rey. En el palacio nadie sabía qué era aquello ni en qué se ocupaba el rey las horas que allí permanecía encerrado. *El cuarto del tesoro* lo llamaban todos, creyendo que era el depósito de las joyas de la corona; pero, a pesar de esta versión, que era la de más visos de certidumbre, entre los criados y dueñas se contaban mil especies fantásticas del misterioso cuarto. Que se oían dentro golpes de martillo y otros ruidos extraños; que de noche solía aparecer un resplandor rojizo en lo alto de un torreón que pertenecía a dicho cuarto; y los espíritus timoratos, no obstante las virtudes que adornaban

al rey, llegaron a creer que éste tenía comunicación con el diablo. De modo que no era ya mera curiosidad sino terror supersticioso lo que inspiraba el secreto del cuarto.

Cierto día la princesa, acariciando con dulzura al rey, le dijo resueltamente:

—Padre mío, si supieras que me inquieta desde hace tiempo una curiosidad.

—¿Cuál puede ser, hija?

—Conocer el *cuarto del tesoro*.

—Lo conocerás —le contestó el rey con cariño— pero debes saber que para penetrar en él se necesita un traje especial.

—¿Y no lo tengo yo?

—No lo tienes.

—Pero dime cuál sea para procurarlo al momento.

—Ahí está la dificultad y mi capricho. Quiero que tú atines en el traje sin que yo te lo indique.

—¡Ah! —exclamó con desaliento la joven— ¿cómo podré yo adivinarlo si no me lo dices?...

—No te apenes, hija, por eso, que yo abrigo la esperanza de que tú, consultando mi inclinación y mis gustos, llegarás a vestir ese traje; y entonces no sólo conocerás el secreto de ese cuarto, sino que obtendrás en premio cuanto encierra, que es todo para ti.

No se atrevió la princesa a replicar más a su padre, aunque, en realidad, en vez de satisfacer su curiosidad y calmar

su inquietud, le había resultado todo lo contrario, porque desde aquel día el secreto del cuarto la embargó de tal suerte que se desvelaba pensando en las cosas que allí habría y en el traje que fuese del agrado del rey.

Hizo venir a su costurera de más confianza para encargarle un vestido raro, en nada parecido a ninguno de los que tenía; y la costurera extremó su habilidad para darle gusto, haciéndole un traje que deslumbró a las damas de la corte por su riqueza y elegancia. Pero el rey nada le dijo sobre el particular.

Entonces, desengañada de esta primera prueba, se ocupó en la hechura de otro traje ideado en una noche de insomnio, en cuya ejecución, que duró muchos días, trabajaron los artistas más afamados y las costureras de mayor renombre. El traje era de finísima tela color de rosa, traída de la China, cubierto todo con una primorosa redecilla de oro y perlas.

No hubo quien no lanzase un grito de admiración al ver a la princesa luciendo por primera vez aquella maravilla de arte, riqueza y elegancia. El rey mismo le manifestó su admiración, pero nada más le dijo, y bien comprendió la princesa por esta reserva de su padre que tampoco era ese el traje de su gusto.

Después de varios días de suma tristeza y cruel desengaño, una idea súbita le devolvió sus perdidas esperanzas. Recordó haber oído en boca del rey ciertas palabras, en no lejano tiempo, y palpitó de gozo su corazón, porque creyó haber dado en la clave del enigma.

La costurera, que recibió orden de presentarse inmediatamente, compareció en seguida, esperando oír el encargo de algún nuevo y caprichoso traje, pero cuál no sería su sorpresa al escuchar de labios de la princesa estas palabras:

—Os he mandado llamar para que me enseñéis a coser. Seré vuestra discípula por todo el tiempo que sea necesario, prometiéndoos la mayor docilidad y atención en el aprendizaje.

Dicho y hecho: desde aquel mismo día la princesa no se volvió a ver en los jardines y azoteas del palacio sino en ocasiones muy determinadas, pues pasaba casi todo el tiempo con la aguja y el dedal en las manos al lado de su hábil maestra; y fue tan asidua y perseverante en sus nuevos quehaceres, con los cuales se había encariñado en extremo, que al cabo de pocos meses cosía ya como la mejor colegiala, y había aprendido a cortar y hacer un vestido con la misma habilidad de su modista.

Grandes preparativos se hacían en la corte para el cumpleaños del rey, que estaba próximo. La princesa se veía poco, muy poco, en términos que entre los cortesanos llegó a sospecharse que algún mal la afligía; pero salieron de sus temores la noche misma en que se abrieron las salas del palacio para cumplimentar al rey. Toda la corte estaba allí vestida de gala, cuando se presentaron el rey y la princesa para dar comienzo al besamanos.

La princesa estaba hermosísima, y una alegría inefable, un gozo inmenso llenaba su corazón, porque el rey no cesaba de mirarla, y más de una vez la había felicitado por el traje que lucía esa noche.

Como es costumbre que en tales días hagan los príncipes alguna merced extraordinaria, cuando terminó la ceremonia, el rey, que rebosaba también de contento, levantó la voz para decir a la corte estas palabras:

—Ha llegado el día de mostrar a la princesa mi hija el *cuarto del tesoro*. Podéis acompañarnos, si gustáis.

Indecible fue la sorpresa que tales palabras produjeron en los presentes, de suerte que en los primeros momentos reinó un silencio profundo; y cuando corrió la voz de aquella novedad por las galerías del palacio, fue menester certificar que eran palabras del mismo rey para que se les diese crédito.

La princesa perdió el color y sintió en todo su cuerpo un

estremecimiento nervioso, a tiempo que muchos cortesanos y la generalidad de los criados no se las tenían todas consigo, pues aquel cuarto venía siendo para ellos la mansión del diablo, y mayor era el miedo que la curiosidad que les infundía.

Precedidos de multitud de antorchas, y con mucha pompa se dirigieron el rey, la princesa y toda la corte al *cuarto del tesoro*. Cuando el rey en persona abrió la puerta, todos retrocedieron instintivamente, y fue necesario que usase de su autoridad para hacer que entrasen delante sus aterrorizados pajes. Las hachas y bujías iluminaron súbitamente el recinto.

La princesa y el real séquito no pudieron contener un grito de sorpresa. El cuarto no tenía en sí nada extraño ni medroso; era un taller completo de platería, en que por todas partes brillaban la plata, el oro y las piedras preciosas en obras de exquisito gusto.

El rey tomó en sus manos un aderezo espléndido, y dirigiéndose a la princesa le dijo:

—Oye, hija mía: el poder y la riqueza suelen acabar inesperadamente, y sólo nos queda entonces la habilidad de nuestras manos para ganarnos el pan. El rey mi padre me enseñó el oficio de platero, que yo no he descuidado, como lo prueban las joyas que aquí ves, y en especial este aderezo, que hoy coloco sobre tu pecho, porque has adivinado mis deseos, aprendiendo a coser y vestirte por ti misma. Luce, pues, hija, sobre ese traje, que es trabajo de tus manos, estas prendas que son también trabajo de las mías en este retiro, que tanto anhelabas conocer y que justamente han llamado el *cuarto del tesoro*.

Moraleja.- El trabajo es una ocupación digna y meritoria, y sus bellos frutos satisfacen al corazón lo mismo en la casa del pobre que en el palacio de los reyes.

(1902)

¡USTED ME OYE EL CUENTO!

El verbo *carpetear*, derivado de carpeta, no existe en el diccionario, pero esto no quiere decir que no sea en Venezuela de muchísimo uso, sobre todo en los negocios públicos. Significa, en dos palabras, barajar algún asunto, sacarle el cuerpo o darle carpetazo. ¡Cuántos reclamos, solicitudes y negocios carpeteados!

Pues bien, como broma muy pesada, por cierto, púsose en boga ahora años en esta ciudad de Mérida de los Caballeros, el carpetear los cuentos en las tertulias y círculos de mozos, lo que en buen romance se llama degollar o despachurrar el cuento. Llegó la cosa hasta el grado de que ya nadie alcanzaba a ver terminado un cuento o chascarrillo, porque eran tales las interrupciones que de propósito se le hacían a quien lo echaba, que éste, al fin, dando la fiesta al diablo, se declaraba corrido.

Un señor, que no vivía en Mérida sino en la vecina ciudad de Ejido, de temperamento nervioso y carácter más explosivo que un barril de pólvora, ignorante, por supuesto, de tal broma, empezó en un grupo de amigos a echar un cuento.

—Escuchen ustedes el cuento de las cucharas. Había en Ejido...

—Mira, chico, que te quemas con el cigarro.

—¡Ah! gracias por la advertencia.

—Pues bien, había en Ejido un viejo que...

—¿Cuánto te costó ese sombrero?

—Espera, hombre, a que acabe de referir el cuento.

—¡Oh, si es un sombrero muy elegante!

—Y cómodo —añadió otro.

—Pero escuchen, mis amigos. Había en Ejido un viejo que comía con dos cucharas...

—A propósito de cucharas ¿en qué día cae este año la nochebuena?

Comprendiendo entonces el de Ejido que aquello era estudiado para interrumpirle el relato, súbito como un relámpago le echa mano al interlocutor que le quedaba más cerca, y asiéndole por el cuello, en actitud de estrangularlo, lo recostó a la pared, gritándole encendido por la cólera:

—¡Lo que es usted me oye el cuento!...

Los demás contertulios huyeron espantados de aquel *león* enfurecido.

Y en tan trágica actitud nuestro pobre interlocutor, que era un excelente sujeto, tuvo que oírle el cuento con una atención jamás vista.

Pero no fue esto lo más célebre del caso, sino que el cuento era jocoso, y el señor de Ejido, viendo que su único y atribulado oyente no tenía trazas de reírse, lo amenazó a puño cerrado, diciéndole:

—Ahora, ríase usted, porque el cuento es de risa!...

El otro, más muerto que vivo, hubo de medio reírse, pero aquella no era su risa sino su terror pánico.

Es fama que hasta aquí llegó en Mérida la mala costumbre de carpetear los cuentos.

(1902)

HISTORIA DE UN ROTULO

El siguiente relato merece los honores del estilo novelesco, y por ello empezaremos con una de sus frases sacramentales.

Corría la primavera del año de 1875.

Por la calle de Serrada en la ciudad de Mérida, había entonces una imprenta, la misma que ahora es del Estado y que primeramente fue del doctor Eusebio Baptista.

Es el caso que cierto chico, casi adolescente, pasaba largos ratos frente al taller, asomado a las ventanas por la calle, mirando la prensa, máquina que le parecía enorme comparada con las de coser, únicas que conocía, y sorprendido de ver también la muchedumbre de hierritos que llenaban las cajas.

El jefe de la casa, don Pedro Baptista, que era hombre de carácter amable y de suma perspicacia, adivinando en esta muda y perseverante contemplación los encubiertos deseos del chico, lo llamó un día y le dijo:

—¿Cómo que te gusta el oficio?

—Sí, señor, me gusta mucho.

—Pues entonces, en vez de estar perdiendo tiempo allí por fuera de las ventanas, ven acá.

Y haciéndolo entrar, le brindó banco en el taller y lo declaró aprendiz, recomendándolo al señor Martín Vega Alvarado, que era el prensista y director.

Demás estará pintar el gran contentamiento del chico, cuando se vio de repente en camino de realizar un sueño dorado, una gran aspiración que le traía inquieto, cual era ver su nombre impreso por primera vez en letras de molde.

Al principio del aprendizaje estuvo a punto de perder la salud, pues no comía con formalidad por despacharse presto y correr a ocupar su puesto en la caja, excepto los ingratos días en que, como a todo aprendiz de imprenta donde la entintación no sea automática, le sacaban el nepe, obligándole a sudar la gota gorda con el rodillo en las manos, dando tinta a la forma en la prensa.

Pero así y todo, el chico vivía con la ansiedad de quien espera el momento propicio para dar cima a una empresa largo tiempo preparada en la mente con probabilidades de brillante éxito.

Un día, por fin, en que la prensa estaba desocupada y solitario el taller, porque todos se habían ido a almorzar, el muchacho se resuelve a acometer la obra y pálido por el susto y la alegría, compone rápidamente su nombre en mayúsculas de breviario, primer tipo que halló a la mano; luego lo entinta, lo pone en el centro de la prensa con una hoja de papel encima, baja la frasqueta y el pesado tímpano, hace correr el lecho de la prensa sobre los rieles, hasta ponerlo debajo de la pieza superior, y montado entonces sobre una silla, echa toda la fuerza posible y tira del manubrio con verdadero frenesí. ¡Se trataba de una enorme prensa de palanca del sistema llamado aquí *Washington*!

Quien conozca algo de imprenta podrá imaginarse el resultado. El fracaso fue completo. Rotos los tipos en muchos pedazos, fueron recogidos y ocultados con mano trémula por el desventurado aprendiz, que vio en un instante deshechas sus ilusiones y esperanzas.

Horas después, fue el prensista a imponer una forma, y al momento advirtió el daño.

—¿Qué es esto, mis amigos?... ¿quién se ha metido con la prensa?

—Yo no —dijo Jesús María Godoy, que estaba allí muy jovencito iniciándose también en arte de Guttemberg.

—Ni yo tampoco —dijo Rafael Salas Baptista, que era ya oficial, pero quizás el más chico de la partida.

—Pues aquí aparece rota la frasqueta y dañado el tímpano, que yo dejé intactos. Alguno ha tenido que hacer con la prensa, y debe confesarlo.

Por sabido se calla que las sospechas recaían en los más muchachos. Sin embargo, todos fueron excusándose con la energía que da la inocencia, excepto el nuevo aprendiz, que tenía las orejas encendidas, como un tomate y a cada pregunta se inclinaba más sobre la caja sin decir esta boca es mía.

Ya su silencio y encogimiento bastaban para condenarle, cuando el prensista, que continuaba examinando el daño y fulminando anatemas contra el entremetido, exclamó de pronto:

—¡Aquí está el nombre! Acérquense y verán lo que dice aquí.

Efectivamente, sobre la tela y papeles del tímpano había quedado grabado de un modo indeleble este nombre: *Tulio Febres Cordero.*

Confundido y sin disculpa qué dar, opté por el gran recurso de los niños en las contrariedades de la vida: ¡me cubrí la cara con las manos y eché a llorar!

Como todo no ha de ser rigor, el percance movió a compasión, y las iras del prensista se tornaron en risa y simpatía, hasta el grado de ayudarme, días después, a realizar mi encantado propósito, mi primer sueño literario!

No sería tan apretado el nudo gordiano que cortó el célebre Alejandro, como el que yo sentí en la garganta al verme con un puñado de rótulos impresos en que estaban mi nombre y apellido con todas sus letras. En el acto hice un rápido inventario de todos mis bienes rotulables: cama, mesa, sillas, libros de estudio, todos los objetos de mi propiedad quedaron desde luego marcados con el flamante letrero, inclusive un becerro ya grande que tenía, al cual le pegué en los cachos sendos rótulos.

Tal es el destino del hombre. Un capricho efímero, una mera ilusión de niño puede llegar a determinar la vocación para una carrera o el aprendizaje de un oficio. Yo, que entré a una imprenta con el único propósito de hacer un rótulo, jamás pude imaginarme que iba a quedar allí preso de por vida, pues han transcurrido nada menos que veinticinco años y todavía estoy sobre el banco del taller, componiendo y distribuyendo, y dándole al manubrio de la prensa como a violín prestado. ¡Ese es mi oficio!

(1900).

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

PARTIDA DE NACIMIENTO

Prólogo de la 1ra. Edición.

Viene al mundo este librito desnudo de galas y méritos, y por ello lo presentamos al Público para que lo apadrine y lo ampare en su corta o larga vida contra los tajos de la crítica, por ser cristiana obligación de los padrinos hacer en ocasiones las veces de padre con respecto al ahijado, por más que éste haya nacido privado de gracias y atractivos.

Verdad es que si estuvieran en vigor las leyes de Licurgo sobre los niños que nacen débiles o defectuosos, este libro, por semejanza, sería precipitado en el acto desde la roca del Taigete sin miramiento alguno. Pero los tiempos ya no son tan severos ni rigurosos, sino de extrema tolerancia. Por desdicha para la gaya ciencia, ahora nacen y se crían estos hijos del intelecto, aunque desde el principio se advierta que son tuertos, cojos, mancos o jorobados, porque entre los derechos literarios que el progreso garantiza, está el muy amplio de poder fastidiar al Público en prosa y en verso, desde las páginas del libro y las columnas del periódico.

Creemos que bien pueden tolerarse pacientemente tales lecturas, cuando los defectos son de mera dicción y gusto literario, pero no cuando el pecado está en lo sustancial del asunto, en la libertad con que algunos poetas y escritores, pervirtiendo el naturalismo, exhiben en versos y prosa, sin reboso alguno, cosas vedadas, que no son para dichas ni des-critas en buena sociedad, por más que las presenten adornadas con las flores más bellas del lenguaje.

La mayor parte de estos cuentos han merecido una especie de tácita aprobación, a juzgar por la acogida que les han dado periódicos de dentro y fuera del país. No parecerá, pues, presunción del autor el creer que, ya coleccionados en un volumen, puedan captarse por lo menos la benevolencia y atención de lectores no muy exigentes.

Tal es la partida de nacimiento del presente librito, que hemos bautizado con el nombre de ***En broma y en serio,*** *porque en realidad tanto tiene de lo uno como de lo otro, y que aparece en humilde forma, porque no ofrece tampoco en su lenguaje ricos atavíos, sino claridad y sencillez en los relatos, y muy recta intención respecto a no ofender en lo más mínimo la moral ni las buenas costumbres.*

Mérida, Venezuela, 1917.

EL SECRETO DE UN AMIGO

Hace más de veinte años tuvo lugar la sencilla historia que vamos a referir, historia íntima que manifiesta los caprichos del destino y los más recónditos pesares del alma. Los que no gustan de lecturas tristes y sentimentales, doblen esta página sin leerla, porque ella habrá de causar dolorosa impresión a las almas sensibles.

Todo joven, a la edad de veinte años, poco más o menos, siente una necesidad casi instintiva de desahogar su corazón, contando a los amigos, en el seno de la mayor intimidad, sus ilusiones y esperanzas, sus tristezas y desengaños, sobre todo después de los bailes, paseos y demás reuniones en que tiene ocasión de acercarse a la mujer que adora.

Entre mis amigos íntimos figuraba Noel, que me llevaba algunos años de edad y a quien de preferencia había hecho depositario de todos mis secretos, porque me parecía el más juicioso y discreto. Noel era todo un caballero, dotado de clara inteligencia y de nobles y bellos sentimientos: tenía criterio de filósofo y alma de poeta. Me quería como a un hermano, y yo comprendía que era su preferido entre los demás amigos; pero a pesar de esto, Noel no era franco ni comunicativo conmigo. En las largas horas del día y de la noche en que lo pasábamos juntos, yo desahogaba mi corazón en el suyo y él me oía con interés particular, pero en cambio nada me revelaba de lo íntimo de su alma; y cierta vez que le hice cargo sobre esto, me contestó con amarga sonrisa:

—¡Yo... nada tendría que contarte sino tristezas. Pregunta a los demás, y verás como tampoco les comunico nada.

Efectivamente, Noel era lo mismo con sus otros amigos; y yo, todavía sin experiencia en el mundo, me explicaba aquella reserva como un rasgo de carácter, sin sospechar que mi fiel amigo y confidente fuese víctima de alguna historia oculta.

Una noche me presenté inopinadamente en el cuarto de habitación de Noel y le dije:

—Te necesito para que me acompañes a dar una serenata.

—¿A quién? —me preguntó instintivamente.

—Eso no se pregunta. Tú debes saberlo demasiado.

—Bueno, cuenta conmigo, pero ¿quiénes más irán?

—Fuera de los músicos, tú y yo, y nadie más.

A las diez de la noche, en que ya no cruzaba ni una alma por las calles, salimos Noel y yo en solicitud de los músicos, que eran cuatro y a quienes encontramos en el sitio convenido. Después de recorrer con ellos varias calles, nos detuvimos muy quedo frente a una casa en el centro de la ciudad.

Ni el más leve ruido interrumpía el silencio de la noche. Mi corazón latía con violencia y mi rostro debía estar en aquellos momentos tan pálido por la emoción, como la luna que alumbraba de lleno las paredes de la casa que teníamos delante, muda y fantástica como un palacio encantado.

La música se inició con un vals colombiano muy en boga entonces, dulce, conmovedor, profundamente apasionado.Noel estaba, como siempre, cariñoso y atento a mi lado, sin atreverse a interrumpir el éxtasis de mi amorosa ansiedad.

Cuando cesó la música, sintióse crujir la ventana que nos quedaba encima, y simultáneamente la mano angelical de una mujer dejó caer a la calle un ramo de preciosas flores que perfumó el ambiente.

Por una casualidad, el ramo cayó a plomo sobre mi cabeza, y de aquí fue a dar a los pies de Noel, quien inmediatamente lo cogió del suelo y lo puso en mis manos. Transportado de gozo, no advertí la súbita transformación efectuada en el semblante de mi caro amigo.

Los músicos tocaron algunas piezas más, y luego me despedí de ellos con presteza, porque Noel me pareció enfermo. Con el sombrero caído sobre los ojos y sin pronunciar palabra había permanecido allí aquel heroico amigo, inmóvil como una estatua.

—¿Cómo que te sientes malo esta noche?

Por toda contestación Noel sacudió la cabeza como quien vuelve de una horrible pesadilla, miró a todos lados para cerciorarse de que ya estábamos solos y me dijo con voz trémula:

—No puedo ocultarte por más tiempo lo que me pasa, querido amigo. He callado hasta ahora, he devorado en silencio mi desgracia que es muy grande; pero no quiero que mi reserva pueda dar motivo a sospechas contra mi fidelidad de amigo y el cariño fraternal que te profeso. Pero alejémonos de este sitio que me hace daño, mucho daño...

El aspecto de Noel me dio miedo. Aquella confidencia inesperada sobre una historia que yo ignoraba en absoluto, la extraña exaltación de sus palabras y su semblante pálido y demudado por completo, me conmovieron de tal suerte que no supe qué contestarle. El me llevó de brazo a su cuarto y allí, a la indecisa claridad de una lámpara que empezaba a extinguirse sobre la mesa de su escritorio, me habló en estos términos que no olvidaré jamás:

—Una tristeza inmensa, un pesar profundo me agobia a toda hora y en todo lugar. Salgo al campo, y el cielo, los montes, los ríos, los árboles, todo me parece sombrío; busco las reuniones, los bailes, los paseos, las tertulias y el contento de los

demás me parece un horrible sarcasmo, y se me oprime el pecho de tal manera que me obliga a alejarme; porque las lágrimas podrían descubrir el secreto de mi alma. Llevo el contagio de la tristeza a todas partes. Un solo pensamiento en una mujer seductora que el destino ha atravesado en mi camino solamente para desesperarme y hundirme en el abismo del dolor. Es un amor desgraciado, una pasión inmensa, un fuego que me consume, sin consuelo, ni esperanza!...

¡Ella ama a otro con toda su alma!...

Noel se había levantado y se paseaba como un loco por todo el cuarto. Yo le seguía, procurando calmarlo y devorado por la curiosidad de saber quién era ella. Un raudal de lágrimas ardientes largo tiempo contenidas, brotó de sus ojos y echándose en mis brazos como un niño que busca amparo, me dijo con voz ahogada por los sollozos:

—¡No puedo ocultarte más!... ¡Tengo que decírtelo, todo, todo!...

Y de sus labios se escapó entonces un nombre, un solo nombre, revelación terrible que nos separó de súbito como si un rayo hubiese caído entre los dos. Hay impresiones tan vivas y profundas en la vida, que quedan a perpetuidad grabadas en la mitad del corazón.

¡Pobre Noel! Yo había sido inocentemente su peor verdugo. La mujer a quien él amaba con tal vehemencia era la misma que tenía cautivo mi corazón, la misma cuyo nombre adorado le repetía yo a toda hora en las confidencias más íntimas y apasionadas de mi alma, la misma que, en testimonio de su afecto, correspondía aquella noche con un ramo de preciosas flores a los obsequios de mi amor inmenso!

.....

Algunos meses después Noel se ausentó de la ciudad para siempre. Yo le acompañé algunas leguas, y por el camino me manifestó, como de costumbre, el mayor cariño, hablándome con vivo interés de mis estudios, de mis aspiraciones y de mi futura felicidad!...Ni un reproche, ni el más leve asomo de despecho advertí en sus palabras, que eran sinceras a la verdad, pero llenas de amargura y de extrema melancolía. ¡Oh, amigo noble y abnegado!

Cuando llegó la hora de separarnos, se me hizo un nudo en la garganta y le eché los brazos en silencio. El me estrechó contra su corazón, deshecho en lágrimas, sin poder tampoco articular una sola palabra, y prontamente picó la mula y se alejó. Quedé por algunos momentos mudo e inmóvil ante aquella dolorosa despedida; y cuando miré hacia adelante para saludarle por última vez con mi pañuelo empapado de lágrimas, ya mi pobre amigo se perdía en las vueltas del camino, con la cabeza caída sobre el pecho, agobiado por la inmensa tristeza de su alma!

Ese es el mundo; la felicidad de unos suele ser la desdicha de otros.

1903.

EL CIRUJANO Y LA INDIA

Este cuento es de los tiempos de María Castaña, y por ello es natural suponer que en lo sustancial del asunto, ya haya sido escrito con más donaire por otras plumas; de suerte que sólo en forma y detalles podrá tener alguna originalidad el puntualísimo relato que en seguida hacemos del peregrino caso, según y como lo oímos referir, sin quitarle ni añadirle la más mínima cosa.

Viajaba un naturalista europeo herborizando por la jugosa tierra equinoccial, extraño por completo a las costumbres del país. Tres días tenía de permanencia en una retirada aldea, cuando tuvo que guardar cama, por la rápida inflamación de un pie, acompañada de fiebre y una comezón extraordinaria, que era lo más desesperante.

Inmediatamente telegrafió al cónsul de su patria en la ciudad vecina, exigiéndole el envío de un médico. Llega éste sin pérdida de tiempo, examina el pie del enfermo, y luego le dice con la sequedad propia de los fallos científicos:

—Se requiere una operación quirúrgica.

—¡Una operación!, exclama sorprendido y conturbado el pobre naturalista.

—Es el único remedio eficaz. Se trata de un caso avanzado de *pulex penetrans*.

—¡Oh doctor! ¿y yo sufrir mucho con la operación?

—No será dolorosa, pero sí delicada por el peligro de un accidente tetánico. Sin embargo, confíe usted en el buen éxito, porque se tomarán todas las precauciones del caso.

Miró el sabio Esculapio las paredes y techo de la habitación, y dirigiéndose al posadero le manifestó que caso de no haber en la casa otra pieza de mejores condiciones, debía acomodarse al enfermo provisionalmente en otra parte, a fin de darle a a aquella en que estaban una buena lechada de cal, en tanto iba a la ciudad en busca de lo necesario para la operación.

Posadero y paciente se sometieron con entera humildad a las órdenes del médico, el cual regresó a la ciudad con presteza, para volver veinticuatro horas después, acompañado de un practicante y una acémila cargada de cuanto la cirugía moderna ha inventado para aserrar, acuchillar y punzar el cuerpo humano, con menor riesgo de la vida, es cierto, pero con mayor espanto del pobre paciente.

Se necesita mucha valentía para no amilanarse al ver venir a los operadores con hábito talar y albos birretes, especie de monjes blancos, sacerdotes de un sacrificio científico, que articula palabras desconocidas para el vulgo, y se mueven en torno a la mesa operatoria armados de complejos y flamantes instrumentos... y ora encienden la lámpara que ha de caldear el hierro quirúrgico, ora hacen abluciones al paciente y purificaciones en el aire, o ya componen los algodones, las compresas y vendajes, todo con una actividad y destreza admirables para el mero observador; pero el asustado doliente sólo ve en todo esto un cuadro sombrío, casi fúnebre, que le hiela la sangre en las venas, como sucedió al asenderado naturalista, quien apenas pudo decir, con voz extenuada y suplicante:

—¡Oh, doctor! yo querer cloroformo para no sentir dolor.

—No hay necesidad mi amigo. Un poco de serenidad y de quietud es lo que exigimos de usted, y nada más.

Un suceso médico de esta entidad atrajo la curiosidad de los sencillos lugareños, que se contentaron con rodear la casa, porque había prohibición absoluta de penetrar en ella, manteniéndose en la calle en silenciosa actitud, esperando saber de la suerte del enfermo.

No obstante la palabra empeñada del cirujano, en el sentido de que no sentiría mayor dolor el paciente, éste levantó el grito como elocuente protesta contra el aguijón de la lanceta, en el instante supremo de la operación.

En seguida, se impuso al enfermo completa quietud y rígida dieta. Por varios días cirujano y practicante le renovaban a mañana y tarde los algodones fenicados y los vendajes, repitiendo los asperges antisépticos, conforme a los ritos de la profilaxis.

En resumen: el naturalista quedó con el pie sano, pero con el bolsillo exhausto. Los honorarios del cirujano y del practicante, los gastos de botica y la cuenta del posadero, inclusive la blanqueadura de la habitación y el lavado del suelo, que también se preceptuó, fueron otros tantos lancetazos para el infortunado discípulo de Linneo.

Pero he aquí que a los pocos días nuestro sabio viajero regresa del campo a la posada de su mala ventura, cojeando del otro pie. Los mismos síntomas anteriores: la hinchazón rápida, la fiebre creciente y la comezón insoportable!

Una india parameña de raza pura, que le servía de criada, y que había presenciado días antes, con ojos de asombro, tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas, y tanta muchedumbre de cosas raras e inexplicables en torno del enfermo; esta india, decimos, compadecida de la doble desesperación de su señor, que se quejaba del dolor que padecía, no menos que del temor de una nueva operación quirúrgica; ante cuadro tan lastimoso, la fiel criada se le allega humildemente,

le pide el pie enfermo, que el naturalista le alarga sin chistar. La india lo examina con presteza, y le dice con sonrisa de triunfo:

—Espera un poco.

Y sin decir más palabra ni acatar la venia del enfermo, sale al huerto, toma una espina de naranjo, vuelve al lado del paciente, le toma de nuevo el pie y rápida como el pensamiento, le hace allí una operación, con tal suavidad y destreza, que apenas da tiempo al paciente para exclamar:

—¡Oh, oh, qué quieres hacer?

—Ya lo hice, señor, le contestó con prontitud la india, mostrándole en la punta de la espina una como finísima perla.

—¿Pero qué me has hecho?

—Lo mismo que el cirujano, señor, sacarte la nigua que te atormentaba.

El sabio viajero abrió tamaños ojos, y luego dejó caer la cabeza sobre el pecho, agobiado por un mundo de reflexiones, ¿Qué pensaba? ¿Qué se decía?. Es fácil adivinarlo, pues tuvo después otros casos de *pulex penetrans,* y por toda providencia, llamaba a la india y le alargaba el pie, con entera confianza, para que le extrajese la nigua, operación que no duraba ni medio minuto.

—¡Oh, decía, valer mucho la experiencia: ser más barato y hacer mejor este oficio la india que el cirujano!

1910.

LA MALETA DEL RECLUTA

La cuesta de Pilatos, al noroeste de Mérida, es una cuesta larguísima, áspera y solitaria. El fastidio, la melancolía, todos los sentimientos tristes se apoderan del ánimo cuando se hace lenta y fatigosamente una de estas interminables ascensiones en los fragosos caminos de la Cordillera.

Dos campesinos subían un día la cuesta de Pilatos cargados con sendas maletas. Llevaban los rostros encendidos y abrillantados con las gotas de sudor. El sol era ardiente y las maletas muy pesadas.

A la mitad de la cuesta los alcanzó un hombre que viajaba escotero, sin más carga que un garrote y la cobija terciada sobre el pecho. El polvo del camino había cambiado por completo el color primitivo de su blusa y pantalones, en los cuales se descubrían todavía las franjas rojas que guarnecen el traje habitual del soldado criollo. Era efectivamente un pobre recluta que regresaba a su tierra.

El semblante desencajado y pálido del desconocido, que era muy joven, contrastaba visiblemente con las caras rozagantes de los labriegos montañeses, a quienes se había incorporado en la marcha.

En el primer descanso que les ofreció la empinada cuesta, los labriegos soltaron las pesadas maletas, dando un sonoro resoplido de cansancio, y se sentaron en el suelo a descansar. El recluta, ahogado también por la fatiga, se detuvo junto a ellos, silencioso y triste, miró fijamente a sus rollizos compañeros, que libres de la carga, conversaban alegremente, y les dijo con profundo desconsuelo:

—¡Pudiera yo también descansar de la pesada maleta que llevo a cuestas!...

—¿De qué maleta hablas si vienes escotero?

—De la que llevo aquí dentro, dijo el recluta, comprimiéndose el pecho y enjugándose los ojos.

Los dos labriegos lo miraron con curiosidad y sorpresa.

—¿Tienes alguna pena?

—No una, sino dos, porque mientras estaba en la guerra, se murió mi madre y se casó mi novia. ¿Les parece poco?

—¿Y no tienes más familia?

—No me queda más nadie en el mundo. Por eso vuelvo a mi tierra para vender mi rancho y mi labranza, hablarle al señor cura para que diga unas misas por el alma de mi madre, y voltear otra vez, con mi garrote y mi cobija, a caminar por tierras extrañas, sin rumbo fijo, como el judío errante.

Y el recluta se rió, con una risa seca e irónicamente expresiva. ¡Iba a convertirse en un vagabundo!

Los sencillos labriegos nada le contestaron, porque las grandes pesadumbres reclaman siempre el silencio.

—Ya ven, pues, cuán dichosos son ustedes que pueden descansar del peso que los agobia, poniendo las maletas en el suelo. ¡Para la carga que yo llevo no hay descanso ni en el cerro, ni en lo llano, ni en el mar!...

Esta es la historia de siempre, Cuando no es una herida en el cuerpo o en el alma, es la destrucción del conuco o una enfermedad incurable. ¡Tal es la maleta con que regresa a su tierra el pobre recluta!

1903.

EL CLAVEL DE LA CAPACHERA

El anciano padre Justo, cura de la ciudad de Rubio, pedía limosna un día para cierta obra de su iglesia en honor de la Santísima Virgen, ¿Quién no ha oído hablar entre nosotros de la caridad y mansedumbre del presbítero Justo Pastor Arias? El pueblo lo respeta y lo ama como a un varón justo, como a un pastor angélico. Cuando salía a hacer alguna colecta piadosa entre sus feligreses, nadie le hacía mala cara ni se excusaba de contribuir aunque fuese un hereje o renegado.

Al pedir la limosna a una hermosa zagala de Capacho, que se hallaba en el mercado de Rubio, ésta se encoge, se ruboriza y no halla qué contestarle, por la sencilla razón de que no tenía la pobre en aquel momento ni un céntimo partido por la unidad.

—No te apenes, hija, que otro día me darás, le dice el Padre Justo.

Pero la piadosa muchacha, vuelta en sí de su sonrojo, se llevó la mano a la cabeza, y arrancándose del sencillo tocado un clavel hermosísimo, que era su mayor gala, le dijo con religioso respeto:

—Ya que no tengo dinero, llévemele esta flor a la Virgen, en prueba de mi buena voluntad.

El padre Justo aceptó el encargo con su genial benevolencia. El clavel era realmente extraordinario por su hermosura, lo que le sugirió un pensamiento que en el acto puso en práctica... Abandonando el mercado se fue directamente a la casa de una señora respetable y de proporciones.

—Vengo de parte de la Virgen a proponerle un negocio, le dijo, mostrándole el clavel de la capachera.

—¡Oh, con mucho gusto! ¡Pero qué clavel tan hermoso, padre!

—Es una maravilla, en realidad, y el negocio es que Ud. se lo compre a la Virgen, a quien pertenece.

—¿Y cuánto vale?

—Pues la Virgen está ahora muy necesitada... conque póngale usted el precio que crea conveniente.

Comprendiendo al punto la señora la mente del padre Justo, tomó el clavel con amable sonrisa y le dio en pago una moneda de cinco bolívares. El rostro del noble anciano se llenó de alegría, dióle el *Dios se lo pague* a la compradora, y ya para despedirse le propuso otro negocio.

—Bueno, ya el clavel es suyo: ahora de mi parte le voy a hacer una exigencia.

—Con mucho gusto, padre.

—La exigencia no es otra, sino que me regale la flor para dársela otra vez a la Virgen. ¿Qué mejor destino puede dársele?

Rióse la piadosa dama de los negocios del padre Justo y le devolvió con agrado la simpática flor, que estuvo aquel día en manos de muchas matronas y señoritas pudientes, que la compraban y la devolvían, por exigencia del padre Justo, quien regresó a su casa rendido de cansancio; pero trasportado de gozo con más de cien bolívares en efectivo que le había producido a la Virgen el bello presente de la zagala de Capacho.

Cuando en la tarde del mismo día, las voces del órgano, las nubes de incienso y los cánticos sagrados llenaban el templo en honor de la Reina del Cielo, porque era el mes de la primavera, el mes de mayo, el mes de María, entre las muchas flores que adornaban el altar, descollaba fragante y gentil el precioso clavel de la capachera, crecido allá en el suelo húmedo de ignorado cortijo y destinado a ser joya de gran valor y ofrenda de gran mérito ante el ara sublime de la piedad cristiana.

1903.

EL TURPIAL Y LA GOLONDRINA

Un turpial travieso, escapado de la jaula, se subió al tocador de la hermosa niña a quien pertenecía, y saltando aquí y allá por encima de los preciosos objetos de adornos que allí había, acabó por voltear un frasco de finísimo perfume, que se derramó íntegramente sobre el mármol de la mesa.

El día era caluroso, y a la vista del agua vertida, el turpial resolvió bañar en ella su vistoso plumaje y salir volando para el jardín a recibir las caricias del sol.

—¡Qué oloroso vas! —le dijo una golondrina que estaba en el alero de la casa.

—Gracias, golondrinita. ¿Quieres tú perfumarte también? Mira, entra por esta ventana y allí mismo ¿lo ves? está derramada una agua fragantísima. Vuela pronto, golondrinita, báñate en ella y quedarás tan perfumado como yo.

La propuesta era seductora, y por más que a la tímida golondrina no le pareciese aquello propio de sus costumbres, pues jamás había penetrado en aquel aposento, era tal la fragancia que despedía su peligroso amigo, que cayó en la tentación de perfumarse también, y voló al sitio indicado.

Pero tuvo muy mala suerte la inocente avecilla, pues fue a estrellarse contra el espejo del tocador, que la engañó con su luz refleja; y a tiempo que caía aturdida sobre el mármol con las alas lastimadas, entró en la pieza la hermosa niña, que le dijo con dulzura al verla aletear contra la dura piedra:

—¡Pobre golondrinita! ¿Qué ha sido eso?...

Pero advirtiendo allí mismo el fracaso del perfume, cambió de tono y la amenazó con crueldad.

—¡Ah, traviesa, si me has derramado mi mejor perfume¡ Pues ahora te castigaré como lo mereces.

Y la pobre avecilla fue aprisionada en la vacía jaula del turpial.

Retiróse la niña, satisfecha de su justicia, y a poco llegó el turpial a la jaula.

—¿Qué es eso golondrinita?... ¿Qué haces dentro de mi jaula, cuando tus compañeras están inquietas buscándote por todas partes?

—¡Ah, pajarillo afortunado! Estoy pagando el daño que tú hiciste.

—¡Cómo! ¿Te han encerrado de propósito?

—Prisionera soy de tu ama, mientras tú, el travieso, el culpable, el seductor, vuelas y cantas con entera libertad.

El turpial que la oía con gran sobresalto prendido por fuera de los hierros de la jaula, le contestó con presteza:

—Pues, lo que soy yo, amiga mía, pido tus órdenes y me alejo en seguida.

—¿Conque me abandonas, ingrato? Tú que conoces mi inocencia y que podrías libertarme?

—¿Qué hacer, prenda mía?, si la fragancia que despido me condena y corro el riesgo de perder mi libertad para siempre, ¡Adiós, adiós, mi pobre golondrinita!...

Y mientras ésta quedó gimiendo cautiva por un daño que no había hecho, el arrogante turpial volaba y cantaba libremente por todo el jardín, galanteando a las tiernas avecillas que hallaba a su paso y embriagándolas con la fragancia de su bello plumaje.

Post-scriptum.- La primera mujer que leyó esta fabulita exclamó en seguida:

—Así como ese afortunado turpialito son los hombres con las pobres mujeres. Nosotras, siempre presas dentro de la casa sin culpa alguna; y ellos con su fardo de culpas, siempre en completa libertad, volando alegremente por todo el mundo.

¿Tendrán razón?

1903

¿ME COMPRA EL GALLO?

Hombre manso, apacible, incapaz de matar una mosca, tal era el doctor Cienfuegos. Pero cuando llegaba a ponerse bravo, era un polvorín, estallaba como una bomba; por lo cual él mismo procuraba dominar su carácter irascible hasta donde las circunstancias lo permitían.

Cierto día, estaba muy ocupado redactando un alegato, cuando fue bruscamente interrumpido.

—Tun, tun, tun.

—¿Quién es?

—Buenos días, doctor... ¿Me compra este gallo?

—No señor, no compro gallos.

—Está gordo.

—No lo necesito, ni gordo ni flaco.

—Es de buena cría.

—Le digo que no le compro el gallo.

—Se lo doy muy barato.

—Aunque así sea.

—Es nuevo y bien emplumado.

—No, mi amigo, no le compro el gallo.

—¡Qué lástima! Deja usted de hacer un buen negocio. Vamos, hasta por cinco reales.

—Ya le he dicho que no necesito gallos.

—Pero véalo usted: es una preciosura.

—Aunque sea, no se lo compro; y hágame el favor de retirarse, porque estoy sumamente ocupado.

—Mire, doctor, que estas ocasiones no se presentan todos los días. Anímese, pues, y me compra el gallo.

—Al fin, mi amigo... al fin me pone usted en el caso...

—De comprarme el gallo, ¿verdad?

A Cienfuegos le estalla el apellido por todos los poros del cuerpo, y arremete contra el tenaz vendedor, a quien rompe las narices y saca a trompadas hasta la puerta de la calle.

Gran escándalo. Acuden los vecinos y la policía. El hombre muestra la cara ensangrentada, y el doctor bufa de pura cólera. La policía lo arresta; y entonces el malherido vendedor, volviendo a coger del suelo su gallo se interpone entre la autoridad y Cienfuegos, diciéndoles:

—Yo no pido cárcel para el doctor, sino otra cosa; y todo quedará arreglado.

—¿Qué cosa? —preguntó la policía.

—Que el doctor me compre el gallo.

—¡Ah, grandísimo bellaco! —exclamó Cienfuegos, yéndosele encima.

—No se enfade otra vez doctor: el gallo es bueno y barato.

Al fin el doctor, aconsejado por la policía y para cortar el

escándalo, porque la gente llegaba como a campana tañida, resolvió aceptar la transacción.

—Tome pues, amigo, los cinco reales y asunto concluido.

—Mil gracias, doctor. Dígame ¿a qué horas lo hallaré mañana en su casa?

—¿Y qué más quiere usted conmigo?

—Es que tengo otro gallo mejor que éste.

—¡Otro gallo!

—Sí, señor, para ver si me lo compra.

—Un trabuco naranjero es lo que voy a comprar ahora mismo, para quitármelo a usted de encima —exclamó Cienfuegos dispuesto a cometer una diablura, y con razón.

1907

EL GARRAFON DE ABSINTIO

Cansado de esperar Apolo que llegase algún poeta original entre la turba que a diario tocaban las puertas del Parnaso, procedentes del Nuevo Mundo, tomó la capa, se ciñó la espada y fuese de incógnito a ver con sus propios ojos lo que pasaba en aquellas comarcas, y dónde diablos se ocultaban los buenos poetas, porque era fama que sí los había.

Llegó a una República de Hispano-América (el cronista olímpico no dice cuál), y allí un alma caritativa le indicó los sitios donde podría hallar algo de lo que buscaba.

Todo estaba lleno de libros, opúsculos y periódicos, que formaban grandes montones de trecho en trecho; y como nótase que se movían, metióse en medio de ellos y empezó a revolver con la espada uno de aquellos montones de papel impreso para saber qué había dentro.

No bien lo hubo entreabierto, cuando apareció la cabeza desgreñada y el rostro pálido de un poeta decadente.

—¡Cáspita, muchacho! ¿Qué haces allí sepultado entre esos papeles?

—Son mis amigos, mis maestros, los mentores de mi carrera.

Con gran curiosidad calzóse los anteojos el célico viajero y se puso a examinar toda aquella baraúnda de papeles, en que estaban las obras de Zolá, Musset, Verlaine, Baudelaire, etc., los últimos folletines del *Petit Journal* y una cifra incalculable de revistas cómicas y sensacionales del París alegre; todo, todo francés, sin mezcla de español alguno.

Hallábase en esto Apolo, cuando vio de improviso una cosa sólida y voluminosa que el poeta tenía abrazada contra el pecho.

—¿Qué diablos es eso?

—¿No lo véis? Un garrafón de absintio, de ajenjo puro, del cual saco una copa para derramarla en cada verso. Es el néctar de las Musas, el jugo de la moderna inspiración.

Al oír Apolo que mentaba tan en mala parte a las Musas, sus hermosas compañeras, a quienes trataba y quería como hijas, no pudo reprimir la cólera que ya encendía su pecho y soltando la capa del incógnito, se le presentó tal como era, con la clámide resplandeciente del monarca olímpico, rey de literatos y poetas.

El desdichado poetastro se restregó los ojos, aterrado ante aquella súbita aparición; y quiso recitarle, para contentarlo, unos versos neuróticos, pasionales y psíquicos, en señal de homenaje; pero el divino Apolo no esperó la descarga poética, sino que, levantando la flamígera espada, lo sacó a planazos del montón de papeles, y del primer golpe le partió en dos el garrafón de absintio, diciéndole con voz de trueno:

—¡Pedazo de alcornoque! ¿Acaso he venido yo a Hispano-América para saber lo que dicen y piensan los poetas y escritores franceses? Mejor lo oiré de labios de ellos mismos, y no de los tuyos, que mal los imitas y peor los traduces. ¿Eres tú francés, por ventura?

—No divino Apolo: soy más criollo que la tusa del maíz.

—Pues come y viste de lo tuyo, imbécil y no vayas como perro mostrenco a lamer platos y roer huesos en casa extraña. Aquí tienes —le dijo mostrándole el cielo y la tierra que los rodeaba— aquí tienes el brillante mundo tropical, nuevo por el espíritu y nuevo por la forma; ese es el gran libro que debes consultar, el libro de la naturaleza, en el cual estudia el sabio, y debe inspirarse el verdadero poeta.

Dicho esto, Apolo lo dejó confuso y deslumbrado en la mitad del campo, y se volvió de mal humor a referir a las Musas lo que pasaba, que no era bicoca.

—Pues, mis adorables hijas, mal estamos en Hispano-América.

—¿Por qué, divino Apolo?

—Porque los nuevos poetas de allá tienen otro Parnaso, otro Apolo, y otras Musas.

—¿De modo que nos han suplantado?

—Sí, pero no ha sido con mitos americanos, sino con Francia, que es su Parnaso, con Zolá, que es su Apolo y...

—A nosotras, padre querido, con quién nos han suplantado? preguntaron temblando las nueve Musas.

Apolo se echó a llorar como un niño y les dijo lleno de cólera y de pesadumbre:

—Con un garrafón de absintio, hijas mías, que es ahora el numen verde de los poetas azules!...

1903.

POR NO QUEBRAR EL TUBO

El caso es rigurosamente histórico.

Tomás vivía en el campo con su familia, entregado a las faenas agrícolas, pero como se había criado y educado en la ciudad, la soledad y sencillez de la vida rural no se avenían por completo con su carácter, y por ello le gustaba correr de cuando en cuando alguna aventura en el poblado, tanto más cuanto era por naturaleza de agudo ingenio y temperamento un tanto parrandero.

Todos en este pícaro mundo cojeamos por alguna manía, cual más cual menos. Unos se preocupan demasiado por el vestido, otros por la cama, que debe ser así y asao, no pocos lo pasan bien con todo, menos con la falta de determinadas comidas; en fin, de idiosincrasias y manías por el estilo está el mundo repleto.

Tomás, nuestro querido protagonista, no estaba libre de estas manías, y la principal de ellas, como jefe de familia, era el alumbrado de la casa, que debía ser lo más claro y profuso que se pudiese. Otro detalle de la vida de Tomás, que importa conocer antes de pasar adelante en el relato de esta historia jamás vista en los anales de la caballería andante: Tomás tenía la costumbre de accionar con el sombrero en la mano cuando se entusiasmaba en la conservación, que la tenía por cierto muy chistosa y amena; y por sabido se calla, que, iluminado por algunos tragos, las acciones pasaban a mayores, de suerte que el pobre sombrero iba y venía por el aire como soplador de leña en manos de una cocinera nerviosa.

Un día le anunció la esposa la rotura del tubo de una de las lámparas de la casa, fracaso que contrarió mucho a Tomás, no por lo que el tubo valiese, sino por la inevitable falta de luz clara y brillante durante algunas noches. Hizo, pues, el propósito de traerlo del pueblo vecino en la primera salida, o solicitarlo como hubiese lugar, porque a fuer de hacendado muy puntual en sus negocios, salía todas las semanas a hacer el mercado.

En estas salidas al pueblo, el roce expansivo con los amigos y compadres era un justo motivo para apurar más de una copa, lo que daba por resultado que Tomás tornase demasiado alegre a su casa de campo y, en ocasiones, a deshoras de la noche.

Llegado el día del mercado, Tomás enjaezó la mula, como de costumbre, y partió para el pueblo. Despachó todas las diligencias y reservó para lo último la del tubo, pues una cosa tan frágil no podía encomendarla a los peones ni llevarse en carga ni maleta ordinaria. Conseguido el tubo, se vio en calzas prietas para trasportarlo con seguridad. En el anca de la mula, era muy expuesto, lo mismo que en las cañoneras de la silla de montar, y en los bolsillos de la ropa no cabía cómodamente. Entonces resolvió porque no había otro recurso, llevarlo sobre el ala del sombrero, sujeto a la copa con una cuerdecita, como llevan nuestros sencillos labriegos algún rollo de papel sellado o la escritura del conuco.

Con tan delicadísima carga en la cabeza, regresó a la hacienda muy juicioso y a la hora conveniente, pues refieren las crónicas que el pobre Tomás no sólo le sacó el cuerpo al roce con los amigos, sino que ya de camino, se llevaba la mano a la cabeza para asegurar el tubo, picaba la mula y pasaba de carrera con la cabeza inclinada por delante de las ventas y tiendecitas provocadoras, para huir de toda tentación. La esposa se alegró en extremo de verlo llegar con tanto fundamento, y comprendió al instante que Tomás se había moderado aquel día en los tragos por no quebrar el tubo.

A la siguiente semana, la buena esposa le informó antes de partir que se había roto otro tubo, nada menos que el de la lámpara del corredor principal, y que allí el viento no permitía encender bujía.

Tomás, todo amostazado, ofreció traer el tubo, y lo trajo efectivamente de la misma manera y con las mismas precauciones que el primero, regresando como la otra vez muy temprano, y en perfecto buen estado, por no quebrar el tubo.

Pasó otra semana, y ¡zas! otro tubo roto.

—Malo, dijo Tomás, es mucha casualidad que todas las semanas se rompa un tubo. Una de dos, o los tubos son de mala clase o no los tratan con cuidado; pero sepan que yo también voy a reventar si sigue la reventazón.

A pesar de esto, Tomás trajo otro tubo del pueblo con el mismo cuidado que los anteriores, porque no le gustaba por ningún respecto ver la casa a media luz.

Pasó otra semana y ¡zas! la misma cosa: otro tubo roto. Tomás, al saberlo, estuvo a punto de reventar también.

—¿Pero a qué horas se rompen esos malditos tubos? Eso de caminar uno a caballo dos o tres leguas como la vela en el candelero es un suplicio atroz. Prefiero más bien traer a las costillas un tubo de chimenea, pero no un tubo de lámpara en el ala del sombrero.

La verdad era que en su presencia no había reventado ninguno, pero los fracasos eran evidentes, porque la víspera de los días de mercado, en vez de la brillantez de la lámpara, aparecía en la sala o en el corredor la escasa luz de alguna bujía, lo que ponía muy nervioso a Tomás.

Al partir ya para el pueblo, con toda la pereza y mal guiso del caso, uno de sus pequeñuelos que le había oído bravear por

la quiebra de los tubos, se le acercó en secreto y le dijo con mucha naturalidad:

—Papá no traigas más tubos.

—¿Por qué, hijo?

—Porque mi mamá tiene escondidos todos los que usted ha traído y yo los vi ahora dentro de una caja, pero ella me dijo que cuidado le iba a decir nada.

Tomás abrió los ojos lleno de asombro y se quedó pensativo largo rato. Dándose, al fin, una palmada en la frente, cayó en la cuenta del enigma, y se fue para el pueblo como hombre a quien alivian del peso de un enorme fardo.

Aquel día Tomás llegó tarde y tan alegre, que en la hacienda oyeron sus voces mucho antes de que llegase al patio de la casa, y salieron a ver qué novedad política habría, porque venía dando vivas y mueras con gran exaltación.

La esposa, que ignoraba la revelación del chico, le salió al encuentro:

—¿Qué es eso Tomás?... ¿Y el tubo?...

—Qué va a ser, querida mía, sino que hoy no traigo tubo —y arrojando a lo alto el sombrero en señal de triunfo exclamó —¡Viva la libertad! ¡Muera el tirano!...

La cándida esposa comprendió con tristeza que Tomás había descubierto el secreto y que el tirano era el tubo!

Ahora, carísimo lector, admirémonos siempre de la virtud de Tomás, porque hay muchos en la viña del Señor que no harían el sacrificio de los tragos ni aunque llevaran sobre el ala del sombrero una docena de tubos de cristal!

1903.

EL BIRRETE DE JUDAS

Había un pueblo de los llanos de Venezuela, cuyo nombre no viene al caso, en donde se observaba rigurosamente la costumbre de quemar a Judas el sábado santo, al tiempo de cantar *Gloria*.

En uno de los años del famoso septenio de Guzmán Blanco, cuando estaba todavía en toda su fuerza la división de partidos en liberales y godos, o sea en *amarillos y rojos*, sucedió que le pusieron a Judas en la cabeza, no se sabe si con intención o sin ella, un birrete de papel amarillo, que había servido para unos disfraces en el pueblo.

Cuando el Jefe político vio tal cosa, montóse en cólera y mandó incontinenti que le quitaran el birrete amarillo, por ser un ultraje contra la bandera imperante, ultraje que no estaba dispuesto a tolerar, como decidido sostenedor de la causa, amigo incondicional del Ilustre Americano, etc. etc.; y cosa natural, se desahogó contra los godos mandando que, en represalia, le pusieran a Judas birrete rojo.

Los liberales aplaudieron la orden, y por el molde del otro birrete, hicieron con gran presteza uno rojo, con que coronaron la grotesca efigie de Judas.

Pero he aquí que un propietario del pueblo llamado don Pedro, hombre popular y prestigioso, godo de origen, pero incorporado con los amarillos en obsequio de la paz del terruño, tan luego vio a Judas con birrete rojo, tomó también la cosa a ultraje contra el partido de sus simpatías, y apoyado en gran parte del pueblo, protestó contra la burla.

La situación era crítica: liberales y godos estaban para

romper lanzas capitaneados por el Jefe y el propietario. Intervino el Cura, que iba ya para la iglesia cuando vio el nublado que había en la plaza; y llevándose para la sacristía al Jefe y a don Pedro, los hizo entrar en tratados. Se convino en que no se pondría a Judas birrete amarillo ni birrete rojo, con lo cual se calmaron los ánimos, y el Cura empezó los oficios que preceden a la misa del sábado santo, oficios retardados por el incidente.

Pero por sugestión del mismísimo Judas sería, que los amarillos, respetando el tratado de paz, optaron, sin embargo, por hacer a la carrera un birrete azul y ponérselo a Judas, creyendo que este tercer color, aunque también de significación política, no provocaría las mismas cosquillas banderizas.

El palo en que estaba izado Judas en la plaza, quedaba frente a la puerta mayor de la Iglesia. La hora precisa se acercaba. Ardía ya el fuego y sólo se esperaba la voz de la campana para consumar la quema.

Cuando el Cura sale de la sacristía para el altar a dar principio a la misa, y ve allá en la plaza a Judas con el nuevo birrete, en vez de iniciar el santo sacrificio, se vuelve al sacristán y le ordena:

—Dígales de mi parte al Jefe y a don Pedro, que la soga no ha de reventar por lo más delgado, y que yo también sé defender mi partido. Que si no le quitan a Judas el birrete azul, no canto *Gloria*.

El sacristán salió corriendo a cumplir la orden, dejando al Cura en el altar y a los fieles en suspenso.

Y no hubo medio: el Cura no cantó *Gloria*, sino cuando ya vio a Judas sin el nuevo birrete. Entonces empezó la misa, después de exclamar con satisfacción:

—¡Si estarían pensando que no había en el pueblo quien defendiera a los *azules*!

1909.

ALHAJA MALDITA

La casa de campo del viejo Andrés se hallaba situada a corta distancia del camino real, en la áspera y triste subida de un gran páramo, y, aunque no era de hospedaje, como no faltaban en ella los recursos, venía a servir de refugio a los viajeros retardados por causa del mal tiempo o cualquier otro accidente.

Cierta tarde, después de una fuerte nevada, cuatro viajeros de porte distinguido pidieron hospitalidad al viejo Andrés. Era éste un anciano de continente venerable. Sus cabellos y barba, blancos como los copos de nieve que cubrían las alturas del páramo, parecían aún más blancos al lado del pañuelo encarnado que a manera de turbante ceñía su cabeza, y del pesado bayetón azul que cubría su cuerpo, según la costumbre tradicional de los que viven en aquellos ventisqueros.

Grata impresión de respeto y simpatía produjo en los viajeros el aspecto del dueño de la casa, quien los recibió con amable cultura, prodigándoles las comodidades necesarias.

En toda la comarca era tenido el viejo Andrés como un hombre singular. Para unos, era un sabio, un filósofo que leía y meditaba en el silencio augusto de las cumbres andinas; para otros, era un personaje del gran mundo, caído en desgracia, que vivía, resignado en el retiro, y para la rústica gente de los contornos, aquel anciano era un oráculo, un bienhechor, que los aconsejaba como padre, los recetaba como médico, les dirimía sus pleitos como árbitro, y los edificaba, en fin, con el ejemplo de la virtud y del trabajo.

Sin embargo, en la vida del viejo Andrés había algo

desconocido: no se sabía de dónde era ni cuándo había venido a los Andes. Esto era un misterio.

Los viajeros no tenían motivo para conocer estas cosas, porque eran de lejanas tierras, pero a fuer de caballeros discretos, comprendieron que bajo aquel pañuelo encarnado había una cabeza inteligente, y bajo aquella burda cobija palpitaba un noble corazón.

Después de la frugal comida, los viajeros se cubrieron con sus abrigos, porque el frío era intenso, y se pusieron a conversar en la sala a la luz de un farol colgado del techo, cuya claridad era tan vaga y melancólica, que apenas permitía distinguir los escasos muebles que había en la pieza. Al lado de la puerta que comunicaba con los aposentos interiores, se veía un antiguo sillón de brazos, cuya comodidad era provocativa, pero que ninguno se atrevió a ocupar, no obstante la invitación del viejo Andrés porque comprendieron al punto que era la silla patriarcal del anciano. Por el contrario, obligaron a éste a sentarse en ella y tomar parte en la amigable tertulia.

Algo original y fantástico tenía aquel grupo, pálidamente alumbrado por la luz vacilante del farol, que era sacudido de cuando en cuando por alguna ráfaga de viento helado, que hacía estremecer de frío a los viajeros e iba a azotar la luenga barba del anciano, cuyo rostro grave y bien parecido, con el turbante rojo, hacía recordar a los magos y sabios encantadores de los cuentos moriscos.

La conversación fue rodando de asunto en asunto hasta llegar a las calamidades públicas, en lo cual se dividieron los pareceres sobre cuál sería la peor de todas: que la guerra, que la peste, que el hambre, que los terremotos; cada cual hablaba con calor, defendiendo sus ideas.

Sólo el anciano permanecía callado como una tumba. Al cabo, uno de los viajeros se atrevió a decirle:

—Quisiéramos, señor, saber vuestro juicio, ya que podéis darlo con toda la autoridad de la experiencia.

—La experiencia, es verdad, pero ¡cuán caro cuesta! —contestó el anciano como evocando todo un pasado de amargura; y luego con voz firme les habló así:

—Todas las plagas y calamidades que afligen a la humanidad tarde o temprano pasan, y la tranquilidad vuelve. Pasan las grandes crecientes de los ríos que inundan vastos territorios; pasan las nubes de langosta, los granizos y las grandes heladas; pasan los huracanes, los ciclones y las fuertes tempestades; pasan las erucciones volcánicas y las tremendas sacudidas de tierra; pasan las pestes y las hambres que diezman los pueblos; pasan las guerras con su pavoroso estrépito y sus horripilantes escenas de fuego y de sangre; pasan los incendios, las sequías, los calores asfixiantes, y las calamidades todas pasan al fin, y la tranquilidad vuelve. Pero hay una calamidad moderna que no pasa nunca, sino que día por día crece y se multiplica por todas partes... ¡Ah! pero cuanto mejor sería que hablásemos de otro asunto.

Y el anciano calló, concentrándose en sí mismo con profundo abatimiento.

—Continuad, continuad —exclamaron los viajeros, interesados vivamente en saber cuál sería esa gran calamidad, e ignorando los motivos que tenía el viejo Andrés para no querer hablar de ella.

—Continuaré —dijo con resolución el anciano— pero sin daros el nombre de esa calamidad fatídica, porque he jurado no pronunciarlo jamás. Es ella la causa de la eterna tristeza de mi vida, y la que aún tortura mi alma, en las noches de insomnio como un instrumento infernal...

Los viajeros se miraron sorprendidos: la figura del viejo parameño iba tomando a sus ojos las proporciones de un

personaje raro, casi novelesco. Con viva exaltación continuó diciéndoles:

—Es una espada de Damocles pendiente a toda hora sobre la cabeza de inocentes y culpables; es una plaga destructora, que diariamente causa estragos en el seno de la sociedad; que arrebata vidas preciosas, con intención o al acaso, dejando por todas partes luto y lágrimas; plaga más dañina que un animal feroz, y tan alevosa como el reptil solapado que escupe el veneno y vuelve a su escondite; siniestra y mortífera como el rayo que el cielo fulmina.

A la escasa luz del farol, brillaban los ojos del anciano de un modo extraño. Los cuatro viajeros estaban en suspenso y pendientes de sus labios.

—Esa plaga terrible, más que los terremotos, los incendios, las tormentas y todas las calamidades que produce la cólera de los elementos; esa plaga diabólica e indestructible, que se ríe de la Ley y sacrifica millares de vida, es sin embargo, una invención moderna, una alhaja reluciente del progreso, que el hombre civilizado, usa, con peligro de su vida y la de sus semejantes, en calles y plazas, en reuniones y paseos, en tertulias y festines, y hasta en el santuario del hogar doméstico...

El anciano se había levantado de su silla lentamente, como una sombra, y con voz ronca, casi lúgubre, continuó diciendo:

—Yo también la usé, ¡esto es espantoso, Dios mío!... yo también la usé hasta un día, en que volviendo de un largo viaje, penetro en mi casa trasportado de gozo, y al desmontarme del caballo, se me escapa del cinto esa alhaja maldita: suena un tiro, y mi madre, ¡mi pobre madre! que salía a recibirme llena de alegría, de un grito de dolor, vacila un momento, y cae muerta en mis propios brazos, atravesada por un balazo!...

—¡El *revólver*! —exclamaron horrorizados los cuatro viajeros, levantándose como tocados por un resorte, a tiempo que el infeliz anciano, comprimiéndose el pecho con ambas manos, huía por la puerta del aposento, rugiendo como un león contra el arma maldita, y sollozando como un niño al recuerdo de la madre idolatrada!.

Nota: Este cuento obtuvo la medalla de oro en el Certamen Literario efectuado por el Salón de Lectura de San Cristóbal, en 1908.

A GRAN SUBIDA, GRAN CAIDA

Había en París un barbero, no se sabe si turco, sueco o polaco, aunque la nacionalidad no viene al caso, que hacía su oficio como cualquier otro, pero que favorecido por la suerte llegó a poner su tienda con gran lujo, lo que le atrajo naturalmente muchos clientes del mundo elegante, que iban allí no tanto por la habilidad del barbero, sino por remirarse en las famosas lunas de Venecia y deleitarse con la suavidad de los perfumes, arrellanados en ricos y cómodos sillones.

Y sucedió que el vaporoso diablillo de la vanidad, provisto de todas sus armas, que son fuelles y sopletes de distintas hechuras y tamaños, vino a apoderarse de aquella testa barberil, soplándola con tanta fuerza, que la dejó como bomba de caucho a punto de reventar. Creyóse ya nuestro hombre en el pináculo de la gran metrópoli, o sea el rey de los barberos parisienses; y sentado en esta ilusoria eminencia, pasó a mayores, creyendo ser también el primer barbero del mundo entero, por la sencilla razón de estar reputado París como centro de la civilización universal.

Engolfado en esta presuntuosa idea y desvanecido por la adulación de la clientela alegre y casquivana que siempre lo rodeaba, mandó poner sobre la puerta de la tienda en doradas letras este arrogante letrero:

«La Mejor Barbería del Mundo»

¡Aquí ardió Troya! pues tratándose de una ciudad cosmopolita, en un santiamén empezaron a detenerse y formar corrillos ante el nuevo rótulo muchos curiosos de distintas

nacionalidades, haciendo comentarios y protestas en varios tonos, según la calidad de las personas.

—La mejor de Europa podrá ser, pero no del mundo entero, porque en América las hay mejores, dijo un yanqui.

—De la Europa Continental si acaso, pues pongo fuera a Inglaterra, rectificó con mucha flema un inglés. Solamente en la ciudad de Londres hay más de dos mil quinientas barberías. Debe este barbero probar antes la superioridad sobre cada una de ellas.

—Y que la pruebe también sobre las barberías de Roma, Millán, Turín, Venecia, Nápoles y *tutti quanti*, exclamó un italiano con la vehemencia del patriotismo latino.

—Y sobre las de Madrid, Barcelona, Toledo, Sevilla y mil lugares más, agregó un español. Será la mejor de Francia, y santas pascuas.

—De Francia decis? Pues tampoco, dijo un gascón, porque yo las he visto mejores en Burdeos. Será un buen raspabarbas de París y nada más.

Entonces salió a la palestra un estudiante; y con voz tribunicia se dirigió a los circunstantes en estos términos:

—Estamos perdiendo el tiempo en inútiles protestas. París tiene más de cien barberías superiores a ésta. Propongo, pues, que se sustituya en el rótulo la palabra «mundo» con «barrio», y así dirá la verdad.

—Tampoco estará en lo cierto, gritó al punto un vecino que acababa de detenerse porque a treinta pasos de aquí hay otro taller que no es inferior a éste. Ahora veréis el rótulo que mejor le cuadra.

Y abriéndose paso por entre la multitud, echó a correr en solicitud de un carbón con que escribir; pero todos desatendieron al vecino para atender a la policía que ya tomaba cartas en el asunto. La gente aumentaba por instantes, y con ella las voces y gritos, de suerte que vino a formarse allí otra confusión de lenguas como en la torre de Babel.

Los clientes del gran taller, en viendo que aquel nublado amenazaba desatarse, si no en rayos y truenos, por lo menos en un aguacero de palos y mojicones, tuvieron la feliz idea de escurrirse a tiempo, dejando en los mayores aprietos al pobre barbero.

En resumen, la policía, para calmar el alboroto y prevenir demasías, dispuso cuerdamente que se quitase la causa, o sea el arrogante letrero; y fue entonces cuando todos se fijaron en el vecino que antes había salido en carrera, el cual acababa de escribir sobre la pared del taller en caracteres muy gordos el siguiente rótulo, que fue saludado con estrepitosos aplausos:

«La Mejor Barbería de esta Esquina»

Amilanado, cariacontecido y meditabundo quedó el infeliz barbero, viéndose en un momento despeñado de la considerable altura de fanal del mundo a la humilde condición de candil de encrucijada!

Tal es el castigo que suelen tener los que se andan por las nubes de la vanidad y del orgullo, y cuanto más alta haya sido la subida, mayor será la caída, sin que valgan para curar estos porrazos las tinturas ni los ungüentos, sino una buena dosis de resignación y firmes propósitos de enmienda.

1916.

LA VENGANZA DEL ALCALDE

En la plaza de cierto pueblo había un guamo muy frondoso, a cuya sombra se reunían los vecinos por las tardes y en las noches de luna en amigable tertulia, sentados en sillas que llevaban de las casas más inmediatas, pues en torno del guamo no había sino el suelo de tierra mondo y lirondo. Todos deseaban que se pusiese allí un escaño para mayor comodidad y como principio de una glorieta o cosa parecida; y tanto porfiaron, hasta que el Alcalde vino en ello, y lo mandó construir para dar gusto al pueblo y perpetuar su nombre con alguna obra de progreso.

Llegó por fin el día de colocar el deseado escaño, lo que se hizo un sábado, reservando la solemne inauguración para el otro día, o sea el domingo, después de misa, en que habría suficiente concurso de gente. Pero el hombre pone y Dios dispone: no sabía el bueno del Alcalde lo que es el público cuando se constituye en perito para hacer la crítica de una obra cualquiera: *tot homines, quot sententiae.*

Verdad que muchos aplaudieron la mejora, pero fueron más los reparos y tachas que las voces de mero aplauso.

Habló el señor Cura, y dijo: —Mejor estaba el guamo sin escaño, porque ahora va a convertirse en un foco de irreverencias frente al templo.

—¡Valiente cosa! dijo un maestro albañil, hacer un escaño de madera para la intemperie. Eso es pan para hoy y hambre para mañana.

—¡Esto nos faltaba! exclamó un padre de familia, ahora

los niños lo van a pasar de ociosos sentados en la plaza.

—Pero en qué cabeza cabe pintar el escaño de verde: mejor habría quedado pintado de azul, dijo un pintor de brocha gorda.

—Y ahora dónde pensará el señor Alcalde que pongamos las bestias los días de mercado, si se coge la sombre del guamo para poner este armatoste, dijo mal humorado uno de los muchos labriegos que por allí había.

—¡Per Dio santo! questo es duro como un banco di penitencia, dijo un italiano después de haber dado algunas palmadas sobre el escaño.

Y fueron llegando todos los vecinos atraídos por la novedad del caso, y dando cada uno su opinión. Huelga decir que no había dos pareceres iguales: unos que muy angosto, otros que muy ancho; estos que debía tener el frente para acá, y aquellos que para allá; y mil opiniones distintas.

El boticario del pueblo, que también oficiaba como protomédico, y que a la sazón estaba leyendo en su casa un tratado sobre la teoría microbiana, en viendo el escaño, dijo para sus adentros, aquí no peco, y ante buen número de cándidos oyentes condenó la obra del Alcalde como perjudicial a la salubridad pública:

—De hoy en adelante la sombra del guamo será peligrosísima, será un verdadero centro de contagio, porque todas las enfermedades irán dejando en el escaño una plaga de microbios!...

Y el sacristán se quejó contra el Alcalde, porque ponía escaño en la plaza, cuando la iglesia carecía de asientos; y un viuda cargada de hijos, echó pestes contra el mismo empleado, porque malgastaba la renta en cosas superfluas, habiendo en el pueblo tantas necesidades por socorrer.

BIBLIOTECA NACIONAL VENEZUELA

Pueblo chico, infierno grande. A oídos del Alcalde llegaba el eco de cuanto se decía sobre el escaño, con añadiduras y comentarios; de suerte que ya con la tarde tenía encendidas las orejas, y aunque manso de condición, estaba cargado como un trabuco, pronto a reventar con una alcaldada. Sin embargo, esperó con heroica tranquilidad a que acabara el día y el pueblo se entregase al sueño, para tomar providencia entre gallos y media noche. Nadie podía imaginarse lo que pensaba el enojado Alcalde.

El domingo por la mañana, ¡gran sorpresa! El escaño había desaparecido, y en su lugar encontraron los vecinos tendido en el suelo un enorme tronco de corozo, erizado de espinas, con este letrero muy visible:

Para que se siente el respetable público,
mientras se hace un escaño al gusto de todos.

1917.

MINIATURAS

EL LAUREL Y LA VIOLETA

Quiso la casualidad que juntos crecieran en pobre y retirado jardín el laurel y la violeta.

—Qué esquiva eres, modesta flor, dijo a la violeta el gallardo y altivo laurel. Jamás te admiro de cerca, siempre huyes y te escondes de mi vista.

—No tal, replicó la sencilla planta, pues recuerdo haber vivido contigo, en estrecho consorcio tus ricas palmas y mis flores.

—Tú!... la violeta, haber vivido conmigo!... Deliras, inocente flor. No me has dicho muchas veces que huyes de mi porque te ofenden mi arrogancia y esplendor? Dime, pues, dónde han podido entrelazarse alguna vez la tímida violeta y el laurel soberbio?

—¿No lo recuerdas? En la frente del Mariscal de Ayacucho.

LAS TRES LAGRIMAS (*)

Cayó sobre los pétalos de una flor, apenas entreabierta, una brillante gota de rocío, que dijo suplicante:

—Vengo de los ojos de un niño, y quiero vivir oculta en tu cáliz perfumado. No me deseches florecilla amada, que soy lágrima de candor y de inocencia.

Cierta avecilla hermosa, que por allí cerca bañaba su pintado plumaje en las ondas cristalinas de un arroyo, alza rápidamente el vuelo, revolotea en el espacio, trinando con dulzura, y deja caer sobre la misma florecilla otra gota de rocío, tan brillante como la primera, que de este modo le dice:

—Soy lágrima de ternura y de alegría, y te ruego, florecilla amable, me alojes también en tu cáliz perfumado.

Llena de gratitud y de bondad, iba a contestarles la tímida flor cuando de lo azul del firmamento cae sobre sus pétalos otra lágrima brillante y hermosa, que le hace con voz angelical la misma súplica:

—Yo vengo de lo alto a vivir en tu casto seno: no me deseches tampoco, florecilla amable, porque soy lágrima de piedad y de esperanza.

Surge radiante el sol en el oriente; y las tres lágrimas tiemblan en su presencia, porque amenaza consumirlas con el fuego encendido de sus rayos.

(*) Escrito en el álbum de mi hija María Teresa

Entonces la florecilla hospitalaria, meciéndose gallardamente sobre su esbelto tallo, entreabre con inefable goce sus delicados pétalos, y las tres lágrimas brillantes y hermosas, se albergan tranquilamente en el cáliz perfumado de su bella protectora.

Que sea tu corazón, hija mía, como el seno virgen y fragante de aquella florecilla, y que en él guardes siempre estas tres lágrimas sublimes que pido al cielo sean las únicas que viertan tus ojos.

Lágrimas de candor y de inocencia.
Lágrimas de ternura y de alegría.
Lágrimas de piedad y de esperanza!

AVECILLA ERRANTE

Avecilla misteriosa que vuela siempre sin posarse jamás, avecilla errante, esquiva como ninguna otra ave, a quien rinden vasallaje las flores, los céfiros, las fuentes y los ríos.

El sol la busca para acariciarla con sus rayos de oro, y la luna la cubre con sus lampos de plata en las noches perfumadas.

La conocéis? El pobre mortal la adora y la sigue hechizado; corre tras ella lleno de esperanza, se rasga los pies con zarzas del camino, consume todo su genio, encallece sus manos en rudas labores, afronta los mayores peligros, obra prodigios de valor e inteligencia, todo por darle alcance, pero la avecilla misteriosa vuela sin posarse jamás.

En sueños creí tenerla en mis manos, la estreché contra mi corazón y poniendo mi frente bajo sus alas resplandecientes, le pregunté anhelante:

—Quién eres?

Y la misteriosa avecilla con una voz más dulce que el sonido de una arpa angelical, me respondió al oído:

—Yo soy tan vieja como el mundo. Cautiva estuve en manos del primer hombre, pero cuando éste faltó a su Dios, yo hui espantada del Paraíso, y desde entonces vuelo errante por toda la faz de la tierra sin detenerme jamás.

—Pero cuál es tu nombre?

—Yo soy la felicidad.

Y esquiva como ninguna otra ave, la errante avecilla continuó volando, volando siempre, sin posarse jamás!

POR TIERRA Y POR AGUA (*)

La lengua era intérprete del corazón, publicaba sus mensajes, revelaba sus secretos, desempeñaba, en fin, las funciones que le estaban atribuidas, todo con envidiable precisión y exactitud. Era la edad de oro del sentimiento.

Pero como todo cambia en la vida, empezó la lengua, movida por sugestiones de la cabeza, a falsificar de tal suerte los *productos* del corazón, que éste daba saltos y se retorcía dentro del pecho, viendo que no eran suyos los sentimientos que expresaba, sino hechuras del cálculo o meras inventivas de la caprichosa imaginación.

Así las cosas, viose el corazón en el caso de buscar una vía más segura, un camino que lo librase de la mala fe de la cabeza, principalmente en los asuntos más graves e íntimos de su vida.

Por experiencia debes saberlo, querido lector; cuando lo que quiere expresarse es el verdadero sentimiento, la garganta parece que se anuda y la lengua enmudece, porque de hecho se abandona esta trajinada vía, que es la de tierra.

Pero en cambio, brilla en los ojos una lágrima, que cual onda de oculto y misterioso lago, trae algún secreto del corazón, alguna página inefable de verdadero sentimiento.

Dudemos, pues, de la lengua, porque la correspondencia íntima del corazón viene por agua, navega en las lágrimas.

(*) Esta miniatura se publicó en El Lápiz en 1885, y se reproduce ahora con algunas variantes.

MISTERIOSA ESTRELLA

Hay una estrella en el cielo que no figura en los textos de astronomía ni en las cartas celestes, no obstante ser la estrella de que más se habla, y las más querida y deseada de los hombres.

Estrella de dos faces, una ópaca y otra brillante; estrella de movimientos tan vagos y caprichosos, como los del cometa más excéntrico y vagabundo.

Estrella loca, sin oriente ni poniente, que, cuando sale, sale por donde se le antoja, y que a lo mejor del tiempo se apaga y nos deja a oscuras.

Estrella que el telescopio no aprisiona, ni los sabios han podido someter a estudio.

Estrella que tiene tantos satélites cuantas criaturas hay en la tierra, pues todos giramos en torno de ella, cantando o gimiendo, según la faz que nos muestre.

Es la misma estrella que tú persigues, oh lector, desde el observatorio ideal de tus aspiraciones, la estrella que siempre se levanta a tus ojos en el horizonte de la existencia, ora risueña y hermosa como un sol de primavera, ora apagada y triste como una luna de invierno.

Es la estrella más ingrata de todas las estrellas; la estrella simbólica que rige el destino de la vida; en una palabra, la estrella fugaz de la Fortuna!.

LA LEYENDA DEL PAPEL

La piedra, el ladrillo, el cobre, la madera y otras materias sobre las cuales se escribió primitivamente, eran harto ásperas y pesadas.

El pensamiento se reclinaba en ellas a dormir tristísimo sueño en medio de la soledad y el silencio.

La palabra que llenaba por un momento el espacio, la voz del filósofo, el canto del bardo, todo puede decirse que moría con el último eco.

Un día el pensamiento llamó a las puertas del cielo: los ángeles escucharon con atención.

—Mi vida es muy triste, les dijo; desde la estrecha cárcel donde habito sobre la tierra, yo envidio el curso de los ríos, el vuelo de las aves y la ligereza del viento; quiero correr, volar, difundirme como la luz por todas partes, pero no tengo medios. Si todo bien aquí se encierra, oíd mi súplica, dadme medios y fundaré mi imperio.

Y cuéntase que entonces un ángel generoso y bello, movido a compasión, dejó caer sus alas sobre la tierra.

Este es el origen del papel, vehículo de la idea, bajel precioso que la lleva en triunfo sobre el oleaje del mundo, espejo del alma, campo, en fin, donde diariamente caen, como lluvia bendita, los pensamientos del poeta y las investigaciones del sabio.

Dos hojas se han disputado siempre la preponderancia de las naciones: la hoja de acero, que lucha en la oscuridad pavorosa de la guerra; y la hoja de papel, arma de la civilización, que conquista en pleno día.

La primera pasa por el mundo, agitando las pasiones y sembrando el exterminio.

La segunda recorre el planeta, vestida con los colores del iris, publicando con trompa de oro las maravillas del arte y los milagros del talento.

¡Mil veces salve, celestial invento!.

TERCERA PARTE

EL COLLAR DE SALOME

Entre las antiguas ferias de España, era notable la de Ciudad Real, que se celebraba el 15 de agosto, día de Nuestra Señora de la Asunción. De muchas leguas a la redonda acudía gente atraída por la riqueza de las mercaderías y manufacturas que en ella exhibían los judíos y moriscos, casi dueños, antes de su expulsión, de la industria y comercio de la real villa fundada por don Alfonso el Sabio.

Ciento treinta torres y ocho puertas tenía la ciudad; y por cada una de estas puertas entraban desde la víspera multitud de peregrinos, llevados unos por el cebo de los negocios, otros por tradicional devoción a la milagrosa imagen de Santa María del Prado, y casi todos por un deseo mixto de pasar el tiempo a lo divino y lo humano, o sea con un pie en la gótica iglesia y otro en los toldos de la ruinosa feria.

Entre las personas que visitaron la feria del año 1604, nos fijaremos en dos aldeanas de muy diferente edad; de rostro senil la una y jovencita la otra, de ojos negrísimos, tez trigueña y delgadas formas, fiel trasunto de las guapas morenas del Genil. Esta salerosa aldeana, que con tímidos pasos avanza por las calles de la ciudad, ignorante de su triunfal belleza, esa es Salomé, protagonista de esta historia, huérfana de padre y madre, quien por primera vez asiste a la feria, más por femenil curiosidad que por cualquier otro motivo, criada en el campo con el santo recogimiento de la doncella cristiana.

No tenía más allegados que la rústica tía que la acompañaba, ni más patrimonio que un apartado cortijo con algún rebaño, que ella misma pastoreaba por breñas y malezas,

siempre con ánimo varonil y olvidada de la pompa y vanidad del mundo. Con el objeto de instruirla en prácticas religiosas para que hiciese la primera comunión, fue mandada por sus padres a Ciudad Real, en calidad de doméstica de una piadosa señora, con la cual vivió más de dos años, temporada que comunicó a sus modales y pensamientos cierto airecillo de cultura urbana, que hizo más amable su trato y conversación.

Ya para morir su buena madre, incorporóse un día en el lecho, y tomando las manos de Salomé entre las suyas, le dijo con inefable ternura:

—Mira, hija, nada tengo que dejarte en dinero, porque la pobreza no nos ha permitido ningún ahorro, pero en la punta de este pañuelo está la gargantilla que tú conoces, única joya que hemos tenido. Te encargo la cuides mucho y la conserves como una reliquia. Es un recuerdo de tu padre, a quien Dios tenga en santa gloria. La trajo de América cuando fue de criado de un Capitán que pasó de estos reinos a la isla de Cubagua. El la tenía en gran estima, y me la colgó al cuello como regalo de bodas, con admiración de cuantos se hallaban presentes. Si el cielo te depara un buen novio, como lo pido con toda el alma, adórnate con ese collar el día de tus bodas, y serás feliz, como yo lo he sido en mi matrimonio.

Enterneciose Salomé al oír las palabras de su moribunda madre y recibir la joya, que era a la verdad muy rara y valiosa, resaltando aún más su riqueza en manos de tan rústicas y humildes poseedoras. Sabido es que las perlas de Cubagua, Coche y Margarita rivalizaron en el siglo XVI con las afamadas del Oriente por su gran tamaño y hermosura. No serían las de Salomé, de precios fabulosos como los de Cleopatra, pero sí valiosas de muchos miles de reales por su tamaño y finísima calidad, acaso de las últimas que por aquel tiempo ofreciera el mar Caribe a la codicia de los pobladores de Nueva Cádiz, el primero y fugaz emporio de las riquezas naturales de Venezuela.

Volviendo al collar, aquellas sencillas aldeanas siempre lo tuvieron muy oculto, como reliquia de familia y talismán de ventura sin que las hubiera tentado la codicia del mucho dinero que podía valer. Circunscritas sus aspiraciones al agreste retiro en que vivían, bastábales el cortijo, con su huerta y rebaño, para la diaria subsistencia. Mujeres dignas de la bendita Arcadia.

Salomé guardó el collar desde aquel día en el fondo de su baúl con mil precauciones de seguridad. Allí lo veía y admiraba cada vez que sacaba su ropilla de gala para ir los domingos a la vecina aldea. Era una tentación constante; y tantas veces va el cántaro a la fuente que al fin se quiebra. El ruido de la próxima feria despertó, en tía y sobrina un deseo vehemente de ir a Ciudad Real, como lo hicieron, dejando el cortijo, en su ausencia, a cargo de una buena vecina.

Al sacar sus mejores prendas de vestir y dar con el espléndido collar, la simpática pastorcilla tuvo un vanidoso deseo: creyó llegada la ocasión de lucir la joya, deseo muy natural en una chica que más de una vez se había oído llamar hermosa y que de hecho lo era en demasía. Con mano trémula hizo la prueba, poniéndose a solas el collar. Brillaron las margaritas a plena luz con magnífico oriente, y más brillaron todavía los bellos ojos de Salomé, al verse ante el espejo de tal suerte ataviada. La resolución no se hizo esperar, entrando desde luego la bellísima joya en el lío de viaje.

De tentación en tentación. Al dejarse ver en las calles y plazas de Ciudad Real, no pocas personas pusieron sus ojos en el collar, y más los mercaderes, en las tiendas que visitaba Salomé para recrearse contemplando la infinita variedad de objetos de lujo y artificiosa invención que sólo allí podían verse en tiempo de feria.

Un joven judío, cuyos ojos relampaguearon de codicia ante el collar de la pastora, abre un cofrecillo repleto de oro ante la inexperta joven, diciéndole sin ningún preámbulo:

—Mira, zagala, te doy por esa gargantilla cuantas monedas puedas sacar tú misma de este cofre con la mano derecha.

—¡Un puñado de escudos! ¡Jesús, cuanto oro! exclamó alucinada la tía, sin poder contener su asombro, no acostumbrada a ver en junto tanto oro acuñado, a tiempo que Salomé, sonriendo con desdén, desechaba la propuesta en términos muy corteses.

—Te doblo la oferta. Sacarás dos puñados de oro, uno tras otro, ¿Aceptas?

—Tampoco hago negocio, contesta la joven con gran impavidez.

—A más del oro, te daré un vestido completo de seda, que ha de sentarte, como a una reina. Mira qué gran primor.

Y el judío extiende a vista de la sencilla aldeana, que enmudece de asombro, un riquísimo traje carmesí, de legítima seda de Granada, con sus blondas y brocados de finísima hechura. El joyero la creyó vencida, pero vuelta en sí Salomé del momentáneo deslumbramiento, sacude pausadamente la cabeza en señal de negativa.

—¡Hola! estimas en mucho tu collar. Habla con franqueza, ¿Cuánto pides en moneda corriente?

—Perdeis el tiempo en ofertas. Nada pido, porque no he de vender jamás mi gargantilla.

Sorprendidos quedaron el joyero y los circunstantes de la firme y rotunda negativa de la zagala, sorpresa que tuvieron asimismo otros mercaderes al hacerle propuestas semejantes, con el codicioso interés que inspiraba el esplendor de las perlas.

No se escapaba a Salomé, que podía ser objeto de suposiciones maliciosas respecto al origen de la prenda y modo como hubiera llegado a su propiedad. Tanto por esta justa consideración, como por esquivar las tenaces y escudriñadoras miradas que por todas partes le dirigían, haciéndole salir los colores a la cara, resolvió quitarse la pesada gargantilla, y ocultarla, como lo hizo, en el bolsillo de la falda, sintiéndose con ello aliviada del continuo bochorno y en condiciones de continuar visitando la feria sin rémoras ni inquietudes.

Hechas las compras, insignificantes por demás, tía y sobrina salieron de la feria con ánimo de volver temprano a la posada donde habían pernoctado, que distaba buen trecho de la ciudad. Detúvose Salomé extramuros para guardar, junto con la gargantilla, los menesteres de costura que había comprado, agujas, alfileres, bombones, y otras menudencias, acabando de repletar el bolsillo de su pañuelo de manos.

—La noche se nos viene encima, díjole la tía, bueno será correr un poco, si te parece.

—Pues, si su merced está dispuesta no hay por aquí mucha gente que nos vea.

Y esto diciendo, regazóse la falda la pastorcilla con singular donaire, y haciendo lo mismo la otra aldeana, iban ya a lanzarse a todo paso por las vueltas del camino, cuando las detuvo el sentir detrás fuertes pisadas de caballos. Era una noble dama, ricamente ataviada, en vistoso alazán, con arneses chapeados de bruñida plata, que volvía de Ciudad Real a su castillo, acompañada de dos pajes también a caballo, cubiertos con muy lindas y costosas libreas.

Las aldeanas que se habían hecho a un lado de la senda, continuaron su camino a todo paso, hasta entrar jadeantes en la posada, donde se sentaron a descansar, satisfechas de haber llegado con plena luz del día.

¡Pero, oh crueldades del destino! Al registrarse el bolsillo la doncella para ver con calma las chucherías compradas en la feria, da un grito de dolorosa sorpresa.

—¡Virgen Santísima!... ¡Mi collar!...

El golpe era despiadado y terrible. La faltriquera estaba algo descocida en el fondo, y todo había desaparecido, menos el pañuelo!...

Sin pérdida de tiempo, casi fuera de sí, la joven sale a toda prisa, acompañada de la tía, a desandar el camino hecho, mirando por el suelo con indescriptible ansiedad, entre lágrimas y sollozos, volviendo hasta la puerta de la ciudad, pues hasta allí estaba cierta que existía el collar en su bolsillo. Todo fue en vano.

Por el sendero especial que conducía a la posada, con nadie se había tropezado, pero por el camino real sí transitaba alguna gente. Con semblante angustiado, había preguntado a los viandantes por su rica gargantilla, hallando compasión en unos, burla en otros y sorpresa en todos los que la oían hablar de oro y perlas de gran valor, siendo en apariencia tan humilde aldeana.

Tonos grises y melancólicos vinieron a empañar el brillante colorido de las nubes, llamas de incendio cubrieron el ocaso, y junto con el último canto de las aves, resonó por valles y colinas el eco solemne de las campanadas del *Angelus*. Los caminantes se detiene en silencio para orar a media voz; y las sombras de la noche, más negras y tristes que nunca, caen como una capa de plomo sobre el corazón de la infeliz doncella, doblegándola por fuerza ante la fría y dolorosa realidad. ¡Su collar perdido!... Temerosa de verse sola por aquellos parajes, cerrada ya la noche, torna con presteza a refugiarse en la posada, regando de nuevo con lágrimas de intensa pesadumbre aquel camino de su mala ventura.

Un alcalde de la Hermandad que hacía ronda por allí supo aquella misma noche en la posada la pérdida del collar; y movido a compasión ante el llanto de Salomé, prometióle desde luego, con noble solicitud, dar el aviso del caso a los ministros de la justicia, lo mismo que a los joyeros y comerciantes de Ciudad Real para que estuviesen advertidos, en cuya diligencia ofrecía poner el mayor empeño, con lo que atenuó la aflicción de la joven, haciéndola concebir un vislumbre de esperanza.

.....

No sólo el tiempo que todo lo modifica en breve, de tejas para abajo, sino nuevas y muy vivas impresiones vinieron a calmar un tanto el ánimo de Salomé, quien veía en esta inesperada desgracia un justo castigo por haber desoído los consejos y recomendaciones de su moribunda madre, la cual nunca sacaba a lucir el collar por temor de perderlo. La belleza de la pastora traía ya en tiernos suspiros y hondos pensamientos a más de un enamorado mozo del lugar, entre ellos al hijo de un rico molinero, en cuyo pecho hacía estragos la chispa misteriosa del amor, chispa que había encendido no menos el corazón de la bella pastora, rindiéndola hasta prometer su mano y su suerte al afortunado galán.

¡Oh, pero al pensar Salomé en su próxima boda, el llanto inundaba sus ojos, al pensar también en su magnífico collar! ¡Era el día de lucirlo, según el encargo de su cariñosa madre!

Pasados dos meses, Salomé se dispuso para hacer otro viaje a Ciudad Real, a fin de saber del alcalde el resultado de las pesquisas hechas, con la esperanza de que hubiese aparecido su collar. Haría una vía y dos mandados, porque pensaba ir también a Almagro, para cumplir antigua y piadosa costumbre de sus mayores, llevando oraciones y ofrendas a la Santísima Virgen del Rosario, expuesta durante el mes de octubre a la veneración de los fieles en la capilla del Convento de la citada ciudad, en donde acudía toda clase de gente, en numerosa romería, por ser muy arraigada la devoción en toda la comarca.

Según el itinerario, debían tocar primero en Almagro, a donde llegaron en efecto, dirigiéndose allí mismo a la Capilla del Convento que a la sazón se hallaba solitaria. Con la timidez propia de las campesinas, acercáronse tía y sobrina al mesón donde estaba colocada la milagrosa imagen entre luces y flores. Por una de las ojivas del templo penetraba un rayo de sol, celestial destello que iluminaba el rostro amable y dulcísimo de la Reina de los Angeles.

Depositaron sobre la alfombra frente al trono los ramos de flores, encendieron la vela que llevaban prevenida y puestas de rodillas, se disponían a rezar, cuando de súbito levántase Salomé, como tocada por un resorte. Acércase más al mesón con los ojos fijos en la imagen, exclamando llena de confusión y de alegría.

—¡Mi collar, Virgen Santa!...

—¿Qué dices? muchacha, le pregunta la tía, levantándose también.

—¡Véalo, su merced! Allí, allí en el pecho de la Santísima Virgen.

A las voces y ademanes de las aldeanas, acude el fraile que cuidaba del templo en aquella hora.

—Perdóneme, padre, le dice Salomé en viéndole llegar. Hace dos meses que perdí mi collar de perlas...

—¿Y bien?

—Que mi collar es el mismo que tiene en el pecho la Santísima Virgen.

—¿Tuya es esa prenda de tanto valor?

—Si no me engañan los ojos, es el mismo que perdí en la feria de Ciudad Real.

—¡Ah!, exclamó el fraile con grandísimo asombro mirando de hito en hito a la zagala. Espera aquí, que voy al punto a llamar al P. Guardián.

En tanto se aleja el religioso, a paso precipitado hacia el interior del Convento, volvamos atrás por un instante, para saber el porqué se hallaba en aquel sagrado recinto la extraviada joya.

El P. Guardián había ido a Ciudad Real con el objeto de predicar el día de nuestra Señora de la Asunción; y, cuando regresaba en la tarde a su Convento, vio brillar algo en el suelo, momentos después de haber pasado por el camino, aquella rica dama con sus pajes, de que ya hemos hablado. Al apearse de la mula, quedó sorprendido de la riqueza del hallazgo. Con toda verosimilitud, creyó allí mismo que la gargantilla debía ser de la noble señora que lo precedía. Montando de nuevo a toda prisa, apuró el paso con ánimo de seguir hasta su propia morada, distante dos leguas, como lo hizo llegando casi de noche al castillo de los Condes del Valle Hondo.

Fue recibido con el agasajo y miramientos que merecía un religioso de las virtudes que adornaban al P. Guardián, holgándose más la Condesa de tal visita, por haber tenido ocasión de oírlo predicar en la mañana de aquel mismo día, bajo la extensa bóveda de la Catedral de Santa María.

Admiróse luego de saber el hallazgo y ver la rica joya que se le presentaba, y no menos admirado quedó el Revdo. Padre al saber que no era de la Condesa, quien continuaba mirando y remirando la espléndida gargantilla con femenil entusiasmo, ponderando el tamaño y fineza de las perlas.

En resumen, después de largos comentarios sobre el caso, entre el predicador y la noble señora, quedó convenida ésta en averiguar entre las damas de la nobleza cuál era la de la pérdida. Vuelto a su Convento el P. Guardián, tuvo la feliz

idea de acuerdo con el superior, y sin perjuicio de las averiguaciones que por su parte hiciese la Condesa, de exhibir la joya en la Capilla, adornando con ella temporalmente la bella imagen de la Santísima Virgen del Rosario, porque en reconociéndola su legítimo dueño, el reclamo no se haría esperar.

Todo esto lo supo Salomé allí mismo, de labios del P. Guardián, quien a su vez oyó de labios de la zagala la historia del collar, sin que hubiese la menor duda sobre la propiedad que ésta alegaba, llena de la más viva alegría.

—Pues, hija, da gracias a la Santísima Virgen por el feliz hallazgo de tu collar; y en el uso de que de él hagas en lo sucesivo, recuerda siempre con santo temor que ha estado por muchos días en el pecho de nuestra Santa Madre.

—Y siempre lo estará, mi Padre.

—¿Qué dices, muchacha?

—Ya que Ella me lo depara otra vez, no quiero estar expuesta a tentaciones e inquietudes. Así es que no le quitaré yo el collar de su santísimo pecho, donde me ha parecido más bello que nunca; y por eso le hago donación de él desde ahora y para siempre.

—¿Sabes acaso lo que regalas? Para tu humilde condición, ese collar representa una fortuna. Reflexiona mucho antes de dar un paso de que luego puedas arrepentirte.

—¿Arrepentirme de regalarlo a la Sma. Virgen? Jamás. Mi buena madre me dijo que este collar me haría dichosa; y qué más dicha que tenerlo guardado en un cofre tan lleno de gracias como el pecho de la Santa Madre de Dios? Allí será mi tesoro y mi fortuna. En tantas angustias y necesidades como se padecen en el mundo, le iré pidiendo a la Sma. Virgen por cada perla un consuelo o un favor. ¿No le parece bien, mi Padre?

—Bendiga Dios, hija, la santa sencillez de tu corazón, y conserva siempre la fe ciega que tienes en los favores de nuestra Sma. Madre.

—Dios lo oiga, mi Padre. Sólo una condición quiero yo poner.

—Bien puede imponer condiciones, quien regala con tanta liberalidad.

—Quisiera lucir el collar una sola vez, dijo Salomé bajando los ojos.

—Cuando lo quieras, hija. Pero, vamos. ¿Cuándo será esta vez?

La zagala inclinó más la cabeza, llena de vergüenza; pero la contestación no se hizo esperar de labios de la tía.

—Quiere ponérselo el día de la boda, mi Padre, que ya está cerca.

—¡Oh, hija, santo y bueno! La Sma. Virgen te prestará gustosa el collar para ese día, y velará siempre por la felicidad que bien mereces.

Como demostración de júbilo por este rarísimo acto de piedad, del que resultaba favorecida la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Rosario, el P. Guardián mandó encender los grandes cirios que rodeaban su trono, y cantar en el Coro una Salve, acompañada del órgano. Pronto las notas armoniosas y las voces del canto llenaron el sagrado recinto. A la luz de los cirios, brillaron las margaritas con suavísimo fulgor, a tiempo que Salomé, en místico arrobo y al través de sus lágrimas, creía ver en la hermosa faz de la Reina de los Cielos una sonrisa inefable de agradecimiento e infinita ternura. Era feliz.

.....

La historia del collar de Salomé, corrió de boca en boca, por todo el lugar, provocando juicios muy diversos. Era para unos acto de simplicidad e ignorancia, para otros, obra de la superstición y el fanatismo, y para los más un rasgo no común de piedad y desprendimiento. El deseo de conocer a la heroína, hizo que su matrimonio fuese para la aldea un día de júbilo, por la mucha gente que acudió de los contornos.

Aquel mismo día, al rayar el alba, habían salido de una venta dos personajes que tú bien conoces, lector, por ser los más célebres que al través de los siglos ha producido la Mancha, teatro de esta fidelísima historia. Caminaban a la ventura, gozando del fresco matinal y en amigables coloquios, cuando divisaron a lo lejos un largo desfile de aldeanos, que venían por el mismo camino que ellos llevaban, precedidos por algunos pastorcillos que tocaban rabeles, tamboriles y zampoñas.

—Paréceme, señor, dijo Sancho, que aquel debe de ser el matrimonio del mozo molinero y las pastora Salomé, de que tanto se hablaba anoche en la posada.

—Dichosísimo encuentro, si así fuere, dijo D. Quijote, empinándose en los estribos para ver mejor, porque esto sería inequívoca señal de buena ventura.

—Pero antes que lleguen, quiero me diga vuesa merced lo que piense acerca de la peregrina historia del collar, porque para mí tengo que es grandísima tonta la tal Salomé, pues viniéndole la fortuna a las manos por muy honrado conducto, como es la herencia, antes que aprovecharse de ella, la regala como cosa baladí, sin pensar que el que da lo que tiene a pedir se queda, y que más vale pájaro en mano que buitre volando.

—Tu parecer, Sancho, difiere tanto del mío como la noche del día, y duéleme tener que declararte el porqué de esta gran

discrepancia. Tu corto entendimiento, por desdicha, no sale nunca del estrecho círculo donde te aprisionan los sentidos del cuerpo; y por ello no alcanza a comprender ni admirar las cosas altas y sublimes que atañen a la esfera superior del espíritu. Pero echemos pie a tierra, para hacer el pleito homenaje, porque sería vituperable que un caballero lo hiciese a caballo.

—Por Dios, mi amo, cuidado con más pleitos, que con los pasados tenemos de sobra.

No lo atendió D. Quijote, porque ya se acercaba la comitiva, a la cual se dirigió con paso mesurado y respetuoso continente, dejando suelta la cabalgadura.

Suspendieron la música los pastorcillos, paralizados de miedo a vista de las armas y extraña figura del enjuto hidalgo, quien puesto de hinojos ante Salomé, le dijo estas o semejantes palabras:

—Bendigo al cielo, señora mía, que me permite llegar a vuestra graciosa presencia, cuando lucís ese invalorable cordón de perlas, radiante escala que os ha servido para llegar a la cumbre de la felicidad; pero más que el collar, maravillame descubrir en vos, señora, bajo el hábito de pastora, acciones y pensamientos dignos de una gran princesa. Si como caballero armado, mi primera y más estrecha obligación es correr el mundo, reparando injusticias, vengando agravios y socorriendo a viudas y doncellas desvalidas, obligación no menos rigurosa es para mí enaltecer y sacar a luz los hechos pleclaros de la virtud y el mérito, si bajo capa de humildad se esconden, levantándolos hasta ponerlos en la trompeta misma de la Fama, para ejemplo y regocijo del mundo. Por ello rindo mi espada e inclino mi frente ante vos, señora, en quien se aquilatan y resplandecen la modestia, la magnanimidad y la hermosura.

Acabado este discurso, con gran asombro de sus rústicos oyentes, apartóse el caballero a la vera del camino, con grandes y corteses reverencias, dejándoles libre el paso.

Siguió su marcha el jubiloso cortejo; y de nuevo tocaron los pastorcillos sus rabeles, tamboriles y zampoñas, difundiendo cadenciosos sones por las praderas y collados.

Y refiere la tradición, porque Cervantes no lo dice en su clarísima historia, no por olvido de este feliz encuentro, sino por atender de preferencia a las empresas más gloriosas del Héroe; refiérese, decimos, que al proseguir caballero y criado su incierta ruta, iba pensando Sancho, con gran lástima, en las yugadas de tierra, los rebaños, las piaras de cerdos y las aves de corral que pudiera haber comprado Salomé con el valor de la gargantilla; a tiempo que en la poderosa imaginación de D. Quijote, llena de encantamientos y bellos ideales, el oro y las margaritas de la codiciada joya tomaban, por obra de magia, la forma de imperial corona, destinada a ceñir la frente de la generosa aldeana.

(1920)

MEDIO REAL DE PREMIO

Cuento para los niños

Un preceptor de talento,
Bondadoso con los niños,
Antes de darle vacante
Quiso escucharles el pico,
Para saber de cada uno
La manera de pensar,
Ideando con tal objeto.
El modo más eficaz.

Con metálico sonido,
En la mesa de la escuela,
A la vista les arroja
Un puñado de monedas.

—Vamos, les dice, al punto
Echen sus gustos afuera,
Que voy a darles un premio
De medio real por cabeza.
Pero antes saber espero
Cómo lo van a gastar,
Que para decirlo tienen
La más amplia libertad.
Sin miedo, pues, ni vergüenza
Pueden decir sus proyectos
De lo que piensan hacer
Con este premio en dinero.

Nunca la bulla al silencio
Sucedió con más presteza,
Como al concluir el discurso
Del preceptor de la escuela.
Prorrumpen todos en gritos.
Nula fue la campanilla

Para aplacar la tormenta
De aclamaciones y vivas.

Al punto dijeron todos
Los proyectos que formaban.
¡Proyectos de medio real
Que sólo tiene la infancia!
Trompos, metras y boliches,
Frutas, dulces y... la mar!
Pues cada pilluelo hacía
Cuentas de gran capitán.

Y dijo uno, calculando:
—Yo lo gasto en alfondoques
Y si plata me sobrare
Hago un globo de colores.

Y otro muy grave replica:
—Eso prontico se acaba:
Compro soldados de plomo
Y un general con espada.

—Yo no lo gasto, lo guardo,
Dijo otro con mucho seso,
Porque vienen ya las pascuas
Y quiero comprar sombrero.

En la mente de los chicos
Un mediecito de plata
Es tesoro inagotable,
Que nunca, nunca se acaba.
Faltaba sólo un chicuelo
Por contestar en la rueda.
Era el más pobre de todos,
Pero el mejor de la escuela,
En cada rodilla, un roto,
Las patitas en el suelo;
La blusita, sin botones,
Y no gastaba sombrero.

Viendo que nada decía
Sobre el anhelado premio,
Sus compañeros trataron
De adivinarle el deseo.

A preguntas acosado,
Por fin les habló el chicuelo,
Recomendando, eso sí,
Le guardaran el secreto,
Porque era una gran sorpresa
Lo que el chico meditaba.
Soltando el grito les dijo,
Batiendo alegre las palmas:
—Yo voy a gastarlo en velas
Para alumbrarnos en casa,
Pues lo que gana mi madre
Para las velas no alcanza.

El preceptor, con justicia,
Distribuyó las monedas,
Una para cada chico
Y dos para el de las velas,
—Tu premio es doble, le dijo
En presencia de la escuela,
Porque has pensado en tu madre
Para aliviar su miseria.

Y cuentan que aquella noche,
Cuando en la casucha humilde
Se encendieron las bujías
Llorosa la madre oprime
Al hijo de sus entrañas
Para decirle al oído,
Con toda el alma en los labios:
—¡Dios te bendiga, hijo mío!...
Y el santo Angel de la Guarda,
De los niños mensajero,
La misma noche le trajo
Las bendiciones del cielo!...

(1971)

EDUCACION DEL ECO

Eran los buenos días del *Gato Negro*, una de las fondas más populares de Caracas, que bien pudo poner sobre su puerta la inscripción latina escogida por el hostelero Baulanger en 1765 para su casa análoga de París, origen del nombre Restaurant:

Venite ad me, omnes qui stomache laboratis, el ego resiaurabo vos.

Reina de las fondas de su tiempo, el *Gato Negro* era refugio de poetas románticos, de estudiantes sin pensión y de caballeros de capa caída; gimnasio de petardistas, paño de lágrimas de menestrales sin hogar y centro común de esparcimiento aún para gentes acomodadas, peligrosillo a veces, porque las disputas solían refrendarse con palos y mojicones. Allí las provocativas tostadas, de forma casi esférica, y agudísimos sectores de grandes tortas de casabe, agrupados en torno de cilíndricos envases, llenos de chocolate o de café con leche, según la descripción de un contemporáneo, cursante de geometría.

Tiempos de candorosa legitimidad en los productos industriales, de socorrida baratura en los precios del mercado y de confortante predominio del voluminoso jarro sobre la minúscula tacita en las mesas de comer, cuando el maíz tostado aún no se daba humos de bebida teiforme, invadiendo el receptáculo de las cafeteras.

En esos benditos tiempos, de menos trapo en las velas y más lastre en el fondo de la nave que nos lleva sobre las olas

de este pícaro mundo, platicaban alrededor de lustrosa mesa, en el *Gato Negro*, varios parroquianos, entre los cuales, por lo más viejo, se nombrará primero a don Pepe, caraqueño de cepa y espíritu, que jamás había perdido de vista la Silla del Avila. En su viaje más largo dizque había llegado hasta Guatire.

Lo que no quiere decir que don Pepe no fuera hombre de mundo. No lo había recorrido como viajero, pero el mundo todo había venido hasta él en las hojas de la prensa y en el trato de las gentes. De ingenio agudo y festivo, no era fácil que le metieran gato por liebre, porque en adivinando la intención, él se iba adelante siempre, metiendo tigre por venado.

Se hablaba en la rueda de las maravillas del eco, y cada quien refería algo sorprendente. Los que habían extendido sus viajes, pasando el gran charco, contaban cosas extraordinarias. Sólo don Pepe no decía esta boca es mía.

Allí se mencionaron varios ecos notables de Europa, verbigracia: El del patio del castillo de Simonette, cerca de Milán, que repite como cincuenta veces el estampido de un pistolazo disparado desde cierta ventana del piso superior. El de las dos torres de Verdún, las cuales están separadas una de otra por una distancia de cincuenta metros: el eco repite más de doce veces lo que se habla en medio de ellas. Otro de las cercanías de Heidelberg, Alemania, que convierte en sonoro y prolongado trueno el disparo de una pistola, fenómeno que también se observa en algunos sitios de los páramos de los Andes. El eco secreto y misterioso de la galería del templo de Girgenti en Sicilia, que hace perceptible detrás del altar mayor lo que se diga en voz baja al lado de la puerta principal, a una distancia de ochenta varas.

Otros ecos más se citaron, así naturales como artificiales; y don Pepe siempre callado.

—Han olvidado ustedes uno de los más antiguos y famosos, dice uno de los del corrillo: el de la tumba de Cecilio Metelo,

en Roma. Al decir del arqueólogo francés Boissard, en cierta ocasión repitió ocho veces, sin faltar una coma, el primer verso de la Eneida.

—¡Arieta! —dijo un español que se había acercado al grupo. —Pero eso es nada. En una plaza de Sevilla hay un eco tan fiel y puntual, que no sólo repite una a una todas las palabras, sino también las notas musicales de cualquier instrumento; lo que sugirió al director de una banda de música la idea de aprovecharlo para las retretas, combinando al efecto sobre el muro reflectante cajas sonoras, con tal habilidad y buen suceso, que bastaba tocar en la plaza un solo instrumento de cuerda o de viento, para que el eco hiciese dúo y acompañase produciéndose un verdadero y público concierto.

Todos miran al español con asombro, vacilantes entre asentir o protestar, en tanto que don Pepe continuaba mudo como una estatua, desmontando una pierna y montando la otra, cada vez que resonaba un nuevo eco.

—A ver, don Pepe, ¿cree usted semejante cosa?

—A pie juntillas lo creo, porque el eco es susceptible de educación

—¡Cómo así?

—Lo sé por experiencia. En los alrededores de Caracas, en mi propia quinta hay un eco especial, que se oye a distancia de una cuadra antes de llegar a la casa. Lo produce una de las paredes del edificio y es para mí un eco amigo, un inquilino invisible, que me sirve de compañero en las horas de soledad, cuando allá no está la familia. A fuerza de trabajo y de paciencia, he logrado educarlo, haciéndolo hablar más de lo natural. En estos días fui a dar una vuelta a la quinta, donde no hay por ahora ningún ser viviente, y al alejarme de la casa, me detuve como de costumbre, sobre una eminencia, desde la cual se oye mejor el eco, y allí grité con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Adiós! ... ¡Adiós!...

—No lo creerá ustedes, pero oí conmovido la contestación del eco, que al punto me dice claramente y hasta con cariño:

—¡Adiós!... ¡Adiós! don Pepe, que le vaya bien...

Todos sueltan la carcajada, menos el español, quien se encara con don Pepe.

—¡Caballero! ¿se burla usted?

—Nada de burla, señor mío. Un simple cambio de oficio: si en Sevilla educan el eco para músico, aquí en Caracas lo educamos para casero.

Pasando el español del enojo a la jovialidad, se acerca muy admirado a don Pepe, y dándole una palmada en el hombro, le dice con orgullo:

—Confieso, mi amigo, que la raza se ha refinado mucho al aclimatarse en los Trópicos.

(1920)

CADA COSA EN SU LUGAR

Para inicio, un cuadrito de costumbres a vuela pluma.

Muy común es advertir en el trato íntimo de las personas que nos rodean la manifiesta oposición de caracteres en punto a método o manera de vivir. De donde resulta un choque continuo, sobre todo en la vida doméstica, entre los que son ordenados en sus cosas y los que no lo son, motivo de dimes y diretes a cada paso y de contradicciones más o menos enojosas.

Puede decirse que el metódico lo es por naturaleza. Procura el orden y la compostura hasta en las trivialidades. Conserva y guarda cuidadosamente las cosas de su uso particular y también las del servicio común, sin alterar ni pervertir el destino que a cada objeto corresponde en la economía doméstica o profesional, según las circunstancias. Familiarmente se le da el nombre de *fundamentoso* al que de tal modo procede en los actos comunes de la vida.

El desordenado, por el contrario, aunque esté dotado de muy bellas cualidades en otro sentido, peca a cada instante contra la disciplina. Falto de previsión, todo lo deja para última hora. De aquí que en el momento preciso de hacer cualquier cosa, por ritual que sea, como el vestir y componerse, tira de aquí, hala de allá y bulle por todas partes, viviendo en continuo desbarahuste. Es el desbaratado, en una palabra, cuyo gran principio es este: «el que venga atrás que recoja y guarde».

Basta de observaciones preliminares y al grano.

Don Martín, padre de numerosa familia, era el prototipo del método, vivía siempre hecho un Argos, vigilándolo todo dentro de su casa, a fin de que cada mueble, cada utensilio, cada objeto tuviese un puesto fijo y determinado, lo que es indispensable para el buen régimen del hogar; pero tropezaba con el inconveniente de la disparidad de genios, que dividía a su familia en dos bandos bien definidos: los conservadores tradicionalistas y los liberales reformistas.

Entre los útiles que celaba con más cuidado, figuraba un martillo antiguo, cuyo puesto oficial era un esquinero en el aparador. Esto no evitaba que el instrumento anduviese a veces de aquí para allá por toda la casa. Pero en advirtiendo don Martín el desaparecimiento, ardía Troya. Braveaba de lo lindo, y el martillo volvía a su puesto en el acto, traído de los aposentos, de la cocina, del huerto o de dondequiera que estuviese rezagado.

Sucedió, pues, que en uno de los primeros días del año, fue don Martín a fijar en la pared el nuevo almanaque. Extendida la gran hoja y provisto de tachuelas, pide el martillo. Tras corto silencio, óyese en el interior algún ruido de pasos. Repite la orden con más fuerza, y los pasos se convierten en carreras, pero nadie asoma. Por tercera vez grita autoritariamente. Una voz temerosa le contesta entonces:

—¡Es que el martillo no aparece!...

Sulfúrase don Martín y estalla como una bomba. Los oficios domésticos quedan desde luego en suspenso, porque todo el mundo, de puertas para adentro, se ocupa en solicitar el martillo, revolviendo la casa sin dejar rincón ni paraje donde no lo buscasen como aguja. Pero esta vez el martillo no aparece, a pesar de haberse agotado todas las diligencias.

De la justa cólera tuvo don Martín que pasar por fuerza a la conformidad filosófica que imponen los hechos irremedia-

bles. Con paciencia heroica, digna de la santidad, viose en el caso de fijar el almanaque, valiéndose para ello del martillo que usó por primera vez en el Paraíso nuestro padre Adán, esto es, una piedra cualquiera cogida en el huerto.

Era lógico, en previsión de un olvido, solicitar el martillo fuera de la casa, ya que en el interior de ella estaban agotadas las diligencias. Don Martín manda, en efecto, a la casa vecina de más confianza, a preguntar si por casualidad lo habían pedido en préstamo, cosa que solía acontecer. Fue portador del recado un chico, y dicho se está que tal correo de gabinete no era el más a propósito para escogitar los términos del mensaje ni para obrar con la diplomacia que exigía la delicadeza del asunto.

Resultado: que el ama de la casa vecina señora un tanto quisquillosa, no recibe de buen grado la averiguación, protesta contra la ofensa que se le irroga, suponiéndola detentadora del martillo.

—Dígale a don Martín que nos extraña mucho su reclamo, porque aquí nunca nos hemos alzado con cosas ajenas. Que lo que le hemos prestado se lo hemos devuelto en seguida.

El asunto subía a mayores. Había provocado el conflicto con una potencia amiga. Fue menester que la propia esposa de don Martín se pusiese el pañolón y saliera en el acto, en calidad de enviada extraordinaria, a dar explicaciones y restablecer la buena armonía entre ambas casas.

Y corrió una semana, y pasó un mes, sin que nadie, diera razón del martillo. Parecía que se lo había tragado la tierra. Era instrumento predilecto de don Martín, quien hacía con harta frecuencia oficios de cojera de una mesa, asegurando allá la aldaba de una puerta, o convirtiendo un cajón en estante, etc. etc. Tenía, pues, el martillo larga y meritoria hoja de servicios, y no se resignaba el buen señor con la pérdida, abrigando siempre la esperanza de hallarlo el día menos pensado, salvo el que hubiese caído en poder de algún caco.

Pero así es el mundo: lo imprevisto es lo que más sucede. La prueba al canto. Cierta vez, en que leía periódicos don Martín, sentado tranquilamente en un corredor de la casa, oye con gran sorpresa las voces que daba la criada dirigiéndose a la cocina muy de prisa.

—¡Aquí está! ¡Al fin pareció! —decía con gran alborozo.

—¿Y dónde estaba? —pregúntale la cocinera, saliéndole al encuentro con sumo interés.

—En el fondo del pozo. Lo descubrí de casualidad.

Don Martín suelta los periódicos y corre hacia la cocina, exclamando en el colmo de la alegría:

—¡El martillo dentro del pozo! ¡Quién se lo iba a imaginar!

—No señor, —contéstale la criada con respeto y natural sencillez—lo que saqué del agua fue el molinillo, que se nos había perdido desde esta mañana, y se necesitaba para batir el chocolate de la señora.

¡Tremendo escopetazo! Don Martín contrajo el rostro, apretó los puños y articuló entre dientes una interjección, la más enérgica que tiene el vocabulario español.

En honor de la verdad, no era hombre mal hablado, pero tenía que ser consecuente con su regla invariable de conducta: cada cosa en su lugar. ¡Y aquél era el lugar propísimo del vedado pero elocuente trisílabo!

El martillo continuó perdido.

(1925)

EL PROGRESO ENTRE LOS DIOSES

Los inventos de mercurio

¿Creen ustedes que los dioses están todavía en el grado de atraso en que los presentan Homero y los autores griegos y romanos?

Nada de eso. La ley del Progreso no fue hecha tan sólo para los mortales. También los inmortales han progresado a todo andar. En prueba de ello, vaya el siguiente caso, ocurrido entre los dioses en una olimpíada no muy remota.

Visitando un día el dios Mercurio a sus viejecitas amigas las Parcas, tuvo ocasión de observar que las pobres ancianas hilaban y cortaban el hilo de la vida con grandes dificultades y mucha lentitud, valiéndose de la rueca, el huso y las tijeras de formas primitivas. Entonces Mercurio, superior inmediato de las Parcas, inventó para Cloto y Lachesis una hiladora de torno y pedal, y puso en manos de Atropos una tijera automática.

Admiradas las Parcas, aprovecharon el perfeccionamiento, continuando su perenne trabajo con más alivio y mayores rendimientos. Hilaban y cortaban la vida con admirable rapidez.

Pero la fúnebre barca en que pasaban las almas de los muertos al otro lado del Estigio y el Aqueronte, era muy estrecha y de simples remos; y en aumentando los muertos, muchas de las almas quedábanse largo tiempo detenidas en las playas de aquellos ríos misteriosos, por falta de oportuno pasaje.

Caronte ocurrió a Júpiter para que remediase la dificultad; y el dios soberano envió a Mercurio, ministro del ramo, quien ensanchó la nave, la hizo ligera por medio de velamen, e impuso a Eolo la obligación de soplarla siempre por la popa, lo que remedió el mal, continuando Caronte en su oficio con más desahogo.

Pero el Progreso es una fruta que, una vez saboreada, despierta ansias insaciables. Las Parcas quisieron algo más sencillo, y suplicaron a Mercurio que las aliviase del duro trabajo de darle al pedal continuamente, porque ya estaban muy viejas para tan fuerte ejercicio. Condolido el inventor olímpico, aplicó la fuerza del vapor a la hiladora y las tijeras, quedando reducido el trabajo de las Parcas a echar la lana en la tolva y atizar el fuego en la parrilla. La vida y la Muerte tomaron mayor vuelo: se trabajaban al vapor.

Y como la nave de Caronte no estaba calculada para tanto, el barquero de ultratumba volvió a presentarse ante Júpiter, quien despachó como la vez primera al dios Mercurio. Este llega, ve y transforma la nave en un buque de vapor, destinado a la navegación fluvial del rápido transporte de la muchedumbre de almas que despachaban las Parcas mediante los nuevos métodos.

Ya parecía conjurada toda dificultad, cuando vino lo más gordo. El rey del Tártaro, el tenebroso Plutón presentóse también ante Júpiter, su regio hermano, para tratar asuntos reservados de gran trascendencia .

—Desde que las Parcas trabajan con máquina —le dijo— es tal la continua irrupción de almas en mis dominios, que ya no hay espacio que las contenga. Las más grandes y profundas cavernas del Tártaro están ya repletas. ¿Qué remedio me indicas?

El padre de los dioses, sentado en su trono de oro y marfil, inclina la olímpica cabeza en actitud de meditar.

—El caso es grave —contestóle pensativo.

—No veo otro recurso —agregó Plutón— que franquearles la salida para los Campos Eliseos, donde hay en cambio muchos espacios desiertos!

—¡Imposible! —exclamó Júpiter, arqueando las cejas. Si alguna raya hay infranqueable en la eternidad, es la que separa los dos reinos, el de la luz y el de las tinieblas, el Paraíso del Infierno.

Y continuó meditando, hasta que optó por oír el consejo de su ministro favorito, el gran Mercurio, dios de las invenciones felices, a quien se le ocurrió un medio, que fue aprobado en el acto.

—El Tártaro —dijo— es la región del Infierno más próxima a la Tierra, de suerte que desde aquel antro oyen las almas el ruido halagador de la vida de placeres que han abandonado para siempre. Siendo lugares limítrofes, fácil es abrir un viaducto secreto que comunique el Infierno con la Tierra, una especie de pasaje subterráneo de escape, por donde puedan salir de contrabando las sombras de los muertos que quieran volver al mundo de los vivos.

Júpiter y Plutón, abrazaron a Mercurio por la feliz solución del conflicto; y el viaducto fue abierto en lo profundo del Tártaro para sigiloso escape de las almas.

Créese que desde entonces viene el peliagudo aumento que han tomado las manifestaciones espiritistas en este pícaro mundo.

(1924)

INDICE

Don Tulio:
Cuentos para niños sin duendes ni brujas
Griselda Navas 5

Prefacio de la Segunda Edición 19

Primera Parte 21

Prólogo de la Primera Edición 23
La regla del carpintero 27
Episodio casero 31
Las vocales en congreso 34
Lo que son las preocupaciones 37
Los anteojos maravillosos 39
Un discurso por un queso 42
Un congreso infantil 45
Historia de una A 50
Las paredes hablan 53
La mata de centavos 58
Un cántaro ilustre 62
Historia de un grito 67
La lluvia de oro 70
La viuda de Pedro 74
Un cuartillo de culantro 81
¡Le compro la bombarda! 85
El silbido de las balas 90
El catire Estanislao 93
El plato azul 97
Los recados 101
Pleito de compadres 104
El violinista popular 106
Los apuros del abuelo 110
Un remedio ingenioso 112
La cuestión del pollo 117
El cuarto del tesoro 119
¡Usted me oye el cuento! 124
Historia de un rótulo 126

SEGUNDA PARTE 131

Partida de nacimiento 133
El secreto de mi amigo 135
El cirujano y la india 140
La maleta del recluta 144
El clavel de la capachera 146
El turpial y la golondrina 149
¿Me compra el gallo? 152
El garrafón de absintio 155
Por no quebrar el tubo 158
El birrete de Judas 162
Alhaja maldita 164
A gran subida, gran caída 169
La venganza del alcalde 172

MINIATURAS 175

El laurel y la violeta 175
Las tres lágrimas 176
Avecilla errante 178
Por tierra y por agua 179
Misteriosa estrella 180
La leyenda del papel 181

TERCERA PARTE 183

El collar de Salomé 185
Medio real de premio 199
Educación del eco 202
Cada cosa en su lugar 206
El progreso de los dioses 210

Se terminó de imprimir
en la Editorial Venezolana C.A.
el 31 de Mayo de 1994
en en 134 Aniversario del Natalicio
de Don Tulio Febres Cordero
Mérida - Venezuela
1000 ejemplares